

Antonio Pérez Esclarín

Educación Integral de Calidad



SAN PABLO

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin la autorización expresa de la editorial San Pablo de Venezuela.

Distribuye:

• **San Pablo, distribución**

El Hatillo (Edo. Miranda)

Telfs.: (0212) 963.68.81 - 963.65.19 - Fax: (0212) 963.68.52

E-mail: distribuidora@sanpablo.org.ve

suscripciones@sanpablo.org.ve

© SAN PABLO, 2011

Ferrenquín a Cruz de Candelaria

Edif. Doral Plaza, Local 1

Apartado 14.034, Caracas 1011-A, Venezuela

Telfs.: (0212) 576.76.62 - 577.10.24

Fax: (0212) 576.93.34

E-mail: editorial@sanpablo.org.ve

Web site: <http://www.sanpablo.org.ve>

Depósito legal: Lf56220113702265

Rif: J-00063835-7

Impreso en Venezuela



*A Nairuma Esperanza, mi hija
y Paula Lucía, mi nieta,
las flores más bellas
en el jardín de mi corazón*

Presentación

Hoy se insiste mucho en que la educación debe ser integral. Sin embargo, en el sistema educativo se educa muy poco y lo de integral brilla por su ausencia. La educación integral resulta a lo sumo una aspiración, y por lo general, una expresión aunque muy repetida, vacía de sentido. Esto es tan cierto que muchos identifican como educación integral a la educación primaria, sin analizar qué están entendiendo por integral, más allá de que un único maestro da todas las materias. Otros hablan, por ejemplo, de que las escuelas bolivarianas son integrales porque se les da de comer a los alumnos y en las tardes tienen algunas actividades culturales, recreativas o de manualidades.

Por lo general, la educación se sigue limitando a impartir una serie de conceptos y conocimientos que los alumnos deben memorizar y repetir. Incluso hay escuelas que, dado lo muy poco que se aprende en ellas, parecen limitarse a ser meros depósitos de niños mientras sus padres trabajan. Otras no pasan de parecer simples comedores donde los alumnos desayunan, almuerzan y meriendan sin plantearse en serio convertirse en centros de educación y aprendizaje, que es lo que esencialmente deben ser. Si bien es cierto que es imposible aprender con la barriga vacía, llenar las barrigas no conduce necesariamente a más y mejores aprendizajes si la alimentación no está al servicio de la educación.

Lamentablemente, en la mayoría de los centros educativos se instruye algo, pero no se educa, o se educa poco y mal. Se aprenden algunas cosas, pero no se aprende a vivir ni a convivir. Muchas escuelas, liceos y hasta universidades, suelen empobrecer, más que enriquecer a la persona. Promueven la repetición, penalizan la discrepancia y la exploración de horizontes diversos. Invocan con fuerza la libertad de enseñanza, pero resultan incapaces de enseñar la libertad.

En cuanto a los políticos, y son palabras de Eduardo Galeano, “en los discursos, mueren por la educación, y en los hechos la matan...; en los hechos estimulan la colonización mental de las nuevas generaciones”. Una de las razones esenciales de que la educación esté tan mal es que la mayoría de las autoridades educativas son burócratas o funcionarios, que han llegado al cargo por amiguismo o fidelidad política y no por méritos, y algunos ignoran lo que en verdad significa educar, e incluso deseducan con sus prácticas autoritarias o excluyentes.

Este libro trata de ser un pequeño aporte a la necesidad de asumir en serio la educación, de devolverle su integralidad necesaria, de modo que se oriente no sólo a formar a todas las personas, sino a formar a toda la persona, a levantar seres cada vez más humanos, dignos y felices.

Desde hace más de dos años, mantengo una columna semanal, por lo general de tema educativo, en varios periódicos del país. Muchas de las ideas que aquí expongo han sido trabajadas en dichos artículos que me han servido como retazos para tejer este nuevo libro.

1. Calidad, una asignatura pendiente

Por lo general y a pesar de que hoy se habla mucho sobre la importancia de la educación y sobre la necesidad de mejorarla, la educación sigue desgajada del tronco de la vida. La mayoría de las cosas que se exigen y se aprenden en el sistema educativo sólo sirven para continuar en él, para seguir ascendiendo en esa carrera de obstáculos que, con demasiada frecuencia, no lleva a ninguna parte. La educación gira y gira en un mundo irreal e intrascendente, de conocimientos muertos, donde el saber, en vez de ser capacidad para vivir plenamente, se concibe como acumulación de datos inconexos, fechas, fórmulas, definiciones, números..., recital de un rito sin sentido.

Ante los nuevos problemas y necesidades que surgen continuamente, se piensa que la solución es incluirlos en un currículo que se va abultando sin cesar: programas de educación ecológica, vial, sexual, para la paz, para la salud, para la producción y el desarrollo endógeno, para la formación bolivariana, para la defensa de la Patria... Pero no se trata tanto de más informática, más computadoras, más comedores, más libros, más lenguas extranjeras, más métodos, más competencias, más estudios, más diplomas, más postgrados, más, más, más... Se trata primero, de menos. Menos imposiciones y más construcción de deseos. Menos rituales, formatos y rutinas y más sentimiento, más pasión, más sentido común. Si es evidente, como nos lo señalara Freinet hace ya muchos años, que no podemos obligar a comer al que no tiene hambre o a beber al que no tiene sed, no podemos enseñar si no despertamos las ganas o el hambre de aprender.

El filósofo y premio nóbel de literatura, Albert Camus, nos recuerda la monotonía y aburrimiento en su escuela, donde la mayoría de los maestros pretendían obligarles a comer un alimento insípido y desabrido que habían preparado para ellos sin despertarles el hambre. Pero había un maestro especial, nos recuerda Camus, Monsieur Germain, “que provocaba en nosotros el hambre de aprender”. Y esto era posible porque ese

maestro provocador del hambre, era un verdadero hambriento de nuevos aprendizajes y descubrimientos. Cada clase era una verdadera aventura y cada descubrimiento, en vez de saciar su hambre, se la alimentaba. Sus clases resultaban apasionantes porque Mr. Germain era un apasionado de la educación. Los alumnos disfrutaban y aprendían en ellas, porque el Sr. Germain disfrutaba enseñando¹.

Escuelas, liceos, universidades ¿despiertan el hambre de aprender? ¿Lo hacen los postgrados? La mayor parte de los educadores ¿sufrimos de esa enfermedad de un hambre insaciable de nuevos conocimientos y aprendizajes? ¿Vivimos apasionadamente y con alegría nuestra vocación y misión de educadores, de sembradores de sueños y esperanzas y arquitectos de personas plenas y felices?

Hoy, son cada vez más numerosas las personas que, conscientes de que la educación se ha extendido mucho pero es una educación muy pobre, le añaden la palabrita calidad, y hablan de la necesidad de una “educación integral de calidad”, con lo que vienen a reconocer que, si bien se han abierto muchas más oportunidades de acceso al sistema educativo, la educación está muy lejos de responder a sus objetivos esenciales.

En nuestros días, está de moda hablar de calidad: productos de calidad, servicios de calidad, procesos de calidad, sistemas de calidad, ambientes de calidad... En esta especie de “darwinismo social” en que vivimos, donde sólo sobreviven los más fuertes o los que son capaces de adaptarse y responder a las exigencias del mercado, todo el mundo se presenta ofreciendo lo mejor. Sobreviven los que son capaces de vencer al mayor número de compradores —de ahí la inversión siempre creciente en publicidad— de las ventajas competitivas de un determinado producto o servicio. Ya no se vende lo que se produce, sino que se produce lo que se vende. Ya no compramos lo que necesitamos, sino que compramos lo que el mercado necesita que compremos. Todos gastamos el dinero que no tenemos en comprar las cosas que no necesitamos, pues confundimos caprichos con necesidades. La moda, caduca y pasajera, es de una tiranía avasallante. Es significativo en este sentido cómo también nosotros estamos incorporando con naturalidad la preocupación que nos llega de los países del Norte sobre calidad de vida, sin que necesariamente se traduzca en compromiso para garantizar la vida a secas a los miles de millones de personas en el mundo que la tienen amenazada y que la pobreza, la miseria o la violencia las va a matar antes de hora. Por

1 Albert Camus, **El primer hombre**. Tusquets Editores, 2000.

otra parte, la calidad de vida se confunde con la cantidad de cosas, pues suele limitarse al logro del bienestar, a pasarlo bien, al disfrute, a alargarla lo máximo, sin ningún planteamiento sobre el sentido, el proyecto y el para qué último de esas vidas que suelen gastarse en la superficialidad y en la trivialidad.

También en educación ha entrado con fuerza el discurso sobre la calidad. Hasta hace un par de décadas y como plantea Juan Cassassus (2003), calidad de la educación era una idea ajena y hasta anacrónica para el universo mental de los educadores. La educación era valorada en sí misma, y por ello los esfuerzos iban dirigidos a garantizar el acceso a la educación al mayor número de personas. Hasta mediados de los ochenta, mejor educación equivalía a más educación, a elevados niveles de escolarización. Tenían educación de calidad aquellos países con tasas elevadas de matrícula, altos niveles de permanencia de los alumnos en el sistema y tasas de graduación mayores. A medida que los países fueron alcanzando altas tasas de escolaridad, surgió la preocupación por la calidad y empezó a plantearse la necesidad de instrumentos para medirla. De este modo, la calidad se fue equiparando cada vez más a rendimiento o logro académico, medidos por los resultados a una serie de pruebas estandarizadas, fundamentalmente de lengua y matemáticas.

Hoy, la palabrita **calidad** se ha convertido en un lema, una proclama y una aspiración generalizada. Todo el mundo la invoca y la desea, y algunos osados, entre los que abundan los mercaderes de la educación, no vacilan en ofrecerla. Pocos se atreven a demostrarla y son muchas las evidencias de que los llamados y discursos sobre la calidad raramente se traducen en mejoras de la educación. De hecho, hoy hay una preocupación y un consenso generalizados sobre la necesidad de elevar la calidad de la educación, por considerar que no responde a las exigencias de la formación humana, ciudadana y productiva de los hombres y mujeres del presente y del mañana. El juicio de la investigadora Rosa María Torres (2005, 11) es demoledor: “Las reformas educativas conducidas desde fines de la década de 1980 bajo el lema del mejoramiento de la calidad de la educación han fracasado. Dicho mejoramiento no se ha dado. Los resultados del rendimiento escolar en la mayoría de los países están estancados o continúan deteriorándose... La calidad de la Educación y la Equidad han devenido en discurso repetitivo, con débil soporte en políticas, en los programas y proyectos, y en la realidad”. La calidad sigue siendo la gran asignatura pendiente.

Hay que advertir, además, que el concepto de calidad es de una terrible ambigüedad, y está cargado de connotaciones éticas, ideológicas y políticas, pues depende del concepto de educación que uno tenga, que

a su vez tiene que ver con el modelo de hombre y de sociedad que se pretende. Por ello, existen tantas concepciones de calidad como concepciones de la educación y de la filosofía del ser humano. Desgraciadamente, hoy (Escudero, 1999), la concepción de calidad que predomina está atrapada en la lógica de la eficiencia, la producción y la rentabilidad. El lenguaje economicista y tecnocrático ha penetrado con fuerza el sistema educativo y ha incorporado una mentalidad propia del mundo de la industria, el mercado, las empresas. Dicha mentalidad y su correspondiente terminología se metió en las políticas educativas, en el discurso de los docentes, en las instituciones de formación docente. Hoy se habla sin el menor pudor de recursos humanos o de capital humano, de insumos, de clientes (los alumnos y padres de familia), de gestión educativa, de empresas de servicios educativos, de mercado de productos pedagógicos, y hasta la palabrita competencia, hoy tan invocada y tan querida, nos viene del mundo empresarial. De hecho, las propuestas humanistas de calidad que suelen proclamarse, se diluyen a la hora de la verdad, donde se imponen los indicadores de rentabilidad y eficiencia que pocas veces miden las actitudes y valores, la calidad de las personas y los ciudadanos, ni toman en cuenta las diferencias de origen, recursos y posibilidades de los alumnos, ni su situación socioeconómica y cultural. De este modo, el aprender a aprender y el aprender a hacer se privilegian, aunque se niegue en las proclamas, sobre el aprender a ser y el aprender a convivir. Cada vez más, los valores de justicia, equidad, dignidad humana, solidaridad y convivencia, van siendo sustituidos por la preocupación por la eficacia, por la competitividad, la búsqueda de resultados tangibles, el ajuste a las necesidades del mercado de trabajo y de la economía, la lucha por disponer de mejores condiciones de salida del sistema educativo ante un mundo laboral escaso, la formación de destrezas básicas, la necesidad de incorporar las tecnologías de la información y la comunicación, etc.

Calidad confundida con costo o cantidad

No es raro, en consecuencia, encontrar personas que reducen la problemática de la calidad educativa a un problema de insumos: buenas instalaciones, baja relación de profesor-alumnos, recursos didácticos modernos, incorporación de las nuevas tecnologías, alta titulación de los profesores. En este sentido, es fácil encontrar propagandas publicitarias que, con un descaro sorprendente, no vacilan en ofrecer educación de calidad porque se enseña inglés, porque los salones cuentan con computadoras conectadas a internet, y porque la mayoría de los profesores han alcanzado títulos de postgrado. Por supuesto, esta oferta de calidad

suele justificar el cobro de inscripciones y cuotas elevadas, y todos parecemos tragarnos sin problema la terrible falacia de equiparar costo con calidad. Esto es tan evidente que por lo general, cuando se habla de educación de baja calidad la mayoría está pensando en la educación básica y pública, sin tomar en consideración que hay educación privada realmente mala. Hoy proliferan mucho los títulos de postgrado, pero los nuevos magisters o incluso doctores están contribuyendo poco o nada a mejorar la educación. Nos estamos llenando de supuestos expertos, pero la educación sigue siendo tan mediocre o más que cuando la mayor parte de los educadores sólo tenían el título de bachilleres docentes. Se supondría que de los estudios de postgrado deberían egresar verdaderos investigadores, capaces de producir teoría pedagógica y propuestas novedosas, pero uno percibe que el postgrado no sólo no ha hecho investigadores a la mayoría de magisters y doctores, sino que, al reducir la supuesta investigación a un mero requisito academicista con unos esquemas y pasos metodológicos como verdaderas camisas de fuerza, ha matado definitivamente el deseo de investigar y ni siquiera ha alimentado en los graduandos la pasión y el compromiso de asumir más en serio la educación.

Otros identifican la calidad meramente por los productos: los centros educativos son de calidad si son capaces de retener y egresar el mayor número posible de alumnos. La noción de calidad sigue atrapada en los números: entendiendo como calidad más de lo mismo: más presupuesto, más tiempo, más libros, más computadoras, más desayunos y almuerzos. Meros números de cuántos alumnos ingresaron, cuántos se graduaron, cuántos se incorporaron al sistema, cuántos almorzaron o recibieron computadoras, con poca o nula información de qué aprendieron, qué querían aprender, para qué sirve lo que aprendieron, por qué no aprendieron lo que debían. ¿Aprendieron a ser mejores personas, respetuosas y honestas, a ser mejores padres o madres, mejores ciudadanos? ¿Aprendieron a desarrollar el gusto por el aprendizaje que les va a permitir seguir aprendiendo siempre? ¿Aprendieron a vivir con autenticidad, con sentido y con proyecto, a convivir con los otros y la naturaleza? ¿Aprendieron a amar, a servir, a hacer de su vida un regalo para los demás?

Calidad y Equidad

Por otra parte, no podemos aceptar que la reflexión de la calidad se haga de una forma aséptica y neutra, sin considerar en modo alguno las muy diversas condiciones en que viven y estudian los educandos. Si bien es cierto que la educación debe contribuir a la calidad de vida,

no es menos cierto que no va a ser posible una educación de calidad si los educandos no cuentan con un mínimo de vida de calidad. Por eso, y como insiste Rosa María Torres, es pertinente plantearnos si la consigna debe ser meramente “educar para aliviar la pobreza” o también “aliviar la pobreza para poder educar”. Mientras no superemos mediante políticas eficaces el hambre, la miseria, la inseguridad, la violencia en que viven las mayorías, va a ser imposible alcanzar una educación de calidad para todos. De ahí que toda propuesta de elevar la calidad de la educación de las mayorías que no vaya acompañada de unas políticas sociales y económicas eficaces, está condenada al fracaso. La lucha por el derecho a una educación de calidad para todos implica no sólo garantizar más presupuesto para educación, sino también más presupuesto para salud, vivienda, trabajo, seguridad social y mejores condiciones de vida de la población en general, y de los educadores en particular. Los esfuerzos por una educación de calidad para todos no pueden desligarse de la exigencia de unas políticas económicas y sociales orientadas a erradicar la pobreza. Si queremos que la educación contribuya a erradicar la pobreza, debemos comenzar por erradicar la pobreza de la educación y la pobreza de los educadores.

No podemos ser ingenuos y olvidar que vivimos en un mundo globalizado, regido fundamentalmente por las leyes del mercado. Con frecuencia, el discurso de calidad oculta muchas discriminaciones y contribuye a agigantar las diferencias: Buena educación (en el sentido de capacitación, instrucción, preparación para ejercer un oficio) para la minoría de privilegiados que pueden pagarla y cuentan con otras muchas posibilidades y recursos formativos, y pobre o pésima educación para las mayorías que deben contentarse con un sistema escolar mediocre o miserable. La educación de los pobres sigue siendo, por lo general, una pobre educación que reproduce la pobreza.

Calidad y nuevas tecnologías

A las discriminaciones tradicionales, se añade hoy la discriminación educativa, y cada vez más también la discriminación tecnológica. No en vano se habla ya de infopobres e inforicos y se señala la “brecha digital” (el tener acceso o no a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación) como uno de los elementos esenciales a superar si queremos alcanzar cierta educación de calidad. Esto, por supuesto, es algo mucho más difícil y complejo que poner computadoras en las escuelas, hecho que está llevando a una verdadera esquizofrenia de dotar de computadoras a escuelas que no cuentan con baños, agua, patios de recreo,

y con frecuencia ni libros, pizarrones o tiza, y donde las computadoras suelen estar mucho mejor protegidas y tratadas que los propios alumnos (ellas tienen un salón con aire acondicionado; ellos aulas destartadas y ni siquiera con ventiladores) y en las que los expertos en computación, que con frecuencia no son pedagogos, se autoperciben como mucho más importantes que el resto del personal.

No creo que tenga mucho sentido el debate sobre la conveniencia o no de incorporar los recursos tecnológicos en el ámbito escolar. Si no lo hacemos, estaremos contribuyendo a una nueva y profunda marginación y estaremos cultivando un nuevo analfabetismo que impedirá acceder a los nuevos lenguajes y a las fuentes más importantes de una información hoy inabarcable que se crea y recrea sin cesar.

La escuela tradicional, que siempre ha mostrado una gran desconfianza ante las innovaciones, debe perder el miedo a las computadoras, a las nuevas tecnologías y a los cambios que involucran las nuevas formas de leer y escribir en la sociedad de la información. Además, si no lo hace, va a alejarse cada vez más del mundo de los niños y jóvenes que han asimilado con toda naturalidad estos nuevos lenguajes y se mueven como peces en el agua en el mundo virtual. Hoy las tecnologías de la información están en todas partes menos en la escuela, que no puede seguir ignorando que existe "otra cultura". Niños y jóvenes están aprendiendo, jugando, leyendo, escribiendo en otros soportes. De ahí la necesidad de que la escuela no sólo se adapte a los nuevos tiempos e incorpore críticamente los nuevos instrumentos, sino que afiance su papel primordial de hacer de todos los alumnos lectores críticos y autónomos, única forma de garantizar un uso adecuado de las nuevas tecnologías.

Para decirlo de un modo bien claro, hoy es absurdo desconocer el papel de las nuevas tecnologías y los cambios que ellas implican: O las usamos para nuestro servicio, o corremos el peligro de quedar excluidos en esta sociedad informatizada. Pero la necesaria alfabetización tecnológica no debe ser sólo capacitación técnica para saber utilizar los nuevos instrumentos, sino sobre todo capacitación pedagógica y capacitación ética para utilizarlos apropiadamente y convertirlos en fuente de crecimiento personal y comunitario. En general, la dotación de computadoras a las escuelas se está haciendo de un modo poco crítico y pedagógico, y tiene fundamentalmente un carácter propagandístico; por ello, está contribuyendo muy poco a la mejora de la educación. Muchos ponen computadoras como una forma de prestigio o de modernización de la escuela sin tener muy claro lo que se busca con ellas. Quien piense que conectarse a Internet supone algún progreso o entraña algún aumento de conocimiento es un iluso pedagógico. En la red se encuentra sólo lo que

se sabe leer. El analfabeto funcional lo seguirá siendo conectado o desconectado. Sólo lectores competentes podrán navegar con rumbo seguro en el océano de Internet. Muchos de los que aseguran estar navegando en Internet, están más bien naufragando pues andan perdidos, sin rumbo, chocando en cualquier escollo, o utilizan las grandes posibilidades de la red para chateos superficiales y frívolos. De nada sirve el enorme caudal de información si no sabemos leerla y apropiarnos de ella para convertirla en conocimiento. Y esto, entre otras cosas, supone un buen bagaje cultural, y hoy, si bien vivimos intoxicados de información, cada vez somos más y más ignorantes. Por ello, yo suelo citar con frecuencia el verso doliente del poeta Elliot: “¿A dónde fue la sabiduría que perdimos con el conocimiento, a dónde el conocimiento que estamos perdiendo con la información?” Si para algo sirven los programas de concursos, tan frecuentes en la televisión, es para asomarnos al abismo de la ignorancia de las personas. Hoy, muchos identifican a Miguel Ángel sólo con un virus informático y a Homero con ese personaje grotesco que es el padre de los Simpson.

Frente a los reales temores de muchas personas de los peligros de un inapropiado uso de Internet, el reto que se nos presenta a los educadores es apropiarnos de los nuevos medios, dominarlos y sacar de ellos todo el provecho posible en función del desarrollo personal, grupal y comunitario de los alumnos. Es verdad que en Internet hay mucha basura, pues se puede encontrar de todo: material informativo, material desinformativo, material formativo y también material deformativo. En Internet conviven terroristas y predicadores, pervertidos y genuinos educadores, traficantes de armas y pacifistas militantes. No podemos ignorar, por ejemplo, que se calcula que hay más de cuatro millones de páginas web dedicadas a la pornografía, en general de muy fácil acceso, y que cada día se crean unos 500 nuevos sitios. De hecho, uno de cada cinco niños o adolescentes que habitualmente se conecta a Internet ha recibido propuestas sexuales no deseadas a través de la red y los chateos. Un mal uso de Internet puede producir resultados aterradores; lo mismo que un buen uso puede lograr resultados maravillosos. No olvidemos nunca que las nuevas tecnologías son sólo medios que dependen del uso que las personas hagamos de ellos. De ahí la necesidad de una sólida formación lectora crítica para saber encontrar información pertinente y convertirla en conocimiento en un laberinto donde abundan las informaciones banales y superficiales. Necesidad también de una sólida formación ética para utilizar este instrumento como un medio para una auténtica formación humana y ciudadana de la persona y contribuir a hacer un mundo más humano y más pacífico.

Más allá de los peligros reales que supone el mal uso de Internet, hay quienes lo rechazan porque se está convirtiendo en una especie de “gran chuleta virtual”, que fomenta el robo de trabajos y tesis e impide la verdadera investigación. De hecho, es muy cierto que muchos alumnos copian y pegan páginas de Internet y las presentan como sus trabajos, lo cual ciertamente representa una actitud inmoral. Pero el problema radica en que tradicionalmente se ha entendido la investigación como una forma de copiar (antes de las enciclopedias y textos) y no como un modo de producir conocimiento. Esto debe obligarnos a los docentes a revisar el modo en que asumimos la investigación y el modo en que proponemos y corregimos las tareas y supuestas investigaciones de los alumnos, de modo que garanticen producciones personales y creativas. Un buen diálogo con el alumno sobre el trabajo entregado puede ser un medio muy eficaz para garantizar que no sea una mera copia, o un texto con retazos de muchas copias, sino un verdadero trabajo personal.

Hay quienes se presentan muy críticos de las nuevas tecnologías porque mantienen que, al tener incorporados programas de corrección ortográfica, atentan contra su aprendizaje. Pero yo pienso que pueden más bien ser una excelente ayuda siempre que enseñemos al alumno a reflexionar sobre el error que aparece señalado en el texto, de modo que pueda ir adquiriendo su uso correcto.

También existen los que deploran que las nuevas formas de expresión abreviada y de una excesiva “consonantización” tan frecuentes en los chateos y mensajes electrónicos o de texto que envían sobre todo los jóvenes, están acabando con el lenguaje. Pero así como antes alabábamos las formas creativas que algunos alumnos tenían para tomar apuntes con rapidez, estas nuevas formas de comunicación pueden ser válidas siempre que los alumnos sepan distinguir entre los estilos coloquiales y los formales y sepan expresarse con corrección y originalidad cuando deban hacerlo.

Algunos llegan a preguntarse si el libro impreso tiene hoy algún futuro, o si está llamado a desaparecer, por resultar un recurso torpe y pesado ante las increíbles posibilidades que ofrecen hoy las nuevas tecnologías. Como ha escrito Luis Bernardo Peña, “si la escritura había conseguido darle a la palabra una forma material, ahora la digitalización la transporta de nuevo a una dimensión inmaterial. Al conseguir liberar a la palabra de su densidad física, la digitalización aumenta la movilidad de los textos escritos, y multiplica infinitamente sus posibilidades. La digitalización permite archivar grandes cantidades de texto, tener acceso rápido a la información, relacionar el texto con otros textos, comentarlo o someterlo a discusión. La palabra escrita está presente ahora de muchos modos. Está

en el libro, por supuesto, pero está adentro comprimida en las memorias de las bases de datos, en Internet, en los hipertextos interactivos”².

Yo pienso que el libro impreso tiene todavía un largo futuro y que no está llamado a desaparecer sino a convivir y a complementarse con los nuevos lenguajes virtuales. La historia nos demuestra que la aparición de una nueva tecnología no ha aniquilado la anterior sino que le ha ayudado a transformarse. Se dijo que la fotografía acabaría con la pintura; que el cine acabaría con el teatro y la novela; que la televisión y los videos acabarían con el cine. Pero allí siguen vigorosos, recreándose permanentemente. Lo mismo va a pasar con el libro. No estamos asistiendo a la extinción de la galaxia Gutenberg, sino a su integración en una constelación mayor. El libro no podrá seguir siendo el único recurso de la escuela y será un elemento dentro de un entorno en el que circulan otras formas de comunicación. A lo que no le veo mucho futuro es a esas grandes enciclopedias de numerosos tomos, pues hoy podemos tenerlas comprimidas en formato digital que permite además su permanente actualización.

La lectura en la pantalla permite una lectura extensiva, rápida, muy apropiada para buscar información, y el libro una lectura intensiva, meditada, comprensiva. De ahí que muchos, cuando encontramos algún material interesante en Internet, lo imprimimos para saborearlo lentamente, para subrayarlo, para escribir anotaciones al margen, para reescribirlo y convertirlo en una verdadera fuente de aprendizaje y gozo. El libro seguirá siendo por mucho tiempo un refugio para el disfrute, para el encuentro consigo mismo, para alimentar el alma, un amigo con el que pasar tardes enteras en la playa, en el parque o en un rincón solitario de la casa, un amigo siempre disponible y fiel, que no exige nada y que lo da todo.

En breve, el uso hoy imprescindible y la apropiación crítica de las nuevas tecnologías deben ser el resultado de una decisión pedagógica global y no meramente una opción técnica, de modo de integrarlas a una propuesta educativa que favorezca el aprendizaje de los alumnos y les motive y ayude a seguir aprendiendo permanentemente. La estrategia respecto a las nuevas tecnologías debe formar parte de un plan coherente de mejoramiento educativo. No podemos olvidar que los beneficios que podrían derivarse de estas herramientas no son inherentes a las herramientas mismas, sino que dependen de la manera en que estas se utilizan.

2 Luis Bernardo Peña, “Nuevos –y eternos- modos de leer”. **Cuatro gatos. Revista de Literatura infantil**, N. 4. Oct-Dic, 2000.

Retomando de nuevo nuestro tema de la calidad y con la pretensión de superar esos modos tan superficiales y parcializados de entenderla, la calidad de la educación debe ligarse, en definitiva, a la equidad, a la justicia y a la humanización. No podemos aceptar como de calidad una educación que discrimina, que excluye a los necesitados, que deja en el camino a los más débiles, que mantiene y cultiva la conciencia de superioridad. Cuando se habla del fracaso escolar, se señalan sobre todo los indicadores de lectura, escritura, matemáticas... Pero también fracasan los centros educativos que, aunque egresen alumnos con altísimas calificaciones y muy bien capacitados profesionalmente, no han logrado sembrar en ellos el compromiso de trabajar por el bienestar y la vida digna para todos. Se trata de formar personas plenas, honestas, respetuosas, sensibles y solidarias, y no meros profesionales exitosos, cuya mayor aspiración parece ser ganar dinero. En breve, la educación será de calidad si forma personas de calidad.

Calidad de la Educación en Venezuela: la gran asignatura pendiente

La Ley Orgánica de Educación garantiza a todos los alumnos una educación de calidad. Esto es apuntar muy alto, sobre todo si tomamos en consideración el estado lamentable en que se encuentra nuestra educación. Garantizar a todos educación de calidad es algo mucho más exigente y difícil que proclamarla o proponerla, y va a exigirnos a todos abandonar posturas triunfalistas, excluyentes, polarizadas, lo que debería llevarnos a una especie de pacto, más allá de las diferencias, en pro de la educación. Si continuamos entendiendo la educación como un espacio para apuntalar al Gobierno o para debilitarlo, la educación, en vez de mejorar, continuará rodando a niveles cada vez más deficientes. De ahí que no contribuyen nada a mejorar la educación las posturas extremas empeñadas en, por una parte, pintarnos un mundo educativo de ensueño o, por otra parte, negar todo lo que se ha hecho en el campo educativo.

Sólo si partimos de un diagnóstico objetivo, desprejuiciado de la situación en que se encuentra nuestra educación, y nos apeamos de esa retórica asfixiante que confunde proclamas y buenos deseos con hechos y realidades, o empezamos a preocuparnos no sólo por la educación de nuestros hijos, sino también por la educación de todos los hijos del país, avanzaremos significativamente en mejorar la educación.

Por todo esto, debemos comenzar aceptando que la calidad de la educación en todos sus niveles sigue siendo en Venezuela la principal asignatura pendiente, y que debemos dejar de confundir calidad con mera

cantidad. De hecho, en los últimos años se han hecho grandes esfuerzos para aumentar la cobertura y se han abierto numerosas oportunidades de estudio a muchas personas, pero la calidad no ha sido una preocupación ni, en consecuencia, objeto de políticas educativas. Ello está contribuyendo a que la educación de los pobres continúe siendo una pobre educación, y un medio ya no para democratizar la sociedad, sino para agigantar las diferencias: Buena educación para los que tienen recursos y pueden inscribir a sus hijos en colegios y universidades de prestigio, y pobre educación o un mero barniz de ella para los que no tienen otro remedio que llevar a sus hijos a escuelas o programas alternativos que no garantizan los aprendizajes mínimos esenciales.

Sería muy lamentable que un populismo falsamente democratizador llevara a nivelar la educación por abajo y no por arriba. El mejor medio de impedir que la educación privada siga creciendo es lograr que la educación pública mejore. Nadie va a ser tan estúpido para pagar por unos servicios de igual calidad si los puede adquirir gratuitamente. De hecho, en los últimos años, y a pesar de los ingentes esfuerzos que ha hecho el Estado por aumentar la cobertura, la educación privada ha seguido creciendo de un modo sostenido: el veinte por ciento de todos los alumnos de educación inicial estudian en centros educativos privados (frente al 18% hace ocho años); en la tercera etapa de la educación básica más de la cuarta parte estudian en centros privados, y en cuanto a la media, la educación privada atiende al 28 por ciento de todos los alumnos de este nivel. Todo esto indica que la sociedad tiene muy claro el problema educativo e incluso está dispuesta a sacrificar su bolsillo para proporcionarles a sus hijos una mejor educación, ya que entiende que es la mejor inversión y el medio para garantizarles un futuro más exitoso. Aunque muchos de ellos no estén claros en qué consiste la calidad, saben bien que en la educación privada se cumple al menos el calendario escolar, hay profesores en todas las asignaturas, los directores están toda la jornada en el plantel, no suele imperar la violencia, todos los alumnos tienen pupitre y los baños funcionan.

En 1999³, el Gobierno lanzó su proyecto bandera de Escuelas Bolivarianas con el lema “educación integral y de calidad para todos”. Los componentes centrales del proyecto eran y siguen siendo: jornada de ocho horas diarias para alumnos y docentes; servicio de alimentación con

3 Ver Nacarid Rodríguez y Marina Polo, **Hacia una propuesta curricular alternativa. Aportes para el diseño curricular del sistema educativo venezolano**. Asociación Civil Asamblea de Educación, Caracas 2009. Disponible en: www.ucv.ve/curricular/Docu/Lineamientos

dos comidas y una merienda diarias; atención integral de los educandos en salud, cultura y deportes; acondicionamiento y refacción de la planta física; dotación de mobiliario, biblioteca, sala de computación. Se proclamó ampliamente que ahora sí, la batalla por la calidad iba a ser ganada.

Al comienzo, las escuelas bolivarianas se extendieron vertiginosamente por todo el país e incluso se llegó a afirmar que en unos pocos años todas las escuelas se transformarían en bolivarianas, con lo que todos los alumnos de Venezuela disfrutarían, por fin, de educación de calidad. La promesa no sólo no se cumplió sino que, a partir del curso escolar 2005-2006 el crecimiento cayó en picada, se abandonó la promesa de convertir todas las escuelas en bolivarianas, y hoy ya casi no se habla de ellas, o al menos no con el triunfalismo de antes. ¿Se deberá a que todas las evaluaciones que se hicieron no han mostrado evidencia alguna de que la educación de las escuelas bolivarianas sea mejor que la de las otras escuelas? Ello no debería sorprendernos pues todos los recursos se orientaron a la instalación de cocinas y comedores, a la dotación, pero no a la mejora de los aspectos pedagógicos y a la adecuada formación y acompañamiento de los educadores que se traduzca en mejores aprendizajes de los alumnos. De hecho, mientras se siga prefiriendo en la selección de los educadores a los activistas políticos sobre los educadores verdaderamente profesionales, tendremos perdida la batalla por la calidad.

Es cierto que para una educación de calidad intervienen muchas variables. Pero todas las investigaciones subrayan que la variable más importante es el docente. Un docente bien tratado y acompañado, que se siente orgulloso de su profesión y por ello vive en formación permanente para poder servir mejor a sus alumnos, que ejerce su trabajo en condiciones seguras y dignas, es la clave esencial para una educación de calidad. De hecho, ¿para qué sirve la dotación de libros si los docentes no son lectores autónomos y amantes de la lectura y si la escuela no tiene un buen proyecto pedagógico orientado no tanto a enseñar a leer, sino a hacer a los alumnos lectores, es decir, que necesiten leer, que les guste leer? ¿De qué sirve extender el horario y el calendario escolar si el tiempo se gasta en actividades sin ningún sentido pedagógico que sólo favorecen la copia y la memorización de datos y conceptos sin ninguna transcendencia? ¿De qué sirve proporcionar desayunos y almuerzos o dotar de computadoras si el centro no tiene un buen proyecto pedagógico donde todos los recursos están orientados a garantizar los aprendizajes esenciales a todos los alumnos, atendiendo de un modo muy especial a los más carentes y necesitados?

La evaluación es el camino y el soporte de la calidad. Pretender calidad implica optar por una evaluación objetiva y desprejuiciada. Nadie supera sus flaquezas si no comienza por reconocerlas. Sólo si somos conscientes de las fallas, las dificultades, los problemas, podremos enfrentarlos y superarlos. Sólo si nos apeamos del mundo de la retórica y las buenas intenciones y nos proponemos metas bien concretas y realizables a partir de lo que somos y tenemos, podremos avanzar en la mejora de la educación. No hay nada más opuesto a la calidad que una autocomplacencia narcisista e ingenua que impide cambiar. Proclamar la calidad educativa para todos, como lo hace la Constitución y la Ley Orgánica de Educación, y negarse a una evaluación objetiva que nos haga conocer la realidad de nuestra educación es optar por el engaño y confundir deseos con realidades.

Resulta por ello muy preocupante, como señalan Rodríguez y Polo, que se haya eliminado el Sistema Nacional de Evaluación de los Aprendizajes (SINEA) que se creó en 1996 con la idea de conocer objetivamente la realidad de nuestra educación sobre todo en lengua y matemática, áreas esenciales para posibilitar un aprendizaje permanente. Los resultados de una primera medición que se dieron a conocer en 1998, nos asomaron a la gravedad de la situación de nuestra educación, especialmente en las escuelas oficiales. Mediante el personal del SINEA, Venezuela participó también en el Primer Estudio Internacional Comparativo sobre Lenguaje, Matemática y Factores Asociados en tercero y cuarto grado del Laboratorio Latinoamericano de Evaluación de la Calidad (LLECE; 1998), junto a otros 12 países latinoamericanos. Casi todos los puntajes de los niños venezolanos en las cuatro pruebas que realizaron estuvieron por debajo de la mediana establecida para el conjunto de los trece países. En julio de 2003, se aplicaron nuevamente las pruebas del SINEA, incluyendo una muestra de 100 escuelas bolivarianas. El informe estuvo listo en el año 2004, pero nunca se dieron a conocer los resultados de la evaluación. Por aquellos días, la prensa reseñó que los resultados no eran precisamente favorables a las Escuelas Bolivarianas. Estos hechos condujeron a eliminar el SINEA y la incipiente evaluación de la calidad de nuestra educación. Tampoco Venezuela quiso participar en el segundo estudio del LLECE. Esta actitud nos recuerda la práctica de algunos en la antigüedad que mataban al mensajero cuando era portador de malas noticias. Si los resultados no responden a lo que esperábamos, suspendemos la evaluación y seguimos engañándonos diciendo que todos los niños y jóvenes de Venezuela disfrutaban de una educación integral de calidad.

Pretender calidad implica, entre otras muchas cosas, garantizar que todos los alumnos adquieran las herramientas y actitudes esenciales que les permitan continuar aprendiendo a lo largo y ancho de toda su vida. Este debería ser el papel esencial de la escuela, ausente por completo en el nuevo modelo de escuela del artículo 6, numeral 3, literal e, de la nueva Ley Orgánica de Educación. Allí se le asignan a la escuela una infinidad de tareas, incluso la lactancia materna, pero por ningún lugar aparece que debe garantizar los aprendizajes esenciales, es decir, lectura, escritura, expresión oral, cálculo, pensamiento lógico matemático, ubicación en el espacio y en el tiempo... Si la escuela enseñara realmente a leer bien y desarrollara en los alumnos el deseo y la necesidad de una lectura cada vez más compleja y personal, habría logrado lo esencial. Si de nuestras aulas salieran alumnos lectores, a los que les gusta leer, que necesitan leer, les estaríamos abriendo la puerta a la sabiduría. De ahí que el reto de la escuela y también de la Misión Robinson, no es meramente alfabetizar a los alumnos, sino convertirlos en lectores, que sientan la necesidad de alimentar su mente y su espíritu mediante la lectura, como alimentan su cuerpo.

Debemos todos ser realistas y aceptar que nuestra educación es una pobre educación. Para lograr esa calidad que proclama la Ley y que tanto necesitamos, es urgente que empecemos reconociendo nuestra realidad y que nos aboquemos todos a aportar en esta tarea. De ahí que, necesitamos en Venezuela un pacto entre el Estado, los educadores, las familias, la sociedad, las iglesias, los sindicatos y los medios de comunicación por la calidad. Pero no olvidemos que el derecho a la calidad es derecho al aprendizaje. Dotaciones, comedores, salas de computación, más días y horas de clase, si no se orientan a mejorar los aprendizajes, no cumplen su objetivo fundamental.

2. Volver al significado original de Educar

Todo lo que hemos tratado de expresar con calidad está implícito ya en el término educar o educación, o sea que, en cierto sentido, las palabras calidad y por supuesto también integral, no serían necesarias si fuéramos capaces de recuperar el genuino significado de educar.

El término educar tiene una doble raíz latina: *Educere*, que significa sacar de adentro, extraer toda la riqueza que hay en la persona; o *Educere*, que significa nutrir, alimentar, guiar, ofrecer posibilidades para que el otro pueda crecer y alcanzar la dimensión de plenitud a la que está llamado. Pero no se trata de que el educador vaya moldeando al alumno para hacer de él lo que el docente quiera; se trata más bien, de propiciar su creatividad y autonomía para que cada alumno sea capaz de moldearse a sí mismo y hacer de su vida una verdadera obra de arte. Cada persona tiene que esculpir su propia estatua, o escribir el guión de su vida. En este sentido, Sócrates planteaba que la educación tenía una función de parte-*ra*: ayudar a los otros, mediante preguntas pertinentes, a que den a luz la verdad, el bien, la belleza, que todos potencialmente llevamos dentro. Para Sócrates, el arte de educar consistía en promover las preguntas, más que las respuestas, potenciar la curiosidad y creatividad del alumno, estimular su libertad y no su obediencia o sumisión. De ahí que llamó a su método pedagógico, la mayéutica, es decir, el arte de ayudar a nacer el hombre o la mujer posible.

Kant le daba a la educación un sentido muy parecido pues mantenía que la educación debe “desarrollar en cada individuo toda la perfección de que es capaz”. A su vez, María Montessori decía que “educar no es transmitir conocimientos, sino ayudar al descubrimiento del propio ser”; y J. Ruskin expresaba que “educar a un niño no es hacerle aprender algo que no sabía, sino hacer de él alguien que no existía”.

Afortunadamente, hoy se está entendiendo cada vez mejor que educar no es instruir, adoctrinar, mandar, obligar, imponer o manipular. Educar es el arte de acercarse al alumno con respeto y amor, para que se

despliegue en él una vida verdaderamente humana. Educar es, en consecuencia, algo mucho más sublime, importante y difícil que enseñar matemáticas, lengua, inglés, computación o geografía. Educar es formar personas, cincelar corazones nobles y generosos, ofrecer los ojos para que los alumnos, todos los alumnos, puedan mirarse en ellos y verse hermosos, valorados y queridos, para que así puedan mirar la realidad sin miedo y mirar a los otros con respeto y con cariño. Si no es esto, será a lo sumo, adiestramiento, capacitación, preparación para ejercer un oficio o un trabajo, pero no educación. El educador es el partero del alma, el que ayuda a cada alumno a conocerse y quererse, el que confiere la energía y confianza para que cada persona se atreva a caminar la senda de su propia realización, para que desarrolle la semilla de sí mismo y alcance su plenitud y felicidad. Educar es contribuir a desarrollar armónicamente todas las dimensiones y potencialidades del ser humano (cualidades físicas, psíquicas, intelectuales, morales y espirituales), para que llegue a ser una persona digna y feliz. De ahí que la educación no puede reducirse a un asunto tecnológico, pues es esencialmente un asunto ético y humano.

Hace unos años, la Unesco publicó el Informe Delors⁴ donde proponía superar la concepción utilitarista o instrumental de la educación y ofrecía algunas propuestas para una educación más integral, orientada al desarrollo armónico de la persona. Este Informe fue, por lo general, muy bien acogido y recibido y se convirtió en el insumo principal para la serie de Reformas Educativas que implementaron numerosos países. El Informe dice textualmente: “Lo que proponemos supone trascender la visión puramente instrumental de la educación considerada como la vía necesaria para obtener resultados (dinero, carreras, etc.) y supone cambiar para considerar la función que tiene en su globalidad la educación: la realización de la persona, que toda entera debe aprender a ser”. Posteriormente, presenta los cuatro pilares de la educación:

Aprender a conocer, lo que implica insistir en el dominio de los instrumentos del conocimiento, lo que va a requerir de una pedagogía que propicie el placer de comprender y descubrir, y supere la rutina y el aprendizaje memorístico sin comprensión.

Aprender a hacer, lo que implica promover el amor al trabajo y la capacitación para la producción y el aprendizaje permanente, que a su

4 Cf. J. Delors, **La educación encierra un tesoro**. Santillana, Madrid, 1996.

vez va a requerir de competencias esenciales como el trabajo en grupo o en red, la toma de decisiones, la polivalencia, la valoración de la diversidad...

Aprender a convivir, lo que implica trabajar en proyectos comunes, respetar al otro diferente, considerar la diversidad como riqueza, sensibilidad social, comprometerse con el bien común, y ejercer la ciudadanía de un modo responsable.

Aprender a ser, es decir, vivir comprometido en la construcción de sí mismo, desarrollar todas las potencialidades para llegar a ser persona en plenitud.

La genuina educación está siempre al servicio de la autonomía y de la vida y combate con decisión todo lo que la impide o asfixia. Verdadero educador es el que sabe despertar toda la riqueza y las posibilidades que hay en cada niño o joven, en cada persona. El que sabe estimular y hacer crecer en él, no sólo sus aptitudes físicas y mentales, sino también lo mejor de su mundo interior y el sentido gozoso y responsable de la vida. El que alienta a cada persona a que llegue a ser lo que está llamado a ser. Cuando, como plantea Pagola, en las instituciones educativas se ahoga el gusto por la vida, y los docentes se limitan a transmitir de manera disciplinada el conjunto de materias que a cada uno les han asignado (de allí, la palabra asignatura), se pierde “el espíritu de la educación”.

Nuestro porvenir es por-hacer

Cada uno de nosotros somos únicos e irrepetibles, unos seres maravillosos, dotados de dones y capacidades que la educación nos debe ayudar a conocer y desarrollar. Es importante que empecemos por reconocer y valorar todo lo que somos y tenemos y vivamos en una actitud positiva de asombro y agradecimiento. Somos personas, no objetos, sujetos de dignidad. Todos valemos no por lo que tenemos, sino por lo que somos, porque somos.

Nos dieron la vida gratuitamente y todos los milagros que la hacen posible, en especial, las otras personas que nos aman, nos posibilitan la existencia y nos ayudan a crecer, pero no nos dieron la vida hecha. Los seres humanos somos los únicos que podemos labrar nuestro futuro, que podemos inventarnos a nosotros mismos y podemos inventar el mundo, recrearlo, humanizarlo. No podemos ser meros actores de un guión escrito por otro, sino que debemos ser autores y actores de nuestra propia vida. Somos seres inacabados que nos vamos construyendo a nosotros mismos, abiertos a infinitas posibilidades. Por ello, somos ya lo que estamos siendo y somos también todo lo que podemos llegar a ser.

La persona es impulso permanente de llegar a ser más. Vivir es hacerse, inventarse, construirse.

La educación, como tanto insistía Paulo Freire, tiene sentido porque los seres humanos somos proyectos y podemos tener proyectos para el mundo. El futuro no es sólo porvenir, es también y sobre todo, por-hacer. Nuestra vocación es construirnos y reinventar el mundo y no meramente reproducirlo. La abeja hace la colmena con la misma perfección de siempre. Su "ingenio" está en la especie, no en el individuo. Está determinada, no puede hacer las colmenas de otro modo, ni mejor, ni peor. Siempre perfectas, con una perfección monótona, sin responsabilidad, sin libertad, sin ética. Por eso, las abejas, como todos los animales, no son educables, sólo son adiestrables. No tienen historia ni futuro. Pero los seres humanos somos siempre seres en proyecto, nos estamos haciendo e inventando permanentemente y así reinventamos el mundo y construimos el futuro, que no está predeterminado por nada ni por nadie, ni es meramente repetición del presente. Somos creadores de nosotros mismos, en busca de la felicidad.

Ser persona de éxito

C. Jung decía que "todos nacemos originales y morimos copias". En verdad, en nuestro mundo, muy pocos se arriesgan a tomar la tarea de la vida en serio y a vivirla como una aventura fascinante en búsqueda de la propia realización personal. Vivimos programados, dormidos, haciendo lo que nos dicen que hay que hacer, vistiendo como nos dicen que vistamos, comiendo lo que nos indican que comamos... La mayoría se contenta con llevar una vida mediocre en busca de la comodidad, el placer o el éxito. ¿Pero en qué consiste el verdadero éxito? ¿En acumular poder, títulos, dinero, carros, mansiones? ¿En un triunfo meramente materialista?

En la Revista PODER de Noviembre del 2002 aparece una entrevista que le hizo Isaac Lee al mejicano Carlos Slim, el hombre más rico de América Latina. Nadie esperaba que este multimillonario se expresara de este modo sobre el éxito:

"Yo creo que el éxito no está en lo económico. Yo creo que una persona no es de éxito porque le va bien en los negocios o le va bien profesionalmente o saca 10 en la escuela. Creo que eso es lo que menos vale. Lo que vale es tener los pies en la tierra, la familia -el concepto de familia-, los amigos (pero los verdaderos amigos... ese que cuando te recuerda te llama, cuando sabe que estás mal en cualquier circunstancia te llama para saber si se te ofrece algo, ese que cuando te ve te da un abrazo

sincero, ese que cuando te ve le da gusto saber que existes). *Apreciar las cosas que tienen valor ¡VERDADERO!, no material, no físico necesariamente. Pienso que a este concepto bien le puedo añadir una reflexión que me regaló mi madre:*

El éxito no tiene que ver con lo que mucha gente se imagina. No se debe a los títulos nobles y académicos que tienes, ni a la sangre heredada o la escuela donde estudiaste. No se debe a las dimensiones de tu casa o de cuántos carros quepan en tu cochera. No se trata si eres jefe o subordinado; o si eres miembro prominente de clubes sociales. No tiene que ver con el poder que ejerces o si eres un buen administrador o hablas bonito, si las luces te siguen cuando lo haces. No es la tecnología que empleas. No se debe a la ropa, o si después de tu nombre pones las siglas deslumbrantes que definen tu status social. No se trata de si eres emprendedor, hablas varios idiomas, si eres atractivo, joven o viejo.

El éxito (...) se debe a cuánta gente te sonríe, a cuántas gentes amas y cuántos admiran tu sinceridad y la sencillez de tu espíritu.

Se trata de si te recuerdan cuando te vas. Se refiere a cuánta gente ayudas, a cuánta evitas dañar y si guardas o no rencor en tu corazón.

Se trata de que en tus triunfos estén incluidos tus sueños.

De si tus logros no hieren a tus semejantes.

Es acerca de tu inclusión con otros, no de tu control sobre los demás.

Es sobre si usaste tu cabeza tanto como tu corazón, si fuiste egoísta o generoso, si amaste la naturaleza y a los niños y te preocupas de los ancianos.

Es acerca de tu bondad, tu deseo de servir, tu capacidad de escuchar y tu valor sobre la conducta. No es acerca de cuántos te siguen si no de cuántos realmente te aman. No es acerca de transmitir, si no cuántos te creen si eres feliz o finges estarlo. Se trata del equilibrio de la justicia que conduce al bien tener y al bien estar. Se trata de tu conciencia tranquila, tu dignidad invicta y tu deseo de ser más, no de tener más.

¡ESTO ES EL ÉXITO!''.

Desgraciadamente, la mayor parte de las personas no entienden de este modo el éxito y reducen las posibilidades de su bien-ser a un mero bien-tener. No se atreven a vivir, a escribir el guión de sus vidas, y se dejan vivir por los demás (mercado, modas, costumbres, objetos, rutina, dinero, dirigentes...), sin el valor para ser sujetos de sí mismos. Gastan su existencia en las orillas de la vida, chapoteando en el barro de la trivialidad y superficialidad, incapaces de darle un sentido propio y personal a su existencia. Han entregado su corazón a idólos de barro (deportistas, actores, cantantes de moda...) que doblegan sus corazones y les llevan

a vivir una existencia banal y superficial. La vida se va convirtiendo en un episodio irrelevante, que hay que llenar de dinero, bienestar y experiencias placenteras. A pesar de que cada vez hay mayor preocupación por alargar la vida y, como ya señalamos antes, se comienza a hablar y preocuparse cada vez más por la calidad de vida, la supuesta calidad se reduce, por lo general, a ganar dinero, llenarse de cosas y llevar una vida cómoda, sin problemas. Por eso, si bien algunos se preguntan si hay vida después de la muerte, lo que realmente debería inquietarnos a todos es si hay vida en la vida, es decir, antes de la muerte, pues nuestras calles y centros comerciales están llenos de cadáveres ambulantes, “muchedumbre solitaria”, gentes incapaces de comunicarse consigo mismo y de entrar en un diálogo profundo con el otro capaz de dotarlo de sentido y de ser fuente de sentido para otros.

Educación que despierte a la vida auténtica

Educar es, en definitiva una invitación a vivir con lucidez y responsabilidad, despertar a la vida auténtica, Es, en cierto sentido, resucitar a muchas personas que están muertas en vida; es desempolvar su existencia gris para que brillen sus potencialidades y hasta sus genialidades. Es lo que nos dice Adolfo Bécquer en este conocido poema que resulta una joya pedagógica:

*Del salón en el ángulo oscuro
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo,
véase el arpa.
¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!
¡Ay!, pensé, cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: “levántate y anda”.*

Cuántos genios en potencia han quedado frustrados y cuántas potencialidades seguirán dormidas por no contar con educación o con un educador que les ayude a descubrirlas y potenciarlas. En uno de sus inolvidables escritos, José Saramago hace una increíble descripción de su abuelo: “Viene cansado y viejo. Arrastra setenta años de vida difícil,

de dificultades, de ignorancia. Y con todo, es un hombre sabio, callado y metido en sí, que sólo abre la boca para decir las palabras importantes, las que importan (...) Un hombre igual a muchos de esta tierra, de este mundo, un hombre sin oportunidades, tal vez un Einstein perdido bajo una espesa capa de imposibles, un filósofo (¿quién sabe?), un gran escritor analfabeto. Algo sería, algo que nunca pudo ser”⁵.

A su vez, Saint-Exupéry recuerda un viaje en un tren repleto de gente de extracción social baja. Un niño pequeño dormía arrebujado entre sus padres. El escritor francés se quedó mirando la carita del niño y recordó la figura del gran compositor Wolfgang Amadeus Mozart. Y pensó que probablemente ese niño tuviera en sí potencialidades como para llegar a ser un gran músico, pero temió que ni la vida ni sus educadores le iban a ofrecer las oportunidades necesarias, con lo cual sus potencias quedarían ahogadas. Después de una larga reflexión, cuando el escritor separa ya definitivamente los ojos del niño, en su fuero interno lo considera como un “Mozart asesinado” (“Mozart assassiné”). ¡Cuántas personas no han podido realizar sus potencialidades por falta de educación! ¡Cuántos artistas, científicos, héroes, santos..., habrá bloqueado la mala educación! ¡Cuántos profesores habrán sido y están siendo asesinos de talentos!

Es, por ello, urgente que empecemos a tomar con seriedad la educación y la concibamos –quiero insistir una vez más–, como el medio esencial para desarrollar integralmente las potencialidades humanas de la persona en todas sus dimensiones vitales, intelectuales, sensitivas, creativas, artísticas, sociales y espirituales, de modo que alcance su plenitud con los demás, no contra los demás. Sólo se llega a ser persona plena en una relación profunda con los otros y con el Otro, que nos invita a sumergirnos en el misterio de la existencia y a entrar en un diálogo creador de vida y recreador del mundo. Se trata de abrirse a la fraternidad con todos los seres del universo y a la transcendencia, al encuentro de un Tú que nos da la vida, nos sostiene en ella y alienta nuestras ansias de creatividad en libertad.

Desgraciadamente, la educación no aborda todos estos elementos, y mucho menos el de la transcendencia que es tan propio de la persona plenamente humana. De ahí que necesitamos con urgencia una educación que proporcione una brújula para poder orientarnos en este mundo turbulento en que vivimos. Una educación que, en palabras de Mounier,

5 José de Souza Saramago, “Mi abuelo, también”, en **La emoción de educar. Reflexiones y vivencias en torno a la educación**. Grupo S.M, 2010, pág. 47-48.

despierte o resucite al ser humano que todos llevamos dentro, nos ayude a construir la personalidad y encauzar nuestra vocación en el mundo. Se trata de desarrollar la semilla de uno mismo, de promover ya no el conformismo y la obediencia, sino la libertad de pensamiento y de expresión, y la crítica sincera, constructiva y honesta que lleven a la realización plena de la existencia y a la construcción de un mundo más humano⁶.

Educación holista

La educación holista u holística⁷, movimiento que se inició en los años noventa del siglo pasado, subraya con fuerza este sentido integral de la educación. Pretende ser una educación para la paz y la fraternidad humana, una pedagogía del amor universal, pues promueve el desarrollo de una conciencia de concordia, solidaridad y cooperación, ya que considera que la esencia de la vida es la armonía. El holismo pone énfasis en el desafío de crear una sociedad sustentable, justa y pacífica en armonía con la Tierra y sus formas de vida. Implica sensibilidad ecológica, respeto profundo tanto por todas las culturas y por la diversidad de las formas de vida del planeta. El holismo trata de expandir la manera en que nos vemos a nosotros mismos y a nuestra relación con el mundo, celebrando nuestro potencial humano innato: lo intuitivo, emotivo, físico, imaginativo y creativo, así como lo racional, lógico y verbal. La educación holística parte de la posición filosófica de que lo diferente puede ser complementario, haciéndonos más universales, y propicia el desarrollo de todas las dimensiones de la persona (cognitiva, social, emocional, corporal, estética y espiritual), pues cultiva las aspiraciones más altas del espíritu humano.

En definitiva, hay verdadera educación o si se prefiere, es una educación integral de calidad, si forma personas y ciudadanos de calidad capaces de responsabilizarse de su propia transformación personal y la de su comunidad, profundizando la conciencia de su dignidad humana y su vocación de servicio y de transcendencia. Educación que responde

6 Ver Antonio Pérez Esclarín, **Educar para humanizar**. Narcea, Madrid y Estudios, Caracas, 2004.

7 Para profundizar en la educación holista ver la obra del Dr. Ramón Gallegos N., en especial, **La educación del corazón. Doce principios para las escuelas holistas (2001)**; **Pedagogía del amor universal. Una visión holista del mundo (2003)**; y **Inteligencia espiritual. Más allá de las inteligencias múltiples y emocional (2007)**. Todas han sido editadas por la Fundación Internacional para la educación Holista, Guadalajara, México.

a las realidades de los educandos y contribuye al desarrollo de sujetos libres, activos y conscientes, con capacidades (saberes, conocimientos, habilidades, actitudes y valores) para incidir en la mejora de su calidad de vida y en la transformación de su entorno social. Educación que permite a todos, sin excepción, el desarrollo de sus talentos y capacidades creativas, de modo que cada uno pueda responsabilizarse de sí mismo y alcanzar su plenitud. Educación que forme auténticas personas y ciudadanos productivos, solidarios, y de profunda espiritualidad con capacidad de insertarse activamente en el mundo del trabajo y de la producción, y realmente comprometidos con el bien común. Educación que despierte el gusto por aprender, por superarse permanentemente, que fomente la creatividad, la libertad y el amor. Educación que enseñe a vivir y a convivir, a defender la vida, a dar vida para que todos podamos vivir con dignidad y contribuir a la construcción de un mundo mejor.

Por ello, a las ya tradicionales dimensiones del informe Delors, que, como ya dijimos, recogieron las Reformas Educativas: Educación que enseña a ser, a conocer, a hacer y a convivir; los genuinos educadores debemos añadir “educación que enseña a transformar”, pues reivindicamos la entraña ética y política de la educación popular, que se define no por sus modalidades o destinatarios, sino por su intencionalidad transformadora. Frente a las tendencias que quieren convertir a la educación en un mero medio para domesticar a las nuevas generaciones preparándolas no para transformar la realidad, sino para insertarse o adaptarse a ella, lo que implica aceptar las terribles desigualdades y la inhumanidad e injusticia del mundo en que vivimos, debemos apostar por una educación que recupere y fomente el potencial transformador de cada persona como sujeto de su historia y de la historia. Educación que prepare a las personas, comunidades y naciones, ya no para acomodarse a los cambios, sino para orientarlos a favor de un proyecto de construcción de otro mundo posible en el que prevalezca la justicia, la inclusión, la dignidad, la democracia, el respeto a la diversidad y la paz. Educamos, en definitiva, no meramente para formar los profesionales que el mercado requiere sino los seres humanos que necesita una sociedad libre y profundamente democrática. Armados de una ciencia profundamente humanista y de una conciencia social y espiritual que les permita transformar creativamente su entorno hacia verdaderas metas de desarrollo humano sustentable.

En definitiva, educar es servir, poner la propia persona al servicio de la promoción del otro. Por ello, no basta con proporcionar educación a todas las personas, sino que, como señalamos más arriba, se trata también de educar a toda la persona. Esto es lo que significa integral. Educar razón y corazón, inteligencia y sentimientos, memoria e imagi-

nación, voluntad y libertad. Educar los sentidos, pies y manos, estómago y sexualidad. Educar a cada persona como ciudadano del mundo pero también hijo de su aldea, de su región, de su país. Educar para llegar a ser, para convertirnos en esa persona plena y feliz que estamos llamados a convertirnos, en ese ciudadano trabajador y solidario, verdaderamente comprometido con el bien común, gestor de vida y dador de vida. Es lo que los griegos llamaban la vida bella, o que luego va a ser recogido en el ideal humanista de “*Mens sana in corpore sano*” (Mente sana en un cuerpo sano), es decir, la salud integral, el desarrollo de todas las potencialidades, para que podamos alcanzar la cumbre de nuestra vocación de llegar a ser hombres y mujeres verdaderos. O, con una expresión, que recoge muy bien la espiritualidad ignaciana: “hombres y mujeres para los demás, con los demás”.

3. Educar razón y corazón, pensamiento y sentimientos: La inteligencia emocional

Durante mucho tiempo se propició una educación orientada casi exclusivamente al desarrollo de las competencias cognitivas. Se consideraba a una persona inteligente si sabía muchas cosas, si aprendía con rapidez, si “sacaba buenas notas” y triunfaba en el sistema educativo. La formación de la inteligencia suponía garantizar en los estudiantes las competencias de la alfabetización primaria y secundaria sobre todo en las esferas lingüísticas, matemáticas y científicas. Competencias para desarrollar procesos lógicos, resolver problemas, poseer sentido numérico, geométrico y de la medida. Competencias para saber buscar, procesar, interpretar, aplicar la información y desarrollar pensamiento crítico. Competencias para usar bien la memoria, preguntarse a sí mismo lo que se ha aprendido, gobernar la propia atención, ordenar el trabajo y el tiempo, afinar estrategias de estudio.

Después, fueron multiplicándose las pruebas para medir el coeficiente intelectual pues se argumentaba que había una relación positiva entre el coeficiente intelectual de los alumnos y su rendimiento académico: los alumnos que más puntuación obtienen en los tests de coeficiente intelectual suelen ser lo que obtienen las mejores calificaciones en el sistema educativo. Esto llevó a una gran proliferación de pruebas fundamentalmente de comprensión y pensamiento lógico, que incluso implementaron muchas universidades, como filtro de entrada, con la idea de seleccionar a los alumnos más inteligentes, que supuestamente responderían con eficacia a las exigencias de los estudios superiores.

Esta visión entró en crisis: No siempre las personas consideradas inteligentes en el sistema educativo son las que triunfan en sus carreras o son capaces de llevar una vida ordenada, exitosa y feliz. Muchos “cerebritos”, siempre primeros en los estudios, fracasan en la vida real. La mera inteligencia, en el sentido restringido en que solía entenderse, no facilita la felicidad ni con nuestra pareja, ni con nuestros hijos, ni que tengamos más y mejores amigos. Esto llevó, como veremos más tarde, a

ampliar el significado de la inteligencia, a considerar que hay diversidad de inteligencias y, más recientemente, a insistir en la necesidad esencial de desarrollar la inteligencia emocional, la alfabetización de los sentimientos. Como dice Fernández Berrocal, “el profesor ideal de este nuevo siglo tendrá que ser capaz de enseñar la aritmética del corazón y la gramática de las relaciones sociales. Si la escuela y la administración asumen este reto, la convivencia en este milenio puede ser más fácil para todos”.

Sin embargo, si bien se habla cada día más de su necesidad, la educación de los sentimientos sigue siendo una de las grandes tareas pendientes. Todos hemos experimentado que los sentimientos son una poderosa realidad humana y que son los que con más fuerza nos impulsan o nos retraen en nuestro actuar y también en nuestro aprender. Si uno está triste, preocupado, desmotivado, deprimido, será muy difícil que rinda bien en sus estudios, aunque haya salido con la nota máxima en los tests de inteligencia. Las personas capaces de adoptar en la vida una actitud positiva y de dirigir sus emociones suelen vivir más satisfechas y hacen rendir mejor su talento natural.

Aclaremos, antes de continuar con estos planteamientos, que la palabra inteligencia viene del latín (*Intus legere*), y significa “*leer por dentro*”, es decir, capacidad de analizar, juzgar, ir más allá de las apariencias. En este sentido, es inteligente quien es capaz de dar una opinión razonada, de asumir una postura crítica, de resolver problemas, de superar la cultura del rumor, de la fragmentación informativa, de la mera repetición de las “verdades publicitadas”. Propiamente, la inteligencia supone no sólo capacidad de comprender, sino también de comprenderse, de comprender a los demás y de comprender al mundo, para así poder contribuir a su permanente mejora y humanización, elementos que subraya la Inteligencia Emocional. En consecuencia, una inteligencia madura supone el ejercicio de un *pensamiento riguroso* y la voluntad de *vivir de forma creativa*.

Ser inteligente, creativamente inteligente, emocionalmente inteligente, implica capacidad de aprender a desaprender, a aprender, comprender y emprender, lo cual supone garantizar los conocimientos, lenguajes, estilos cognitivos y también sentimientos y emociones necesarios para un aprendizaje permanente, de modo que los educandos puedan vivir como protagonistas de sus propias vidas, en una sociedad cambiante y cada vez más compleja, que deben humanizar.

Le debemos a Howard Gardner y a su teoría de las Inteligencias Múltiples, un rescate del sentido original e integral de inteligencia, que él considera como una capacidad múltiple, como un abanico de diversas capacidades intelectuales, que van mucho más allá de la capacidad meramente cognitiva, a la que se había reducido la inteligencia.

Tras analizar la persona humana en su complejidad, Gardner distingue siete “formas” de inteligencia:

- 1.- La inteligencia musical (sensibilidad para los sistemas de signos sonoros y producción de obras de carácter musical).
- 2.- La inteligencia cinestésica (competencia para producir o reproducir un gesto adaptado a la situación).
- 3.- La inteligencia lógico-matemática (comprensión de símbolos y variables lógico-matemáticas).
- 4.- La inteligencia lingüística (dominio de la lengua y de la expresión escrita u oral).
- 5.- La inteligencia espacial (percepción y visualización correctas y eficaces del espacio).
- 6.- La inteligencia interpersonal (competencia para entablar relaciones con el otro y comprender a los otros, empatía, inteligencia de las relaciones sociales).
- 7.- La inteligencia intrapersonal (conocimiento introspectivo de sí mismo y de toda la personalidad propia).

A partir de estas ideas, dos eminentes psicólogos, Peter Salovey y John Mayer, centraron sus estudios en los dos últimos tipos de inteligencia, la interpersonal y la intrapersonal, y acuñaron el término de “Inteligencia Emocional”, que ellos describieron como “una forma de inteligencia social que implica la habilidad para dirigir los propios sentimientos y emociones y los de los demás, saber discriminar entre ellos, y usar esta información para guiar el pensamiento y la propia acción”.

Fue, sin embargo, Daniel Goleman quien contribuyó a difundir los planteamientos de la Inteligencia Emocional, que describe como la capacidad de reconocer nuestros propios sentimientos y los ajenos, de motivarnos y manejar bien las emociones, en nosotros mismos y en nuestras relaciones. Goleman empezó preguntándose por qué personas muy inteligentes no triunfan en la vida, y en cambio otras, con muchísimo menos coeficiente intelectual, llevan una existencia feliz y muy exitosa. De sus investigaciones, Goleman concluyó que las cinco aptitudes emocionales necesarias para una afectividad madura, una convivencia pacífica y una vida feliz, son el autoconocimiento, la autorregulación de las emociones, la motivación, la empatía y las habilidades sociales, tema que desarrolló con amplitud en su afamado bestseller, *Inteligencia emocional*⁸.

8 Daniel Goleman, **Inteligencia Emocional**. Editorial Kairos, Barcelona, 2002.

En el libro, Goleman describe con brochazos vivos la creciente deshumanización de nuestras sociedades carcomidas por la violencia, la inseguridad, la depresión y la soledad:

“En la última década hemos asistido a un bombardeo constante de este tipo de noticias que constituyen el fiel reflejo de nuestro grado de torpeza emocional, de nuestra desesperación y de la insensatez de nuestra familia, de nuestra comunidad y, en suma, de toda nuestra sociedad. Estos años constituyen la apretada crónica de la rabia y la desesperación galopantes que bullen en la callada soledad de unos niños cuya madre trabajadora los deja con la televisión como única niñera, en el sufrimiento de los niños abandonados, descuidados o que han sido víctimas de abusos sexuales y en la mezquina intimidación de la violencia conyugal. Este malestar emocional también es el causante del alarmante incremento de la depresión en todo el mundo y de las secuelas que deja tras de sí la inquietante oleada de la violencia: escolares armados, accidentes automovilísticos que terminan a tiros, parados resentidos que masacran a sus antiguos compañeros de trabajo, etcétera. Abuso emocional, heridas de bala y estrés postraumático son expresiones que han llegado a formar parte del léxico familiar de la última década”...

Para superar esta triste situación Goleman plantea *“la urgente necesidad de aprender a dominar nuestras emociones, a dirimir pacíficamente nuestras disputas y a establecer, en suma, mejores relaciones con nuestros semejantes. Durante mucho tiempo, los educadores han estado preocupados por las deficientes calificaciones de los escolares en matemáticas y lenguaje, pero ahora están comenzando a darse cuenta de que existe una carencia mucho más apremiante, el analfabetismo emocional. No obstante, aunque siguen haciéndose notables esfuerzos para mejorar el rendimiento académico de los estudiantes, no parecen hacerse grandes cosas para solventar esta nueva y alarmante deficiencia. En palabras de un profesor de Brooklyn ‘parece como si nos interesara mucho más su rendimiento escolar en lectura y escritura que si seguirán con vida la próxima semana’...*

Si existe una solución, ésta debe pasar necesariamente, en mi opinión, por la forma en que preparamos a nuestros jóvenes para la vida. En la actualidad dejamos al azar la educación emocional de nuestros hijos con consecuencias más que desastrosas. Como ya he dicho, una posible solución consistiría en forjar una nueva visión acerca del papel que deben desempeñar las escuelas en la educación integral del estudiante, reconciliando en las aulas la mente y el corazón... Quisiera imaginar que, algún día, la educación incluirá en su programa de estudios la enseñanza de habilidades tan esencialmente humanas como el autoconocimiento, el

*autocontrol, la empatía y el arte de escuchar, resolver conflictos y colaborar con los demás*⁹.

Algo semejante piensa Maturana cuando plantea que necesitamos evolucionar de la educación centrada en el conocimiento a la educación centrada en la formación para la convivencia productiva y democrática. Incluso el propio Zubiri apuntaba por aquí cuando hablaba de la Inteligencia Sentiente o del Sentimiento Inteligente, y abogaba por la necesidad de unir cabeza y corazón, inteligencia y sentimientos.

Si bien el corazón suele ser el que guía nuestras vidas, necesita ser educado por la inteligencia. Educarlo para que nos lleve a apasionarnos con cosas grandes, con ideales por los que merezca la pena luchar. Es difícil lograr metas altas sin algún tipo de apasionamiento, pero también es verdad que muchos se apasionan por metas que los hundan en la deshumanización. Por ello, es la inteligencia la que debe aclararnos sobre la bondad o no de nuestras metas. De ahí esa necesidad de integrar razón y corazón, inteligencia y sentimiento. Inteligencia para conocer la verdad y el bien, y voluntad para llevar a cabo lo que la inteligencia indica como verdadero y bueno.

Educación bien nuestros sentimientos nos hace más libres, más valiosos, nos humaniza. Humanizar es fundamentalmente despertar el corazón, despertar el propio mundo afectivo. Y el corazón sólo se despierta con los latidos de otro corazón. Sólo si uno se siente querido, podrá querer y aprenderá a querer. De ahí la importancia de establecer relaciones cercanas, afectivas, en el proceso educativo. Los que no han sido queridos, no se quieren y no saben querer. Por ello, se muestran inseguros, agresivos, violentos. No olvidemos nunca que educar es un acto de amor hacia lo humano, hacia la vida toda; es un acto en el que se invita, retomando a Shakespeare, a mamar la leche de la humana ternura. Educar es amar, y en definitiva, el objetivo último del verdadero educador es enseñar a amar¹⁰. En educación es imposible ser efectivos si no somos afectivos. No es posible la calidad sin calidez. No hay educación verdadera sin amor: el educador debe amar su profesión, amarse como educador; amar su trabajo como partero del alma y amar a todos y cada uno de sus alumnos, en especial a los más débiles, necesitados y carentes. Sin amor, la enseñanza se convierte en una vil repetición que no despierta la curiosidad y mutila la imaginación y la creatividad. Sin amor, sólo habrá

9 Daniel Goleman, **Op.cit.**, págs. 4, 6, 146.

10 Ver mi libro **Educación es enseñar a amar**. San Pablo, Caracas, 2009.

una profesión para ganarse la vida; sin amor sólo habrá materias que impartir para sobrevivir.

Afortunadamente, hoy se comienza a darle más importancia al coeficiente emocional que al coeficiente intelectual. Algunos estudiosos del comportamiento humano, llegan a afirmar que el coeficiente intelectual o inteligencia como antes se la entendía, no contribuye en más del 25% al éxito global de una persona. La competencia técnica y la preparación contribuyen a un 10-20%. Podemos sumar también algunos pocos puntos si contemplamos la suerte o las oportunidades como otros factores que intervienen, pero el elemento clave, el que más peso específico tiene, es sin duda, el coeficiente emocional, de un 60% a un 70%¹¹.

El coeficiente intelectual es importante, y no debemos desestimarlos, pero no nos dice nada de las capacidades de motivación, imaginación, liderazgo, creatividad, talento artístico de la persona. Un coeficiente intelectual elevado no es garantía de felicidad y éxito. Para triunfar en la vida personal o en la profesional, para poder ser auténticamente humano la inteligencia del corazón es más fundamental que nunca. Sólo el sentimiento humaniza a la persona. Es esta la gran lección que el zorro le enseñó al Principito¹² que a pesar de su inteligencia y perspicacia, no había sido capaz de descubrir y valorar el inmenso amor que le tenía su rosa y ni siquiera era consciente del amor que él mismo le tenía a ella. De hecho, él mismo lo reconocerá después, una vez que se le han abierto los ojos del corazón, “Yo era demasiado joven para saber amarla”, es decir, “yo era demasiado inmaduro para apreciar su amor”. Sus ojos le asomaban a su gran belleza, pero sólo empezó a descubrir su amor cuando fue capaz de verla con los ojos del corazón, pues “lo esencial es invisible a los ojos, sólo se ve bien con el corazón”.

El urgente papel de alfabetizar emocionalmente o conocer los propios sentimientos y los de los demás para que todos podamos llevar una vida emocionalmente sana y lleguemos a ser capaces de amar, debería ser responsabilidad de toda la sociedad, pues todos educamos o deseducamos con nuestra conducta. Sin embargo, le va a tocar a la familia y a la escuela la responsabilidad esencial, tarea contra corriente y nada fácil, dado el contexto deseducativo y superficial en que estamos viviendo, tarea que comienza en la primera infancia, incluso antes de nacer, y que no

11 Begonia Ibarrola, *Dirigir y educar con Inteligencia Emocional*. Ponencia del VII Congreso de Educación y Gestión. www.profes-net/rep_documentos/Noticias/IntelEmoc.pdf. Sept. 2010.

12 Ver A. de Saint Exupery, **El principito**. Plaza Ed., Barcelona, 2003.

termina nunca, pues uno, mientras viva, estará siempre en la posibilidad de dirigir cada vez mejor sus sentimientos y acrecentar su amor¹³.

Padres y educadores deberíamos preocuparnos más por la felicidad de nuestros hijos o alumnos, por su autoestima y autoconfianza, por su capacidad de gestionar sus emociones, por la capacidad de relacionarse positivamente con los demás, que por sus notas que sólo suelen expresar mero rendimiento académico. Esto va a suponer un cambio profundo y radical en el modo en que hoy se asume y entiende la educación, que si quiere en verdad ser integral, debe empezar a abordar en serio y desde el seno materno el desarrollo emocional de los niños y niñas.

Si queremos en verdad el bien de los hijos y de los alumnos y contribuir a que lleven una existencia digna y feliz, su alfabetización emocional debería ser la principal tarea de los genuinos educadores. Todas las investigaciones coinciden en que los alumnos emocionalmente inteligentes suelen poseer las siguientes características:

- Poseen un buen nivel de autoestima.
- Aprenden más y mejor.
- Presentan menos problemas de conducta.
- Se sienten bien consigo mismos.
- Son personas positivas y optimistas.
- Tienen la capacidad de entender los sentimientos de los demás.
- Resisten mejor la presión de sus compañeros.
- Superan sin dificultad las frustraciones.
- Resuelven bien los conflictos.
- Son más felices, saludables y tienen más éxito¹⁴.

Para que sea posible desarrollar la Inteligencia Emocional de los alumnos, los educadores debemos comprometernos a desarrollar la nuestra. Sólo lograremos comprender los sentimientos de los demás si aprendemos a comprender los nuestros, si nos vamos haciendo capaces de determinar cuáles son nuestras metas, deseos, qué cosas, personas o situaciones nos alegran o nos sacan de quicio, qué pensamientos generan determinadas emociones, cómo nos afectan y qué consecuencias y reacciones nos provocan. Si reconocemos e identificamos nuestros propios sentimientos, nos resultará más fácil comprender los de los demás.

13 Ver Antonio Pérez Esclarín, **Los padres, primeros y principales educadores**. San Pablo, Caracas, 2010.

14 Ver **Educar es enseñar a amar**. Op.cit.

La empatía que es una competencia esencial de la Inteligencia Emocional, significa situarnos en el lugar del otro, ponernos en sus zapatos, intentar pensar con su cabeza y sentir con su corazón.

Es también evidente que nuestras experiencias influyen en nuestra manera de pensar y de sentir. Si uno nunca ha sido alabado o querido, difícilmente podrá querer. Detrás de las conductas violentas, suele haber un gran déficit de amor. Al que ha crecido y vivido en un ambiente donde ha sido querido mucho y bien, le va a resultar muy difícil comprender los sentimientos y la conducta del que nunca fue querido. Porque todos somos distintos y hemos vivido vidas distintas, no siempre sentimos lo mismo en situaciones semejantes. Por ello, nuestras reacciones pueden ser diferentes o hasta opuestas. Lo que a algunos les causa risa, a otros les causa miedo. Problemas que hundan a algunos, a otros les motivan a superarse. A pesar de los esfuerzos por colonizar nuestras mentes y nuestros corazones, no todos deseamos lo mismo, ni nos causan gozo o dolor las mismas cosas. Con frecuencia, más que los hechos o sucesos que nos pasan, tiene más importancia la actitud con que los asumimos.

De ahí la necesidad de que los educadores nos esforcemos por crear un clima positivo, optimista, motivador, de verdadera comunicación con nuestros alumnos, que nos lleve a relativizar los problemas y manejar adecuadamente los conflictos. Debemos también esforzarnos por dominar nuestros estados de ánimo negativos o agresivos, combatir el pesimismo y las quejas, estar siempre en actitud de escucha profunda y de ayuda desinteresada, y desarrollar conductas asertivas especialmente con los alumnos más difíciles o problemáticos. Se trata, en definitiva, de ayudar a los alumnos a ser cada día más plenos y más felices.

4. El aprendizaje de la felicidad

Pero, ¿acaso es posible ser feliz? ¿En qué consiste la felicidad? ¿Es como una especie de lotería que le toca a algunos afortunados, o se trata de algo que hay que aprender y conquistar?

En primer lugar, no debemos confundir la felicidad con algo tan utópico como pretender pasar toda la vida en un estado de euforia permanente, de plenitud o de continuos sentimientos agradables, sin sombras de tristeza, amargura o dolor. Eso sería una ingenuidad y por supuesto algo totalmente inalcanzable. Si alguien piensa así, mantendrá con razón que la felicidad es algo imposible de lograr y, en consecuencia, no la encontrará porque ni siquiera se esforzará en buscarla.

Pero, en cierto modo y en el fondo de nuestro corazón, todos anhelamos ser felices y, aunque sea de un modo inconsciente, buscamos ansiosamente la felicidad. Lo que sucede es que muy pocos se preguntan cómo conciben la felicidad y la mayoría la busca a ciegas y la confunden con el bienestar, con la riqueza, con la fama y el éxito y gastan la vida acumulando cosas, escalando posiciones, pero sin encontrar por ello la felicidad. Cuanto más riqueza o fama tienen, más necesitan tener, y terminan esclavos de sus cosas o de la opinión de los demás. Es evidente que a todos nos gusta ser reconocidos y alabados, y que es más cómodo viajar en un carro cómodo que en un autobús destartado, o que es preferible vivir en una casa confortable que en un rancho miserable. De hecho, todos deberíamos tener un nivel de vida que nos permita vivir con dignidad, pues es evidente que la miseria, la inseguridad, el hambre no son precisamente peldaños para la felicidad. Pero, ciertamente, la felicidad no está en las cosas ni en el dinero.

El dinero es necesario para vivir, pero es muy triste vivir para el dinero. Con dinero podemos comprar muchas cosas, pero ninguna de las cosas más importantes como la paz interior, el amor o la felicidad se compran con dinero:

“Se compra la cama, pero no el sueño”. ¿De qué te sirve dormir sobre colchones de exóticas plumas en las habitaciones de los hoteles más lujosos si no puedes conciliar el sueño? Es preferible un humilde catre con paz y con sueño a una cama de oro con un corazón atormentado que no te deja dormir.

“Se compra una casa, pero no un hogar”. La esencia de un hogar no está en los muebles lujosos, las salas espaciosas, las lámparas de finos cristales, las vajillas de plata, la cocina integral... Hogar viene de la palabra latina “focus”, que significa calor. En muchas mansiones lujosísimas, las personas languidecen de tedio, aburrimiento y soledad, y en viviendas humildes brota la alegría y el cariño. Todo el dinero del mundo no es capaz de comprar un hogar. El hogar se hace, se va construyendo día a día, con respeto, con entusiasmo, con amor.

“Se compra el placer, pero no el amor”. El placer es pasajero, el amor perdura. El placer nunca llena los vacíos del alma, no satisface plenamente; el amor verdadero, sí. Muchos compran cuerpos y placeres, pero no logran comprar los corazones. Son tal vez temidos, deseados, envidiados, pero no son amados.

“Se compra un crucifijo, pero no la fe”. Muchos exhiben en sus cuellos crucifijos de oro, pagan celebraciones religiosas suntuarias, llaman a la prensa cuando regalan grandes limosnas. Nada de eso, sin embargo, les acerca a Dios. Muchos ateos atesoran costosísimas obras de arte religioso, y en el corazón humilde y sencillo de muchos pobres y pequeños crece pujante una gran fe.

Decimos con admiración y hasta con envidia que una persona es rica. Pero ¿rica en qué? ¿En paz, en plenitud, en felicidad? De hecho, todos conocemos personas muy exitosas, acaudaladas, famosas, pero que ciertamente no son felices. Y también conocemos a otras que, en medio de una vida sencilla y a pesar de los problemas y dificultades, se les ve felices.

Otros confunden la felicidad con el placer y, para ser felices, se entregan a una vida licenciosa que, más que plenitud, les deja una sensación de hastío y una permanente insatisfacción que les lanza a volver a buscar desesperadamente nuevas sensaciones y placeres.

Hay quienes creen que la felicidad está en el poder y lo buscan desesperadamente. El poder los emborracha y enferma y, cuanto más poder tienen, más poder ambicionan. Algunos, esclavos del poder, se convierten en verdaderos tiranos y en su búsqueda de un poder siempre mayor, son capaces de esclavizar a pueblos enteros o, como es el caso de tantos tiranos en la historia, llevarlos a la guerra, la destrucción y el holocausto.

Si la felicidad no está en las riquezas, la fama, el placer o el poder; si

tampoco consiste en no tener problemas, preocupaciones o dolores, ¿en qué consiste la felicidad?

La felicidad no depende tanto de lo que tenemos, sino de lo que somos. No proviene de lo que nos sucede, sino del modo en que asumimos lo que nos sucede. No es posible la felicidad si uno vive amargado, enojado, frustrado; si se desprecia, si guarda sentimientos de envidia, rencor, o vive pendiente de lo que piensan u opinan los demás; si no tiene un para qué que le de sentido a su vida, si se deja vivir la vida por otros, si no tiene sueños ni horizontes a los que orientar su crecimiento.

La felicidad es una decisión y una elección personal. No es una meta, sino el camino. Cada persona será lo feliz que decida ser. Por ello, todos debemos proponernos vivir en la felicidad ya, en cada momento, sin permitir que nada ni nadie nuble nuestro corazón, siempre con una sonrisa en los labios que no logren borrar ni los problemas ni las dificultades. Todo lo que se hace sonriendo siempre nos ayuda a ser más humanos, a moderar nuestras tendencias agresivas, a ser más capaces de comprender a los demás e incluso a nosotros mismos. Cuando sonreímos y nos mostramos alegres, comunicamos felicidad a los demás. Y, al darla a los demás, la logramos también nosotros.

Por considerar que la felicidad o la infelicidad está en lo que nos sucede o nos va a suceder, la mayor parte de la gente se pasa la vida posponiendo la felicidad: Piensa que será feliz cuando se gradúe, cuando se case, cuando vengan los hijos, cuando obtenga un trabajo mejor remunerado, cuando cambie de carro o de vivienda, cuando se jubile... y se pasan la vida sin proponerse ser felices ya. Lo importante para ser feliz es estar a gusto con lo que uno es, con lo que tiene, con lo que le sucede, relativizar los propios problemas, que con frecuencia son nimiedades, y adoptar una actitud positiva ante la vida.

Al morir su esposa con la que convivió toda su vida, un anciano de ya 90 años fue llevado a un asilo. Tras esperar un buen tiempo en la recepción, le indicaron que ya tenía el cuarto listo. Mientras esperaba el ascensor para llevarlo a su habitación, el empleado iba diciéndole cómo era.

-Me gusta mucho –le interrumpió el anciano con gran entusiasmo.

-¿Cómo puede decir eso si todavía no la ha visto? Espere un momento, que ya casi llegamos.

-Eso no tiene nada que ver –opinó el anciano-. La felicidad yo la elijo por adelantado. Si me gusta o no el cuarto no depende de su ubicación, del mobiliario o de la decoración, sino de cómo yo decido verlo. Ya yo decidí en mi mente que me gustaría el cuarto. Es una decisión que desde hace mucho tiempo yo tomo cada mañana. Yo puedo pasar mi día enumerando todas las dificultades que tengo en las partes de mi cuerpo que

no funcionan bien, o puedo levantarme y dar gracias a Dios por aquellas partes que todavía trabajan bien. Cada día es un regalo, y mientras yo pueda abrir mis ojos, me enfocaré en el nuevo día, y todos los recuerdos felices que he construido en mi vida.

Se montaron en el ascensor y el anciano arrojó al empleado su mejor sonrisa a través del espejo:

-¡Cuánto sufrimiento se podría evitar en el mundo si sencillamente se le enseñara a las personas a elegir cada día el amor y la felicidad!

Gabriel García Márquez tiene un relato de un pobre desencantado que se arrojó a la calle desde el décimo piso, y a medida que caía iba viendo a través de las ventanas la intimidad de sus vecinos, las pequeñas tragedias domésticas, los breves instantes de felicidad, cuyas noticias no habían llegado nunca hasta la escalera común, de modo que en el instante de reventarse contra el pavimento de la calle había cambiado por completo su concepción del mundo, y había llegado a la conclusión de que aquella vida que abandonaba para siempre por la puerta falsa merecía la pena ser vivida.

Quizá si fijáramos más nuestra atención y nuestro interés en lo que sucede a los demás, como aquel desdichado mientras caía, y procuráramos centrar menos nuestra vida en el análisis de lo que nos sucede a nosotros, quizá entonces, sorprendentemente, encontraríamos nuestra propia vida más atractiva y nos atreveríamos a ser felices. Si rumiamos menos los malos recuerdos o los sucesos negativos, y nos fijamos más en las muchas cosas positivas que nos suceden; si subrayamos más nuestras cualidades y logros y no nos fijamos tanto en nuestras debilidades y fracasos, estaremos aprendiendo a ser cada día más felices.

León Tolstoi decía que “El secreto de la felicidad no consiste en hacer siempre lo que uno quiere, sino en querer siempre lo que uno hace” es decir, en vivirlo todo intensamente, con talante positivo, en buscar en todo la excelencia. Por ello, no consiste tanto en hacer obras grandiosas sino en vivir de un modo grandioso los pequeños detalles de la cotidianidad. En definitiva, la gente más feliz no es la que tiene lo mejor de todo, sino la que hace lo mejor con lo que tiene.

La felicidad es el resultado que se le ofrece a quien vive una vida con sentido y comprometido con su propia vocación. Consiste en vivir en paz consigo mismo, en pensar y obrar de manera positiva, en aceptarse y atreverse a ser lo que uno se propone ser, en esforzarse por autorrealizarse y alcanzar la propia plenitud. En definitiva, la felicidad implica tener un proyecto de vida coherente y realista, que nos impulse con ilusión hacia un futuro que vamos labrando con entusiasmo y dedicación. Todos somos distintos, pero todos tenemos una misión en la vida. El conocerla e

intentar realizarla es camino seguro a la felicidad. La falta de metas y proyectos es lo que hunde a la mayoría de las personas en el aburrimiento y la desdicha. Las metas, tanto si se logran como si no, transforman al individuo. Las metas canalizan los recursos mentales hacia un objetivo específico.

El proyecto de nuestra vida no puede ser otro, como venimos repitiendo, que alcanzar la plenitud: desarrollar todas nuestras potencialidades. Esto implica conocerse a fondo y emprender con coraje el camino de la propia realización. Desgraciadamente, hoy son muy pocos los que se atreven a plantearse llevar una vida intensa, alejada de la mediocridad y de la cobardía. Carecen de un proyecto lo suficientemente atractivo para superar la tentación de la rutina, el acomodo y el consumismo. No se atreven a plantearse en serio la felicidad, carecen del valor necesario para enfrentarse con firmeza a las dificultades. La felicidad es el resultado de un esfuerzo constante por llegar a ser uno mismo, por alcanzar las metas del proyecto vital, sin importar lo que cueste ni los esfuerzos que suponga.

Corrió el rumor de que, entre aquellas fragosas montañas, brotaba la fuente de la felicidad. Numerosas personas salieron en su busca. La mayoría, sin embargo, desistió ante las primeras dificultades y se regresó a la casa diciendo que todo era mentira. Algunos continuaron buscándola a pesar del frío, del cansancio y de las dificultades. Pero sólo un grupito de esforzados logró llegar hasta la fuente.

La fuente no tenía nada en especial que pudiera distinguirla de las demás, y el agua era idéntica al agua de otras fuentes. Sin embargo, todos se sintieron especialmente felices. Entonces comprendieron que la felicidad consiste en tener una meta y en esforzarse por alcanzarla¹⁵.

La diferencia entre las personas que dejan huella a su paso por la vida y las que no, es que las primeras quisieron algo intensamente y lo buscaron con verdadera determinación sin importar lo que costara o lo difícil que pareciera conseguirlo. Héroes, santos, artistas, deportistas, y científicos son buen ejemplo de ello. Las propias dificultades los agigantaron y convirtieron en fortalezas sus fracasos y debilidades. No pidieron compasión, sólo nuevas oportunidades. No se amilanaron ante los problemas ni trataron de culpar a otros de sus fracasos, sino que se levantaron de las cenizas de las derrotas con nuevo coraje e hicieron de ellas la raíz de sus triunfos. Los que perseveran, triunfan.

15 Antonio Pérez Esclarín, **Decide tu vida, elige ser feliz**. San Pablo, Caracas, 2006, pág. 116.

En breve, el secreto de la felicidad reside en darla y no en esperarla. En palabras de Augusto Comte, “Vivir para los demás no es sólo la ley del deber, es también la ley de la felicidad”. La mejor manera de conseguir la felicidad es haciendo felices a los demás. Cuanta más felicidad damos, más nos llenamos de ella. La felicidad es una puerta que se abre siempre hacia fuera.

Jean Paul Sartre escribió que “el Infierno son los otros”, y ciertamente la mayor parte de los males y desgracias las causamos los seres humanos. Pero también “los otros” podemos ser el cielo para nosotros y para los demás si somos capaces de superar nuestro egoísmo y nos dedicamos a servir y ayudar a los otros. El egoísmo divide y separa. La generosidad y el servicio unen. Donde hay generosidad, hay felicidad. Generoso es el que genera, es decir, el que engendra. Es, por ello, una persona fecunda que vive dando vida. La persona generosa es capaz de desprenderse, de salir de sí para volcarse en servicio a los demás y convertirse en semilla de alegría y vida. El generoso tiene el corazón vuelto a las necesidades de los otros, y no sólo es capaz de regalar cosas, sino de regalarse a sí mismo: regala su sonrisa, su tiempo, su atención, su escucha, su cariño.

La generosidad da paz de conciencia, nos permite vivir en un estado habitual de optimismo a pesar de los problemas, dibuja una sonrisa sincera en nuestros labios e ilumina la mirada con un brillo nuevo. Un adagio hindú reza: “Todo lo que no se da, se pierde”. Triunfa en la vida quien derrota su egoísmo y se ofrece como un regalo generoso a los demás. Cada persona camina hacia su muerte llevando en sus manos sólo lo que ha sido capaz de dar.

Todos sabemos y experimentamos que el amor es fuente de felicidad y la generosidad es una forma privilegiada de amar. Las personas generosas son felices, los egoístas viven siempre insatisfechos, carcomidos por la envidia, el rencor, la agresividad o los celos. A todos nos embarga una gran alegría cuando ayudamos a otros, cuando nos sentimos útiles, cuando hacemos el bien, cuando somos generosos. Sin embargo, encerrados en nuestro egoísmo, nos empeñamos en recorrer las sendas de nuestra desdicha. Por ello, el camino más seguro a la felicidad es darse, servir, trabajar por la felicidad de los demás. En la lógica del tener, si uno da, pierde. En la lógica del ser y del amar, cuanto uno más da, más es, más se realiza; cuanto más ama, más se llena de amor. No olvidemos nunca que las dos cosas más importantes en la vida: amor y felicidad, sólo se consiguen dándolas. Si quieres llenarte de amor, da mucho amor. Si quieres alcanzar la felicidad, dedícate a hacer felices a los demás.

Atrévete a vivir preocupándote por los demás, ocupándote de ellos, regalando sonrisas, saludos, palabras cariñosas y amables, sembrando vida, esperanzas, acercando corazones. Vive cada día como un regalo para los demás en los mil pequeños detalles que nos ofrece la vida. Sé amable, escucha intensamente, interésate en las cosas de tus familiares, compañeros y vecinos, felicítalos por sus éxitos y logros, acompáñales y tiéndeles la mano en sus problemas. Cuando veas que alguien (chofer, cocinera, empleado...) hace bien las cosas, díselo aunque no lo conozcas. Alaba, felicita, reconoce. Vive alegre y alegre, pues en el mundo hay demasiada tristeza, dolor y soledad. Haz que la gente se sienta valorada y querida. Evita toda palabra ofensiva. No permitas que la rabia, el desamor o la violencia de otros te arrebaten la alegría y la paz del corazón. Derrota la agresividad y la violencia con dulzura y amabilidad. No amenes, no insultes, no ofendas. Cultiva siempre palabras positivas, que animan, sanan heridas, refuerzan la autoestima, construyen puentes de reencuentro. Si servir es un privilegio, pues “hay más alegría en dar que en recibir”, aprovecha las oportunidades de servir que te ofrece la vida y da gracias por ellas. Acepta también agradecido lo mucho que recibes de los demás y trata de responderles con generosidad. Es lo que hacía Albert Einstein que llegó a escribir: “Cien veces al día recuerdo que mi vida interior y exterior depende del trabajo que otros están haciendo ahora. Por eso, tengo que esforzarme para devolver por lo menos una parte de esta generosidad, y no puedo dejar ni un momento vacío”.

5. Educar integralmente la inteligencia emocional

El desarrollo de la Inteligencia Emocional, la formación de la razón y el corazón, va a suponer:

- *Educar la memoria y el recuerdo*
- *Educar la imaginación y la creatividad*
- *Educar la crítica y la autocrítica*
- *Educar el carácter y la voluntad*
- *Educar la libertad y la responsabilidad*
- *Educar la sensibilidad y la solidaridad*
- *Educar la esperanza y el entusiasmo.*

5.1. Educar la memoria y el recuerdo

Los excesos de una educación transmisiva y bancaria que llevó a privilegiar la memorización y el caletre sin comprensión, llevó a algunos educadores a descuidar el cultivo adecuado de la memoria. Pero la memoria forma parte de la inteligencia; no puede haber inteligencia sin memoria. En palabras de Fernando Savater¹⁶, “cultivar la memoria incluso como puro ejercicio, aunque los contenidos memorísticos luego vayan a olvidarse, aprender a recordar y aprender también a olvidar para recordar otras cosas, es parte del desarrollo de cualquier inteligencia. Así pues, una educación basada exclusivamente en la memoria es reductiva, y puede ser tiránica. Pero una educación que deja de lado absolutamente la memoria o que la descarta, evidentemente es una educación que no va a desarrollar la inteligencia. Las pedagogías progresistas, por sus excesos, han renunciado a una serie de cosas que son realmente imprescindibles, como la necesidad de disciplina o la memoria”.

16 Fernando Savater (1998), **El valor de educar**. Entrevista en Transformar nuestra escuela, año 1, num.2, junio, México, p- 11.

La memoria, en palabras de Marina¹⁷, “no es almacén del pasado, sino entrada al porvenir; no se ocupa de restos, sino de semillas”. De hecho, todos aprendemos desde lo que ya sabemos y sólo mediante la información que poseemos podemos acceder a otra información.

Los niños tienen una gran capacidad para memorizar, capacidad que debe ser cultivada y ejercitada continuamente. Aprenderse poemas de memoria, las capitales de los países del mundo, los presidentes de Venezuela, los afluentes del Orinoco, las tablas de multiplicar...son ejercicios necesarios de memoria que servirán de cimientos para una adecuada comprensión y para la adquisición apropiada de nuevos conocimientos, pues como ya insinuamos más arriba, sin bagaje cultural es imposible el conocimiento. El haber descuidado el ejercicio de la memoria nos está llevando a una educación sin contenidos. De hecho, muchos bachilleres y hasta universitarios, son incapaces de señalar en un mapa la ubicación de los países latinoamericanos (ni qué decir de los otros continentes), y no pueden resolver operaciones elementales de matemáticas sin la ayuda de una calculadora. Así mismo, al no haber memorizado y comprendido, por ejemplo, el hilo conductor de la historia de Venezuela, a los alumnos les da lo mismo y son incapaces de ubicar en el tiempo a Monagas, Simón Rodríguez, Guaicaipuro, Guzmán Blanco, José Leonardo Chirino, Miranda, Zamora, Gómez o Carlos Andrés Pérez.

En un texto muy bello, el poeta español Antonio Colinas aboga con firmeza por la necesidad de que las escuelas vuelvan a exigir la memorización de poemas y recuerda emocionado la importancia que tuvo en el desarrollo de su sensibilidad humana la poesía aprendida de memoria: “En mi memoria dormía una *música*. No era una música hecha de notas, la propia de una melodía; era una música de palabras; las palabras que, a su vez, duermen en el poema. La música, en definitiva, de la poesía. (...) De ahí siempre mi insistencia ante los docentes para que se recupere este precioso don de memorizar la poesía. Al hacerlo, el poema adquiere una dimensión nueva: es el haber dado con esa música de que os hablaba, es la palabra salvada en nuestro interior para siempre. Al comunicársela a los demás o al decírnosla a nosotros mismos, interiormente, habremos recuperado el sentido primordial de la poesía: su son órfico, su capacidad para sanar y salvar”¹⁸.

17 José Antonio Marina (2001): **Teoría de la inteligencia creadora**. Anagrama, Barcelona, p. 118 y ss.

18 Antonio Colinas, “**Una música que regresa y que nos salva**”, en La emoción de educar, Grupo SM 2010, pág. 123-125.

Lo que debe criticarse es la memorización de conceptos y de textos sin comprensión, la acumulación de datos sueltos sin integrarlos a otros. Si los contenidos del conocimiento no están bien estructurados, y claramente relacionados unos con otros, no sirven de nada. Lo que se sabe confusamente y a medias no sólo es inútil, es también un estorbo, un contenido parasitario que dificulta el aprendizaje de cosas nuevas. Una cabeza bien formada es la que tiene sus conocimientos bien ordenados y estructurados, no la que carece de conocimientos. La inteligencia requiere de unas piezas, que son las ideas que se guardan en la memoria. Los que desdeñan el cultivo de la memoria dicen que lo importante es que un niño aprenda a consultar un libro, y no que sepa el libro de memoria. Si bien esto es cierto, no podemos olvidar que se consulta lo que se supo y se ha olvidado, o aquello de cuya existencia se tiene noticia, pero no se puede consultar algo si no se tiene ni idea de ese algo. Si un científico no recuerda exactamente una fórmula, sabe dónde encontrarla y la reconoce en cuanto la ve, pero no puede buscar una fórmula cuya existencia ignora. Ni siquiera un diccionario, el libro de consulta por excelencia, es útil para quien no tiene buena memoria. Y eso sin considerar que es imposible manejarlo si no hemos aprendido previamente el orden alfabético. Si después de averiguar el significado de una palabra la olvidamos, es decir, no la incorporamos ya para siempre a nuestro vocabulario, la búsqueda ha sido una pérdida de tiempo.

Si venimos repitiendo que la educación debe ayudarnos a construimos como personas plenas e ir construyendo un mejor futuro, nada de esto es posible sin memoria. La memoria es constitutiva en el hombre: “somos lo que recordamos” y la condición imprescindible para poder pensar y crear. Como dijo Einstein, “la imaginación es más importante que el conocimiento”. Y sin memoria no hay imaginación ni creatividad. Quien carece de memoria, vive en un perpetuo presente y en nada pueden aprovecharle las experiencias pasadas. De hecho, uno de los mayores problemas de la explosión de la información, donde lo sabemos todo al instante pero no recordamos nada, es que nos estamos hundiendo en un océano de ignorancia.

La vida está hecha de recuerdos, positivos y negativos que marcan lo que somos y lo que queremos ser. Hay sucesos que nos hirieron profundamente y que condicionan nuestras miradas. Pero también todos podríamos señalar una serie de sucesos positivos que recordamos con alegría y sustentan nuestra autoestima. Cultivar la memoria supone aprender a recordar y también aprender a relativizar o incluso olvidar las cosas que no ameritan que les demos tanta importancia. De ahí la necesidad de cultivar no sólo los hechos negativos, sino sobre todo los positivos y estimulantes, que nos alimenten la esperanza y el optimismo.

Todos hemos podido observar numerosas veces cómo, al encontrarnos con antiguos compañeros y recordar, por ejemplo, los pasados tiempos escolares, algunos hablan sobre todo de los buenos momentos y recuerdan con agradecimiento las personas que les ayudaron y hasta son capaces de relativizar e incluso comprender a los que les hicieron daño. Son personas que se fijan en el lado positivo de la vida. Otros, en cambio, recuerdan sólo lo negativo y suelen hablar con amargura de las personas con las que les tocó convivir. Pareciera que disfrutaran en el papel de víctimas y sus vidas están encarceladas en el pesimismo, la amargura y el rencor.

Resulta pertinente recordar aquí la siguiente historia¹⁹:

Un viajero que estaba llegando a una ciudad, le preguntó a un anciano sabio que se encontraba descansando a un lado del camino, acompañado de uno de sus discípulos:

-¿Cómo es la gente de esta ciudad?

-¿Cómo era la gente del lugar de donde vienes? –le preguntó a su vez el anciano.

-Horrible, mezquina, egoísta, intratable.

-Pronto descubrirás que aquí son también así.

Al rato, llegó otro viajero que le hizo al anciano la misma pregunta. De nuevo, en vez de responderle, volvió también a preguntarle cómo era la gente del lugar que acababa de dejar.

-Eran personas maravillosas, honestas, muy trabajadoras. Lamento mucho haber tenido que dejarlas.

-No te preocupes –le respondió el anciano-. Vas a ver que también son así las personas de la ciudad a la que estás llegando.

Cuando se alejó el viajero, el discípulo le preguntó extrañado cómo era posible que a una pregunta similar, hubiera dado dos respuestas contrarias.

-Con frecuencia –le respondió el anciano-, no vemos las cosas como son. Las vemos como somos nosotros.

Pero no se trata de promover un optimismo ingenuo, ni de ignorar o falsificar la realidad dolorosa. De hecho, la construcción de un nuevo futuro nos obliga a educar la memoria, para recordar los sufrimientos y gestas liberadoras de tantos que se sacrificaron para que nosotros pudiéramos disfrutar de una serie de derechos esenciales que debieron ser conquistados a sangre y fuego. Memoria, en consecuencia, también para

19 Antonio Pérez Esclarín (2007): **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas, pág. 40-41

no olvidar la increíble crueldad de los seres humanos cuando se deshumanizan, de modo que nunca vuelva a repetirse esa historia ignominiosa de opresión y de barbarie. “Los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla”. Hay que insistir en esto, pues la postmodernidad, con su énfasis de vivir intensamente el momento, está promoviendo el olvido del pasado.

No podemos ignorar que nuestra civilización y opulencia se cimentan en la sangre de los inocentes. En palabras de Marcos Santos Gómez, “...es preciso escarbar y encontrar el sustrato de huesos anónimos arrojados a una fosa de olvido, sobre el que se apoya nuestro bienestar. Es preciso agudizar el oído para escuchar los lamentos de los que no tienen nombre ni lugar en los cementerios, para llegar a entender cómo ha sido necesario que ellos mueran para que nosotros vivamos. Hay que sentir, en definitiva, su ausencia como presencia (...) Los bienes materiales del presente deben su existencia no sólo al esfuerzo de los grandes genios que los han creado, sino también a la servidumbre anónima de sus contemporáneos. No hay un solo documento de cultura que no lo sea a la vez de barbarie (...). Porque, como afirma J.B. Metz, la pérdida de la memoria supone la perpetuación del desconsuelo y del clamor sin respuesta”²⁰.

La memoria es una actividad social que construye y reconstruye el pasado a partir del presente, de sus intereses y proyecciones futuras. Un futuro sin memoria es un futuro injusto. En palabras de Pessoa, “si recuerdo quién fui, me veo otro y el pasado es presente en el recuerdo”. No hay educación si no se rescata la memoria, pues sin ella no hay identidad que se construya, sea personal o colectiva, ni esperanza que valga. Como plantea Pérez Tapias, “para educar de verdad hay que tener presente que no bastan conocimientos y habilidades si no les acompaña el recuerdo, la memoria histórica, por lo cual, en la era de la información, en la cual se promueve una sobrecarga de información, mercantilizada para más señas, que funciona como industria de la desmemoria, más empeño hay que poner en hacer frente al olvido masivo que aplica la interesada ‘voluntad de no saber’ a lo que, de suyo, no debería olvidarse: lo que debemos a las generaciones pasadas, los sufrimientos sobre los que se asientan los logros que disfrutamos, la deuda contraída con las víctimas de la historia que llega hasta nosotros”²¹.

20 Marcos Santos Gómez, “La perspectiva de las víctimas en la pedagogía liberadora de Paulo Freire”. **Revista de Educación**, N. 354, Enero-Abril, 2011, págs. 327 y ss. .

21 J.A. Pérez Tapias, “La educación entre la memoria y la esperanza”. **Educere. Trasvase**. Año 8, N. 27, Oct-Dic. 2004. Págs. 521. Ver también Paul Ricoeur, **La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido**. Arrecife./Univ. Autónoma, Madrid, 1999.

El recuerdo histórico se construye en colectivo y por ello es parte esencial de la identidad personal, social y nacional. Pippner nos aclara que “al hacer memoria, las personas y los colectivos construimos nuestra identidad. Los recuerdos nos permiten sabernos parte de un colectivo. Es por eso que no es posible pensar la identidad sin memoria, pues ella dota de continuidad la imagen de sí mismo a través del tiempo. Tampoco se puede pensar la memoria sin identidad, puesto que la identidad permitirá que la memoria recuerde aquello que no amenaza su integridad”.

Sólo recordando el pasado doloroso y también heroico, se podrán curar las fracturas y heridas dejadas por la violencia política y se podrá concebir y trabajar por un nuevo futuro. En este sentido, la memoria construye realidad. De ahí la importancia de comisiones de la verdad que ayuden a desentrañar los sucesos confusos y a superar las visiones maniqueas del pasado de los que pretenden releer e interpretar los hechos a su conveniencia. La verdad es siempre liberadora y no sólo va a permitir reparar los daños a tantas víctimas inocentes, sino va a poner cimientos sólidos a una verdadera reconciliación y a una nueva convivencia social que combata la impunidad y castigue los abusos de poder. Desgraciadamente, la historia oficial suele ser la historia de los que detentan el poder. De ahí la necesidad de reconstruir la historia también desde las voces y memorias de las víctimas, siempre ausentes en las historias oficiales.

5.2. Educar la imaginación y la creatividad

Nuestro tiempo reclama cada vez más personas creativas, flexibles, muy imaginativas. Y esto no sólo para que puedan adaptarse a los cambios vertiginosos y sean capaces de responder a las exigencias de un mercado laboral inseguro y muy cambiante, sino sobre todo para hacer crecer a las personas más que a la economía, pues no tiene sentido un desarrollo económico si no va acompañado del desarrollo humano.

Julio Verne, uno de los escritores favoritos de los jóvenes, ha nutrido con sus novelas la imaginación y la fantasía de millones de adolescentes en todo el mundo. Armando José Sequera nos recuerda que, desde muy niño, *soñaba con el mar, con emprender largos viajes de aventuras. De hecho, cuando sólo tenía once años de edad, una mañana se escapó de su casa a galope tendido, se fue hasta el puerto de la ciudad más cercana y se embarcó como grumete en “La Coralie”, un navío que partía rumbo a la India.*

El joven aventurero no pudo llegar muy lejos: En la primera escala que hizo el barco, lo estaba esperando su padre, un exitoso abogado que

había decidido, sin importar para nada lo que pensara su hijo, que Julio continuara la tradición familiar y fuera abogado como él y como también lo había sido su padre, el abuelo de Julio.

Para cortar por lo sano el afán aventurero del niño y castigar la osadía de haber huido de la casa, Julio fue castigado a una dieta forzada de sólo pan y agua durante diez días y a recibir catorce azotes con un látigo delante de toda la familia.

Cuando llegó a la mitad de la paliza, el padre detuvo el castigo y le preguntó:

-¿Prometes no viajar más que con la imaginación?

El que luego llegaría a ser uno de los escritores más admirados y leídos en todo el mundo, tuvo que responder que sí, que en adelante sólo viajaría con la imaginación. Y Julio Verne dio rienda suelta a su fantasía y creatividad. Su extraordinaria imaginación fue guiando su pluma y una tras otra fueron naciendo 65 novelas que él mismo bautizaría como "Viajes Extraordinarios". Desde su escritorio en Francia, se adentró por las selvas del Orinoco, dio la vuelta al mundo, penetró al centro de la tierra, recorrió el fondo de mares y océanos y hasta se trepó a la luna adelantándose cien años a los viajes espaciales²².

La imaginación es fundamental para el desarrollo de la creatividad, imprescindible para soñarse y construirse como persona plena y construir un mundo nuevo. Es imprescindible que la educación cultive la capacidad imaginativa de las personas para crear e inventar nuevos mundos. Esto es lo que querían expresar los jóvenes del mayo francés del 68 con el grafiti que estalló como un grito en las paredes del barrio latino de París: "La imaginación al poder". Era un llamado urgente y angustioso a políticos y dirigentes para que fueran capaces de inventar maneras radicalmente distintas de entender la política y de organizar la sociedad para transformar nuestro actual mundo inhumano y darle un nuevo sentido a la vida que languidece bajo la insensibilidad y la superficialidad consumista e insolidaria.

La creatividad supone capacidad de producir algo nuevo y valioso. Puede ser nuevos productos, obras de arte, pero también soluciones a los problemas y nuevos valores y relaciones. Creatividad para construir un mundo mejor donde todos nos sintamos hermanos y vivamos comprometidos en el logro de vida digna para todos. Los grandes inventores, libertadores, artistas, reformadores sociales, todos los que han creado

22 En Antonio Pérez Esclarín, **Nuevas parábolas para educar valores**. San Pablo, Caracas, 2007, pág. 121

algo nuevo y han contribuido a mejorar y humanizar la vida, han tenido una gran imaginación. Las grandes conquistas de la humanidad comenzaron por ser meros sueños de algunos visionarios. Si Dios nos hizo a su imagen y semejanza, nos hizo esencialmente creadores, dejó en nuestras manos la continua creación y recreación del mundo. Los animales se adaptan al ambiente en el que viven y reproducen del mismo modo su existencia. El hombre, en cambio, es capaz de crearse a sí mismo y de recrear permanentemente el mundo en que vive. Somos creadores de nuestro propio destino y no tiene sentido culpar a otros por lo que dejamos de hacer o por lo que hacemos mal. ¡Estamos obligados a crearnos a nosotros mismos! Creatividad es cambio, y para cambiar nuestras vidas hay que empezar inmediatamente, con pasión, con vigor y sin excusas.

Crear no es sólo un medio de expresar nuestra esencia humana, sino que es también una fuente inagotable de placer. Todos gozamos intensamente cuando inventamos, cuando creamos, y hasta el cansancio y el estrés suelen alejarse cuando uno se entrega a un trabajo creativo y disfruta haciéndolo.

La quiebra de la creatividad nos lleva a una vida mediocre, al escepticismo, al nihilismo, a la desesperanza, y asfixia las potencialidades de ejercer de un modo responsable nuestra ciudadanía como sujetos de la historia y constructores de futuro. De ahí que una de las tareas esenciales de la educación es ayudar a descubrir y desarrollar las potencialidades creativas de cada uno para que alcance su plenitud como persona única e irreplicable con una misión en la vida.

En este mundo tan materialista y frío, que ha reducido la aventura apasionante de la vida a una mezcla de teleconsumo (televisión, aparatos electrónicos y compras), que asfixia el compromiso y la esperanza, los genuinos educadores debemos ejercitar y fomentar continuamente la capacidad de imaginar y crear. El buen maestro cultiva la imaginación de sus alumnos, espolea su creatividad, suelta las riendas de su fantasía para que galopen interminables viajes por mundos apasionantes y desconocidos. Y lo hace con amor y con alegría que es el signo que acompaña siempre a cualquier tarea creadora. Lograr un clima positivo, sin temor, de respeto y confianza es estimular la creatividad. Hacer feliz a un niño es ayudarlo a ser bueno.

El niño es por naturaleza creador y se va desarrollando como persona a través de su propia acción e investigación. Un niño nace, y a pesar de que lo percibimos como pura carencia, es todo un cúmulo de inquietudes y de curiosidades. Pronto conoce a su mamá por el olor, los pasos, la palabra, las caricias, y se comunica con ella mediante el llanto, la sonrisa, los gorjeos. El niño aprende rápido porque es un gran investigador y tiene

una insaciable curiosidad y deseos de aprender. Todo se lo lleva a la boca y a través de su investigación va aprendiendo qué cosas le producen placer o dolor, qué cosas le son gratas o desagradables. Desarma sus juguetes, se trepa a mesas y sillas y exige que los adultos aplaudan y reconozcan sus logros y atrevimientos, escarba la tierra, hojea y “lee” libros mucho antes de ir a la escuela, imita a los adultos, baila con la música, aprende a hablar por el método natural (no por medio de las leyes gramaticales de la escuela), y cuando se abre al mundo prodigioso del habla, hará de la pregunta continua el vehículo fundamental para saciar su permanente curiosidad. Mediante sus preguntas, va investigando acerca de las personas, fenómenos y cosas.

Dicen que un niño normal, de unos cuatro años, formula al día unas cuatrocientas preguntas. Así, en escasos cuatro años, sin tareas ni evaluaciones, sin esfuerzo aparente, jugando y experimentando, los niños van acumulando un enorme bagaje de conocimientos y destrezas. Son ricos en ideas, ocurrencias, lenguaje, experiencias personales originales; ricos en ingenio y en la sed devoradora que los empuja a ir aprendiendo siempre.

El verdadero desafío de padres y maestros es mantener viva e incluso potenciar esa curiosidad, capacidad de asombro y sensibilidad de los niños. Para ello, tenemos que promover en nuestros hijos o alumnos la capacidad de observar, de imaginar, de proponer, de crear. Tenemos que entusiasmarlos y ayudarlos a desarrollar sus cualidades, porque la creatividad, como todo tipo de inteligencia, es perfectamente educable. Si logramos educadores creativos, tendremos alumnos creadores, capaces de inventar cosas y resolver problemas o situaciones problemáticas:

Estaba jugando Juancito en el frente de su casa cuando pasó un anciano muy elegante que caminaba apoyado en un bello bastón, que se le cayó precisamente cuando pasaba junto a Juancito. El niño lo recogió presuroso y lo devolvió al anciano que le dijo con una sonrisa muy amplia:

-Gracias, pero no me sirve. Puedo caminar perfectamente sin él. Si te gusta, te lo puedes quedar –y se alejó a buen paso demostrando que, en efecto, no necesitaba su bastón.

Juancito se quedó con el bastón y por unos breves momentos, no supo qué hacer. Era un bastón común y corriente, de madera y con el mango curvo. Al rato, el niño empezó a batear el aire con su bastón y, en breves momentos, se convirtió en un pelotero extraordinario, a punto de dar el jonrón más largo de la historia que iba a llevar a su equipo a la victoria definitiva. Cuando terminó de dar la vuelta al campo entre los aplausos de un público afiebrado y se le sosegó el corazón tras los salu-

dos de los compañeros, Juancito se montó en el bastón que, enseguida, se transformó en un hermoso caballo negro con una estrella de plata en la frente. Montado sobre él, recorrió países encantadores y rescató doncellas bellísimas que le daban las gracias con unos besos húmedos y emocionados.

El bastón mágico volvió a ser un simple pedazo de madera, pero muy pronto fue un carro de carreras, una batuta de orquesta, una espada, un camello de dos jorobas con el que cruzó desiertos interminables y hasta estuvo a punto de morir bajo una espantosa tormenta de arena.

Ya atardecía cuando volvió a pasar el anciano elegante.

-¿Te gusta el bastón? –preguntó sonriendo a Juancito.

El niño pensó que se lo estaba pidiendo y se lo alargó muy sonrojado.

-No, te lo puedes quedar para siempre. ¿Qué hago yo con un bastón? Tú puedes volar con él, yo tan sólo puedo apoyarme²³.

Ser maestro es ofrecer bastones a los niños para que puedan volar con la fantasía, recorrer los caminos de la imaginación, visitar estrellas y países encantados, hablar con las mariposas y turpiales, descubrir horizontes insospechados y descansar en el pecho de la luna. El buen maestro estimula en sus alumnos la capacidad de creer y de crear para que nunca se hundan en el fango rastrero, sin alma, del materialismo que nos domina y aplasta, que no nos deja soñar.

Educadores rutinarios, que han perdido la capacidad de asombro y conciben el hecho educativo como un ejercicio tedioso y autoritario que cultiva la copia y la repetición, sólo lograrán asfixiar y castrar la capacidad creativa de los niños. Einstein decía que “el hombre que ha perdido la capacidad de maravillarse es un hombre muerto”. Desgraciadamente, abundan demasiado los educadores que la han perdido y, en consecuencia, bloquean o matan las potencialidades creativas de sus alumnos:

Llegaron las clases y el niño fue por primera vez a la escuela. Era un niño muy pequeño y frágil y la escuela le pareció inmensa. Pero cuando el niño descubrió que podía entrar a su salón desde la puerta que daba al exterior, se puso muy contento y ya no le parecía tan grande la escuela.

Una mañana dijo la maestra:

-Hoy vamos a hacer un dibujo.

23 Antonio Pérez Esclarín, “El bastón mágico” *Educar valores y el valor de educar*. San Pablo, Caracas, 11ª reimpresión 2009, pág. 133-134.

El niño se puso feliz porque le encantaba dibujar. Sabía pintar leones, tigres, pollos, vacas, carros, casas, ciudades... Sacó su caja de creyones y empezó a dibujar.

-¡Esperen, no comiencen todavía! –les dijo la maestra-. Hoy vamos a pintar flores.

Al niño le pareció bien porque le gustaba pintar flores. Empezó a pintar unas extraordinarias flores con sus creyones rojos, anaranjados, azules. Pero la maestra dijo:

-No pinten nada todavía. Yo les voy a enseñar cómo se pintan las flores.

Y la maestra dibujó una flor roja con el tallo verde. El niño miró la flor que había hecho la maestra, miró la que él había pintado y le gustó mucho más la suya. Pero no lo dijo. Volteó la hoja y pintó una flor roja con el tallo verde, igual que la flor de su maestra.

-Hoy vamos a trabajar con plastilina –dijo a los pocos días la maestra.

El niño se puso contento porque le encantaba la plastilina. Con ella era capaz de hacer culebras, ratones, gatos, carros, camiones, árboles, libros, hombres..., y empezó a preparar su bola de plastilina. Pero la maestra dijo:

-Todavía no es tiempo de empezar. Dejen la plastilina quieta hasta que yo les diga. Hoy vamos a hacer un plato y yo les voy a enseñar cómo se hace.

El niño imaginó múltiples formas de platos, pero como la maestra hizo un plato hondo y les había dicho que debían hacer lo que ella hiciera y como ella hiciera, hizo también un plato hondo, igual que el de la maestra.

Así, poco a poco, el niño aprendió a esperar que le dijeran lo que tenía que hacer, y se convirtió en un niño obediente y ejemplar, porque siempre hacía las cosas como le ordenaba la maestra.

Al cabo de un tiempo, la familia se mudó a otra ciudad y los padres llevaron al niño a una escuela nueva.

-Hoy vamos a hacer un dibujo –dijo la maestra el primer día que llegó el niño a la escuela.

El niño se puso a esperar que la maestra dijera cómo tenían que hacer ese dibujo, pero no les dijo nada, y se puso a caminar por el salón y a mirar los dibujos de los niños.

-¿No te gusta dibujar? –le preguntó cuando lo vio sin hacer nada.

-Sí –contestó el niño-, pero ¿qué vamos a hacer?

-No sé, lo que tú quieras.

-¿Con cualquier color?

-Claro, si todos hicieran lo mismo, cómo sabría yo qué pintó cada uno.

-No sé –dijo el niño, y empezó a pintar una flor roja con el tallo verde²⁴.

Uno de los medios esenciales de asfixiar la creatividad es tratar a todos los niños como iguales, cuando son tan diferentes. El primer paso para abrir la escuela a la creatividad es entender que los niños son distintos, que piensan distinto, que les gustan cosas distintas y, en consecuencia, incentivarlos a que hagan cosas originales, a que se animen a imaginar, proponer e inventar.

Niños y adolescentes tienen que encontrar en la familia y en la escuela adultos dispuestos a valorar sus fantasías y sus búsquedas, que favorezcan sus iniciativas, que crean en y potencien sus capacidades creativas, que ayuden a superar el miedo al fracaso pues inventar y crear supone también experimentar, correr riesgos, cometer errores y corregirlos, vencer el miedo a equivocarse o parecer estúpido. Desgraciadamente, familias y escuelas favorecen muy poco el riesgo: no nos vuelven individuos osados y arriesgados sino más bien sumisos, obedientes, mediocres.

Fomentar la creatividad supone también superar la rigidez de pensamiento, el apego a la rutina y la costumbre, cultivar la capacidad de preguntar más que de responder. Para ello, los propios educadores debemos ser especialistas en el uso de preguntas divergentes que permitan varias respuestas y fomenten la capacidad de pensamiento, búsqueda y reflexión. Esto sólo será posible si nos esforzamos por conseguir un clima positivo, de verdadera comunicación y apoyo, un ambiente de valoración de los esfuerzos y logros, una pedagogía penetrada por la alegría y el amor. Sólo en un clima de motivación y alegría, de experimentación e investigación, fluirá pujante la creatividad. Esto supone también superar esa simplificación absurda que entiende la libertad como permitir a los alumnos hacer lo que quieran sin motivar y guiar su actividad. Contra lo que podría suponerse, la creatividad no se opone a la planificación y al orden, sino que los exige: Planificación orientada a dar espacios e ideas que permitan expresar las potencialidades de cada niño o niña mediante la experimentación, invención y creación, lo que supone esfuerzo, disciplina, capacidad para ir perfeccionando las propias creaciones.

24 Antonio Pérez Esclarín, "El niño y la escuela", en **Educar valores y el valor de educar: Parábolas**. San Pablo, Caracas, 11va. Impresión, 2009, pág.9-11.

El juego es uno de los medios más creativos que tienen los niños y las niñas y es esencial para su adecuado y normal desarrollo; por eso es preciso que esté presente en sus actividades cotidianas. Se entiende por jugar toda actividad que se hace por puro placer. Se juega por el gusto de jugar, y si bien es fuente importantísima de aprendizaje, su objetivo es disfrutar, no aprender. El juego posibilita descubrir nuevas realidades, y es un medio extraordinario para adaptarse al medio familiar o social. A través del juego el niño conoce a otros niños y hace amistad con ellos, reconoce sus méritos, cooperará y se sacrifica por el grupo, aprende a respetar acuerdos y normas. El juego permite al niño inventar, dar rienda suelta a la fantasía, crear reglas; fomenta la comunicación, la expresión; favorece la autoestima y la socialización.

No podemos, sin embargo, caer en el error de reducir todas las actividades escolares a jugar. El juego, incluso el realmente libre, debe tener un tiempo y un espacio en la escuela, pero no puede reemplazar todas las actividades escolares. Lo importante es que, en cualquier caso, los maestros se esfuercen por hacer agradables e interesantes todas las actividades que proponen, sean o no sean juegos.

Otro elemento imprescindible para alimentar la imaginación y la creatividad de los niños lo constituye la lectura de cuentos, poemas o cualquier texto literario de cierta calidad. De hecho, no creo que haya en la actualidad una mejor manera de desarrollar la imaginación que la lectura de buenos materiales. La lectura sumerge al niño en un mundo mágico que, a diferencia de la televisión que se lo presenta hecho y no requiere ningún esfuerzo, él debe imaginar. La televisión exonera del esfuerzo mental que exige la lectura, y en vez de lectores va formando espectadores, es decir, consumidores pasivos de lo ilusorio. Veamos por ejemplo el siguiente texto: “El río, plateado de luna, se arrastraba encajonado entre las rocas y, a medida que se acercaba a la cascada, se iba despezando de su anterior modorra y empezaba a correr con renovados bríos. La mano firme del indígena guiaba con firmeza la canoa para evitar que fuera arrastrada por el torbellino que cada vez aullaba con mayor ferocidad. Sus brazos tensos apretaban con fuerza el timón y su piel brillaba de sudor. La selva se apretaba oscura sobre las orillas del río y los gritos del agua ahogaban el vocerío último de los pájaros que se daban las buenas noches”.

¿No es evidente que el lector tiene que crear en su imaginación la escena que se le describe? Por supuesto, podemos imaginar con todos los sentidos: con la vista para ver al río plateado de luna, que luego se despeña en la cascada, o para ver al indígena guiando con firmeza la canoa con el cuerpo cubierto de sudor; con el oído para escuchar los

gritos del agua ahogando los de los pájaros; con el tacto para sentir el escalofrío del agua que salta sobre la canoa; con el olfato para oler el río, o la humedad de la selva; con el gusto para saborear el agua o la cena del indio después que sortea los peligros y atraca en la orilla. Podemos imaginar que la canoa es arrastrada por la corriente y sentir en nuestro cuerpo el terror del indígena; o la alegría cuando por fin logra dominar la fuerza de la corriente y se dispone a cenar y descansar.

“La lectura –ha escrito Rosa Regás- pone en marcha nuestras facultades mentales, la fantasía, la memoria, la experiencia y la inteligencia... De ahí la importancia de los libros y de ese placer activo que es la lectura, porque ayuda a desarrollar nuestra mente, nuestra imaginación, pero sobre todo nuestra inteligencia. A veces, sobre todo al principio, leer se nos hace difícil porque no estamos hechos al movimiento de nuestra mente y nos sentimos cansados, contrariamente a lo que ocurre con tantos placeres pasivos que dejan a nuestro intelecto inmóvil y en consecuencia tan vacío como estaba antes de comenzar”²⁵.

La lectura puede llevar después al dibujo, a la escritura, a la representación, otros medios esenciales para fomentar la creatividad²⁶.

En su muy conocida obra “El Desafío Mundial”, J.J. Servan-Schreiber, llega a afirmar que gran parte del actual poderío económico japonés se debe a que muchos de los gerentes más exitosos, fueron educados cuando niños por sus abuelos que les contaron y leyeron muchas historias y cuentos. Este hecho, según el autor, alimentó su fantasía y su imaginación que sería la raíz de su espíritu emprendedor y creativo, hasta tal punto que a pesar de que Japón cuenta con muy escasas materias primas, se ha convertido en una de las principales potencias económicas mundiales.

De ahí la importancia de superar esa educación rutinaria, repetitiva, aburrida y favorecer la educación creativa y creadora. Para ello, los cuentos y en general la buena literatura nos siguen ofreciendo un manantial inagotable, que por supuesto hay que saber proporcionar de acuerdo a los intereses y gustos de los niños. Alga Elizagaray nos dice que la edad entre los tres y seis años, es esencialmente rítmica, el niño se fascina por lo que descubre a su alrededor y sus personajes favoritos son los conocidos y familiares: Su reino es el de la sencillez, el de la inmediatez

25 Rosa Regás, “La única forma de cambiar nuestras vidas”, en La emoción de educar. Grupo SM, 2010, pág. 93-94.

26 En mi libro **Aprender es divertido**, Estudios, Caracas, 2009, presento cientos de juegos y estrategias para convertir la enseñanza del lenguaje en una fuente inagotable de creatividad y productividad.

y el de la realidad que lo rodea; sus padres, otros niños, los animales domésticos y los objetos de uso cotidiano. Es el tiempo de nombrar las cosas, por eso le gustan los cuentos de repetición, con rimas, con sonidos de animales...”²⁷. Citando a Chesterton, podemos afirmar que cuando somos niños muy pequeños no necesitamos cuentos de hadas. La simple vida es suficientemente fascinante. Un niño de siete años se emociona porque se le dice que Tomasito abrió una puerta y vio un dragón. Pero un niño de tres años se emociona porque le dicen que Tomasito abrió una puerta.

De los seis a los ocho años, es la edad imaginativa que se va alejando del entorno familiar y prefiere cuentos de hadas, brujas, duendes, personajes fabulosos y sobrenaturales. En la tercera edad, a partir de aproximadamente los ocho años, al niño le encantan las historias de aventuras, en las que la imaginación lo llevará a identificarse con el protagonista y a inventar nuevas historias. En mi libro “Aprender es divertido”, recuerdo cómo el Padre jesuita Antonio Zavala cultivó en nosotros la imaginación y el amor a la lectura. Después de decir lo aburridas que resultaban la mayoría de las clases donde se privilegiaba una pedagogía autoritaria y castradora, escribo: “Pero el Padre Antonio Zavala era realmente diferente. Cuando le tocaba a él vigilar el rato de estudio que teníamos antes de irnos a dormir, nos decía que cerráramos los libros, nos pedía que nos sentáramos alrededor de su escritorio, mandaba apagar las luces, prendía una vela y nos empezaba a leer unas increíbles novelas de aventuras y misterios. El tiempo se iba volando, todos suspirábamos decepcionados cuando nos mandaba a la cama, y yo me acostaba feliz y empezaba a reescribir con mi imaginación nuevos capítulos del libro que nos estaba leyendo, a recrear como verdadero creador la historia que había quedado inconclusa. . Y yo era ese náufrago solitario que había llegado a una isla desierta, o ese capitán de piratas a punto de asaltar un barco, o ese joven apuesto que se batía a duelo de espadas ante la mirada melancólica y muy enamorada de una doncella que languidecía de amor en la ventana del castillo.

El padre Zavala me hizo comprender que no hay barco mejor que un libro para viajar a tierras lejanas. Abrir un libro es disponerse a viajar por lugares recónditos siguiendo las peripecias, aventuras y amores de esos personajes fabulosos con los que uno compartía apasionadamente

27 Alga M. Elizagaray: **En torno a la literatura infantil**. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1975, pág. 28.

alegrías y tormentos. Recuerdo que, en cierta ocasión, nos empezó a leer una novela de buscadores de oro acosados por nevadas imponentes y lobos hambrientos, que terminó cuando estaba más emocionante y anunciaba que seguía en una segunda parte. Pero la segunda parte no estaba en la biblioteca del colegio y tampoco estaba en las librerías de las ciudades cercanas. El padre la mandó pedir a la capital y durante más de diez días esperamos ansiosos y decepcionados al correo, hasta que una tarde inolvidable la llegada del libro esperado sembró un verdadero arcoiris de fiesta en los corazones de todos nosotros”²⁸.

5.3. Educar la crítica y la autocrítica

“Los hombres nacen suaves y flexibles. En la muerte son rígidos y duros. Las plantas nacen tiernas y dóciles. En la muerte son secas y quebradizas. Cualquiera que sea rígido e inflexible es un discípulo de la muerte. Cualquiera que sea suave, abierto y flexible es un discípulo de la vida”

(Lao Tzu)

Frente a la creciente colonización de las mentes y la pretensión de imponer la dictadura de un único pensamiento, es decir, de asesinar el pensamiento; frente a la proliferación creciente de dogmatismos, absolutismos y fundamentalismos que pretenden aparecer como los únicos dueños de la verdad; frente al intento de una cultura mediática de imponer la sumisión, el mal gusto y el conformismo; la educación integral de calidad debe orientarse a formar personas reflexivas y críticas, capaces de pensar con su cabeza, de pensarse para constituirse en sujetos autónomos y no meras marionetas; de pensar el país y el mundo inhumano e insolidario, para poder contribuir a transformarlos. Según Paulo Freire, “la función principal de la educación es hacer personas libres y autónomas, capaces de analizar la realidad que les rodea, y transformarla mediante su participación libre y responsable”. En definitiva, educar es un acto de amor hacia lo humano, hacia la vida toda.

Educar en la era planetaria, como nos lo vienen repitiendo entre otros, Morin, Ciurana y Motta²⁹ requiere formar hombres y mujeres pen-

28 Antonio Pérez Esclarín, **Aprender es divertido**. Estudios, Caracas, 2008, pág. 170.

29 Ver Morin, E., Ciurana, E.R., y Motta, R.D. (2002), **Educación en la era planetaria. El pensamiento complejo como método de aprendizaje en el error y la incertidumbre humana**. Unesco/Universidad de Valladolid.

santes, cabezas bien formadas, para hacer frente a las tormentas existenciales, sociales y políticas que nos castigan sin misericordia, y nos seguirán castigando cada vez con más fuerza. Hoy no es suficiente enseñar a conocer: hay que enseñar a razonar. Por ello, necesitamos una educación que promueva el análisis crítico de la realidad local y nacional y de la problemática mundial, que capacite para reconstruir y reinventar la cultura y el mundo.

Crítica que debe ser, primero que nada, autocrítica permanente, individual e institucional como medio esencial para cambiar, para mejorar, para irse superando sin cesar. Autocrítica como medio para alcanzar la autonomía intelectual y moral. Nadie supera sus debilidades si no comienza por reconocerlas. En palabras de Pascal, “la grandeza de un hombre consiste en reconocer su propia pequeñez”. Autocrítica para aceptar las limitaciones e incoherencias, que lleve a un testimonio coherente, valor esencial en estos tiempos de tanta retórica y palabrería, de tanta superficialidad, mentira y apariencias, de tanto relativismo ético y doble moral, de tanto juzgar y culpar al otro sin ver las propias carencias:

Un anciano con un grave problema de miopía, que se consideraba un excelente crítico de arte, visitaba en cierta ocasión un museo. Había olvidado sus lentes en la casa, no era capaz de ver los cuadros con claridad, pero eso no lo detuvo para empezar a enjuiciar los cuadros que veía. Sus críticas resultaron especialmente mordaces frente a un retrato de cuerpo entero:

-Este es un extraordinario ejemplo de un arte malo y decadente. Todo resulta espantoso y completamente inadecuado. El hombre no tiene la menor expresión y está vestido de un modo estrafalario. En realidad, no comprendo cómo han podido seleccionar un cuadro tan malo para esta exposición. Resulta una verdadera falta de respeto.

La esposa le jaló de un brazo, lo apartó discretamente y le dijo en voz baja:

-Querido, estás mirando un espejo³⁰.

El mundo necesita de personas e instituciones comprometidas con caminos de cambio, críticas y autocríticas, que hablan lo que creen, viven lo que proclaman, testimonian el compromiso con el mundo nuevo que pretenden. Esta actitud de crítica, autocrítica y búsqueda de coherencia, supone, entre otros, los valores de la humildad, del agradecimiento, del perdón. Humildad para aceptar como igual al otro diferente, para conside-

30 Antonio Pérez Esclarín, **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas, 2da. Reimpresión 2008, pág. 39.

rar la diversidad como riqueza, para reconocer que uno no es el dueño de la verdad, para seguir aprendiendo siempre y asumirse como una persona en permanente construcción, siempre abierta al cambio y necesitada de los demás. Los seres humanos somos vocación, somos proyecto y tenemos proyectos para el mundo. Vamos siendo, nos vamos haciendo y así vamos haciendo el mundo. Estamos dotados de libertad, como capacidad de elegir nuestro destino y crear y recrear permanentemente la sociedad y el mundo.

Humildad, en consecuencia, para reconocer los propios errores y limitaciones y aceptar la necesidad de ser comprendido, ayudado, perdonado, y así poder comprender, ayudar y perdonar. No hay nada más insoportable que una persona que se cree perfecta, autosuficiente, que está convencida de que siempre tiene la razón. Se convierte en un verdadero tirano. El perdón libera no sólo al perdonado, sino sobre todo al que perdona: lo libera del deseo de venganza, del rencor, de las ansias de destrucción. Por ello, humildad también para agradecer lo mucho que continuamente estamos recibiendo de otros, pues es imposible vivir, amar, enseñar y aprender sin los otros. Incluso los autodidactas, las personas que aprenden por sí mismos, sin necesidad de maestros o profesores, aprenden en textos y contextos creados por otros. Aprender supone preguntar y preguntarse continuamente; preguntarse por qué pienso así y por qué el otro piensa de otra forma, reflexionar sobre el propio pensamiento; ponerse en el lugar del otro para comprenderlo mejor.

El mundo actual, tan superficial y tan inhumano, necesita hoy más que nunca, educadores críticos, capaces de reflexionar permanentemente sobre las propias ideas, valores y prácticas, de pensar la educación, el país y el mundo para contribuir a transformarlos. Educadores críticos que enseñemos a reflexionar, analizar y criticar. Educadores que estimulemos la pregunta, la reflexión crítica sobre las propias preguntas, para superar el sinsentido de una educación que exige respuestas a preguntas que los alumnos nunca se hicieron. Educadores que promovamos el análisis crítico de discursos, propagandas, propuestas y hechos, de las actitudes autoritarias, dogmáticas, rutinarias o vacías de significado, tanto en la realidad próxima escolar como de la problemática nacional y mundial, que capaciten para reconstruir y reinventar la realidad. Análisis crítico que no acepta la "normalidad" de un mundo inhumano y se convierte en denuncia valiente de todas las injusticias, las falsedades, las incoherencias, de todo lo que atenta contra la vida.

En palabras de Paulo Freire, necesitamos de un *"radicalismo crítico que combate los sectarismos siempre castradores, la pretensión de poseer la verdad revolucionaria...la arrogancia, el autoritarismo de intelectuales"*

tuales de izquierda o de derecha, en el fondo igualmente reaccionarios, que se consideran propietarios, los primeros del saber revolucionario, y los segundos del saber conservador... sectarios de derecha o de izquierda –iguales en su capacidad de odiar lo diferente– intolerantes, propietarios de una verdad de la que no se puede dudar siquiera ligeramente, cuanto más negar”³¹.

El derecho a criticar supone, como también lo expresaba Freire³², *“el deber, al criticar, de no faltar a la verdad para apoyar nuestra crítica; supone también aceptar las críticas de los demás cuando son verdaderas y supone, sobre todo, el deber de no mentir. Podemos equivocarnos, errar; mentir nunca. No podemos criticar por pura envidia, por pura rabia o sencillamente, para hacerme notar”*. No hay peor esclavitud que la mentira; ella oprime, atenaza, impide salir de sí mismo. No hay nada más despreciable que la elocuencia de una persona que no dice la verdad. Hay que liberar la conciencia diciendo siempre la verdad. Es preferible molestar con la verdad que complacer con adulaciones. Como decía Amado Nervo, “el signo más evidente de que se ha encontrado la verdad es la paz interior” o, como decía Jesús “La verdad les hará libres”, nos libera de la prepotencia, de la soberbia, de la arrogancia, del deseo de menospreciar a otros por considerar que no tienen la razón. Una supuesta verdad que ofende, que no ayuda a construir un mundo cada vez más humano es una falsa verdad.

Los educadores debemos ser unos apasionados de la verdad que libera de las propias falsedades y arrogancia, de los miedos y ataduras, y hacer de la autocrítica permanente, tanto individual como institucional, un medio esencial para cambiar, para mejorar, para irnos superando sin cesar. Autocrítica como medio para alcanzar la autonomía intelectual y moral, como estrategia de crecimiento individual y colectivo. Toda educación sería nos impele a reflexionar, a pensar el mundo para descubrir su diversidad, para sentir que la verdad no es eterna sino frágil, plural y en permanente construcción. Educar es, en definitiva, enseñar a pensar con libertad y a ser fieles a la propia conciencia; es enseñar a argumentar, a defender las propias ideas y puntos de vista y a respetar los de los demás; enseñar a preguntar y a preguntarse como medio privilegiado para aprender.

31 Paulo Freire (1999), *Pedagogía de la Esperanza*. Siglo XXI, Madrid, pág. 48, 76 y 185.

32 Paulo Friere, *ibidem*, págs.. 67 y ss.

El uso de la pregunta como medio para construir el aprendizaje es un recurso muy antiguo, y filósofos como Sócrates o Platón lo utilizaron ampliamente. El propio Jesús, Maestro por excelencia³³, impactó no sólo por el contenido de sus enseñanzas, sino por la viveza pedagógica del modo de enseñarlas. Por ello, fue un gran hacedor de preguntas para provocar la reflexión, el cuestionamiento, la conversión, el cambio profundo del corazón. En los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) Jesús hace 98 preguntas sin contar las doce que aparecen en las parábolas. Y en el evangelio de Juan son 171 las preguntas en boca de Jesús³⁴. La pregunta es un elemento clave para lograr una pedagogía transformadora. S.G. Fortoris nos dice que la importancia de la pregunta consiste en que ella estimula el pensamiento fructífero. La pregunta ayuda a clarificar las propias ideas, sobre todo si están bien planificadas y dirigidas. Preguntas que motivan la reflexión, el pensamiento, no preguntas para recitar respuestas prefabricadas. El hacer pensar a los alumnos ha sido desde siempre uno de los objetivos esenciales de toda genuina educación, pues, como dice Oscar Wilde: "Todos son capaces de dar respuestas; pero el plantear verdaderas preguntas es cosa propia de genios".

El buen educador, como el poeta, es un permanente hacedor de preguntas. Estimula a sus alumnos a desarrollar el arte de pensar, que sólo es posible si aprenden sistemáticamente a preguntar y a dudar. La pregunta y la duda, más que la respuesta, constituyen lo medular en los procesos educativos. Tener preguntas es querer saber algo, manifestar hambre de aprender. En consecuencia, una educación integral de calidad más que enseñar a responder preguntas, debe enseñar a preguntar respuestas y a dudar sobre las propias convicciones. La pregunta lleva a la reflexión profunda y al análisis. La pregunta es tan importante en la educación que podemos afirmar que el maestro o profesor que domina la técnica de la pregunta domina el arte de la enseñanza. Desgraciadamente, en la educación tradicional, se enseña a responder y no a preguntar, y a responder las preguntas del maestro o profesor, con frecuencia preguntas sobre conocimientos fosilizados, sin el menor interés para los alumnos, que no provocan su reflexión ni cuestionamiento.

Los educadores debemos cuestionar nuestra enseñanza y preguntarnos continuamente sobre las preguntas que hacemos, sobre las evaluaciones que proponemos, sobre las actividades que realizamos, sobre

33 Ver Antonio Pérez Esclarín (2006), **Jesús Maestro y pedagogo, aportes a una cultura escolar desde los valores del evangelio**. San Pablo, Caracas.

34 Ver B. Grenier (1996), **Jesús el Maestro**, San Pablo, Madrid.

los acontecimientos que van sucediendo en el centro educativo, en el entorno comunitario, en el país y en el mundo. Debemos aprender a preguntar y a preguntarnos sobre lo que somos, lo que pensamos y por qué lo pensamos, lo que hacemos y por qué y cómo lo hacemos. Preguntas para someter a juicio las propias ideas, convicciones y rutinas; para ver qué se oculta detrás de nuestros hechos, opiniones y juicios, y así irnos acercando a la verdad. Nadie posee en exclusiva la verdad. La verdad se construye, no se impone. Una de las maneras más eficaces con que las ideologías dominantes logran colonizar nuestras mentes es no permitir cuestionamientos profundos y manipularnos mediante informaciones continuas que impiden el pensamiento. Las últimas noticias resultan ser las únicas noticias. Cada noticia mata la anterior. Conocemos al instante lo que sucede en el rincón más apartado del mundo, pero no sabemos por qué sucede, y cada nuevo escándalo nos hace olvidarnos del anterior. Nos asomamos a la realidad desde la ventana que nos abren los dueños de los medios de información. El hombre tecnológico no está preocupado por el pensar en sí, sino por el hacer.

Por todo esto, si las actuales escuelas, liceos y universidades son lugares para aprender respuestas estériles y castigar el error, debemos transformarlos en lugares para interrogarnos e interrogar la realidad, para equivocarnos y asumir el error como una magnífica oportunidad de aprendizaje y crecimiento. Es lo que con tanta insistencia repetía Simón Rodríguez, ese gran maestro de América³⁵:

“Enseñen a los niños a ser preguntones, para que pidiendo el porqué de lo que se les manda hacer, se acostumbren a obedecer a la razón, no a la autoridad como los limitados, ni a la costumbre como los estúpidos”. También resultan iluminadoras las palabras de ese gran maestro cubano, José Martí: *“Como la libertad vive del respeto y la razón se nutre de lo contrario, edúquese a los jóvenes en la viril y salvadora práctica de decir sin miedo lo que piensan y oír sin ira ni mala sospecha lo que piensan otros”.*

5.4. Educar la voluntad y el carácter

Si la creatividad y la crítica se implican mutuamente pues vienen a ser como las dos caras de una misma moneda, ya que todo auténtico pensamiento exige análisis y propuesta, es evidente que tanto la crítica-

35 Ver Antonio Pérez Esclarín, **Se llamaba Simón Rodríguez** (nueva edición). Estudios, Caracas, 2010.

dad como la creatividad suponen esfuerzo, carácter, perseverancia. De la comodidad, la flojera y la rutina no suele salir nada valioso o importante. De ahí la necesidad de educar el carácter y la voluntad, sobre todo en estos tiempos postmodernos, donde se nos va imponiendo la cultura de lo light (cervezas y refrescos light, salchichas light, pastas light, café descafeinado...) con el agravante de que las vidas terminan siendo también cada vez más light, sin coraje ni voluntad, hasta el punto en que ya muchos no se atreven a preguntarse lo que deben hacer, sino que terminan haciendo siempre y sólo lo que les provoca hacer. En palabras de Pagola, "hoy, frente a la filosofía del carácter y la reciedumbre, se va imponiendo cada vez más la filosofía del me apetece o no me apetece".

La palabra voluntad procede del latín, voluntas, que significa querer. La voluntad tiene que ver con el esfuerzo, con la motivación, con el desear, querer o decidir. Cuando uno quiere de verdad algo, se esfuerza por conseguirlo, lucha, se sacrifica. De ahí que entendemos que una persona tiene voluntad cuando lo vemos con coraje, con decisión, comprometido seriamente en alcanzar sus metas. Por lo contrario, cuando vemos a una persona sin empeño, incapaz de esforzarse, de superar sus vicios, de encarar sus problemas, decimos que le falta voluntad. Una voluntad sana y fuerte impulsará acciones positivas. Una voluntad débil y poco estimulada dará lugar a acciones indeseables. De ahí la importancia de educar la voluntad.

No educar la voluntad supone huir del esfuerzo y la superación personal y formar personas esclavas de sus apetencias y por ello objeto de la manipulación política y de la publicidad, las modas o las propagandas. Los grandes triunfos y logros en la vida suelen ser más fruto de la tenacidad, del esfuerzo de cada día, que de los dones naturales. Sin voluntad, sin esfuerzo, sin entusiasmo, nadie llega lejos ni logra metas importantes. Una voluntad recia no se consigue de la noche a la mañana. Aquí también, para lograr la musculatura de la voluntad se requiere mucha ejercitación.

Napoleón³⁶ solía decir que la victoria le pertenece al que más persevera, Bolívar escribió que "el arte de vencer se aprende de las dificultades", y Benjamín Franklin afirmaba que "aquello que duele, instruye". Quizás por eso nada enseña más en la vida que enfrentar los problemas y superar los obstáculos y las dificultades. Annette Kellerman era coja

36 Los párrafos que siguen están tomados de mi libro **Decide tu vida**, elige ser feliz. San Pablo, Caracas, 2008, pág. 118-120.

y enfermiza. ¿Quería compasión? No, quería un cuerpo perfecto. Con determinación, muchísimo ejercicio y tratamiento profesional, desarrolló un cuerpo perfecto y llegó a ser campeona mundial en clavados, o saltos del trampolín. Unos años después, un niño cojo y débil, llamado George Jowett, decidió que era mucho más provechoso esforzarse que quejarse o lamentarse y diez años más tarde se convirtió en el hombre más fuerte del mundo. El ciclista Lance Armstrong es el único atleta que ha ganado seis veces consecutivas el tour de Francia, la carrera deportiva más exigente que hay sobre la tierra. A Armstrong le diagnosticaron un cáncer en los testículos con metástasis en el cerebro y en los pulmones. En vez de amilanarse, se aferró a la vida y decidió hacer de la enfermedad el trampolín para superarse y para triunfar. A pesar de ser ciega, sorda y muda, Helen Kéller logró levantarse de sus limitaciones: aprendió a leer y a comunicarse mediante el tacto, ingresó en la universidad, se graduó, y llegó a ser una exitosa escritora y excelente conferencista que recorrió el mundo despertando conciencias y sembrando amor a la justicia y a la vida. Como a ella le gustaba repetir: “peor que no tener vista, es no tener visión” y ciertamente hoy hay cada vez más personas carentes de visión, que no saben lo que quieren y por ello se dejan dominar por la depresión y la angustia, o arrastran una existencia vacía, trivial y sin sentido.

Dicen que el extraordinario actor y bailarín, Fred Astaire tenía pegado en la chimenea de su mansión de Beverly Hills el informe del director cuando actuó por primera vez: “¡No tiene la menor idea de actuación! ¡Poco audaz! Tal vez, con mucho esfuerzo, pueda llegar a bailar un poco”. Darwin escribió en su autobiografía: “Todos mis profesores y mi padre me consideran un muchacho común, por debajo del nivel intelectual”. Los maestros de Thomas Edison decían que era demasiado corto para aprender. El propio Edison hizo casi 10.000 ensayos hasta encontrar el filamento que trajo la luz eléctrica. Marconi decidió a los doce años que sería el inventor de la telegrafía sin hilos. Lo logró años más tarde y tras muchos experimentos, a pesar de que muchos científicos de renombre habían fracasado. Albert Einstein no habló hasta los cuatro años y no leyó hasta los siete. Su maestra lo describió como “mentalmente lento, insociable y encerrado siempre en sueños tontos”. Lo expulsaron del colegio y no lo dejaron ingresar en la Escuela Politécnica de Zurich. Luis Pasteur, el “padre de la bacteriología”, inventor de la vacuna antirrábica, fue un alumno mediocre y ocupaba el puesto número quince sobre veintidós.

Al gran escultor Rodin lo describieron como el peor alumno de la escuela y fracasó tres veces en su intento por ingresar en la escuela de Bellas Artes. León Tolstoi, uno de los principales escritores rusos, autor de “Guerra y Paz”, entre otras extraordinarias obras, abandonó el colegio

porque las autoridades educativas lo consideraron “sin capacidad ni voluntad para aprender”. Dieciocho editores rechazaron el libro “Juan Salvador Gaviota”, del escritor Richard Bach, que una vez publicado, llegó a ser un extraordinario bestseller. Quince editores rechazaron también la primera gran obra de Julio Verne, “Cinco semanas en el globo”. Alexander Pope era tan lisiado que apenas se podía mover, pero llegó a ser uno de los gigantes de la literatura inglesa. Robert Louis Stevenson jamás estuvo libre, ni siquiera durante una hora, de dolores en todo el cuerpo y de una tos seca. Estaba tuberculoso y sufría de fiebres permanentes. A pesar de todo ello, escribió “La isla del tesoro” y muchos relatos excitantes que han nutrido la fantasía de los jóvenes por varias generaciones.

En nuestro mundo permisivo de hoy, suena raro y hasta anticuado hablar de la educación del carácter y la voluntad. De hecho, numerosos padres se sacrifican para proporcionar a sus hijos una buena educación intelectual que, si está a su alcance, tratan de complementar con una serie de actividades complementarias, (cursos de inglés, de música, de natación...). Además les proporcionan enseguida las computadoras último modelo y los aparatos electrónicos más sofisticados que les permiten ciertamente vivir superinformados y, por lo general, los sumergen en un mundo de trivialidades y chismes, pero no parecen preocuparse por la formación del temple, del carácter. De este modo, estamos levantando generaciones de niños y jóvenes caprichosos, superficiales, débiles interiormente, indefensos ante el futuro que les espera, que se convertirán pronto en hombres y mujeres sin principios firmes, manejados como veletas por la publicidad y las modas, incapaces de salir de sí mismos, incapaces en consecuencia de amar.

Es muy importante, en consecuencia, que padres y maestros, tan preocupados por el desarrollo intelectual de hijos y alumnos, entendamos que sirve de muy poco desarrollar la inteligencia sin formar la voluntad. De hecho, los alumnos verdaderamente inteligentes comprenden pronto que sin desarrollar la voluntad no lograrán nada importante en la vida y que, sin esfuerzo, no es posible lograr las metas que uno se propone. ¡Cuántas inteligencias brillantes han fracasado por carecer de voluntad!

Formar la voluntad supone esfuerzo, orden, constancia, disciplina. De ahí que la educación debe combatir esa cultura del mínimo esfuerzo, del dejar hacer y empezar a cultivar la exigencia, el vencimiento, el esfuerzo y la pasión por hacer las cosas cada vez mejor, en un clima alegre pero también marcado por un orden y una disciplina consensuados y cumplidos que permitan el aprendizaje, la superación y la formación de personas de carácter, capaces de superar su egoísmo y levantarse de su flojera y comodidad. De hecho, no superaremos el fracaso escolar ni el fracaso en

la vida si no sembramos la cultura de la responsabilidad, del trabajo bien hecho, del vencimiento. Niños y jóvenes deben comprender que estudiar y formarse supone esfuerzo, dedicar tiempo, salir de la pasividad, dejar de hacer otras cosas que parecen más placenteras.

Deben comprender también que sólo personas de carácter, con voluntad, serán capaces de vivir hoy con autenticidad. Como escribió Ortega y Gasset, "la vida nos ha sido dada, pero no nos ha sido dada hecha", y cada uno tiene que atreverse a hacérsela con dedicación y autenticidad, golpe a golpe, verso a verso, según el poema de Machado que cantó Serrat. Cada individuo es una promesa, una posibilidad que, para llegar a realizarse, necesita de una voluntad firme. La vida es un viaje y cada cual decide su destino: podemos avanzar hacia la cumbre o hacia el abismo, y también quedarnos plantados y dejar que otros nos vivan la vida. De hecho, en nuestro mundo de masas y rebafios, la mayoría de la gente no vive, sino que es vivido por los demás: vivido por las propagandas, por las modas, por el qué dirán, por los sacerdotes de la publicidad que determinan cómo debemos vestir, hablar, qué debemos comer, a dónde debemos viajar, a quiénes tenemos que admirar o imitar. Sólo el que tiene voluntad podrá disponer de sí mismo, sabrá dominar sus impulsos, será capaz de renunciar a las satisfacciones de lo inmediato y tendrá visión de futuro.

Para educar la voluntad, es muy importante formar hábitos y responsabilidades en los niños desde su primera infancia, procurando en el hogar y en la escuela un ambiente lo más estable posible que ayude a contrarrestar la falta de estabilidad de afuera. La voluntad necesita un aprendizaje gradual, que se consigue con la repetición de actos en donde uno se vence, lucha, cae, y vuelve a empezar. Para fortalecer la voluntad hay que aprender a negarse o vencerse en los gustos, los estímulos y las inclinaciones inmediatas, lo que exige que los adultos enseñen el orden, la disciplina y aprendan a decir no cuando deben decirlo.

Según el psicólogo Arnaldo Quispe, "a los tres años el niño tiene que haber aprendido tres hábitos básicos: Higiene, Sueño y Alimentación. Para ello requiere de horarios que tengan que cumplirse de manera ritual para asimilar el concepto de orden. Con la naturaleza del orden el niño aprende a organizarse en el tiempo, a cuidar y ordenar sus cosas y a asimilar las pautas más adecuadas en el vestir, andar o hablar.

Las consecuencias de no educar la voluntad a temprana edad se hacen visibles cuando tenemos niños caprichosos, hiperactivos, distraídos y desordenados. Normalmente un alto porcentaje de estos niños sin voluntad son fácil presa (grupo de mayor riesgo) de conductas indeseadas o adictivas. Sin una buena voluntad los niños cuando adolescentes son

víctimas de las llamadas enfermedades de la voluntad, que se traducen en comportamiento viciado, aprendizaje del fumar, del beber, del mentir y robar, iniciándose sexualmente a temprana edad, entrando en el juego compulsivo, en la bulimia, la anorexia y el pandillaje”.

Padres y educadores tenemos que guiar las ansias juveniles hacia metas que merezcan realmente la pena. Sin metas, la voluntad se atrofia y la vida se va hundiendo en la superficialidad y el sinsentido. La meta es un gran estímulo y supone la motivación que es quien verdaderamente fortalece la voluntad. Las metas deben ser alcanzables, y los esfuerzos graduados. Cada nuevo logro se convertirá en un estímulo: paso a paso se logra coronar las cumbres de las montañas más altas.

¿Cuál es su montaña preferida? –le preguntaron a un famoso andinista.

-La que todavía no he escalado –respondió.

-¿Cómo es eso?

-Sí, ella es la que me obliga a mantenerme en forma, a ejercitarme sin descanso, a ilusionarme. Impide que mi vida se vuelva una rutina y un mero rumiar viejas glorias³⁷.

Para formar la voluntad, es muy importante que los padres regulen el uso de la televisión, de la computadora, los tiempos de colaboración en las tareas del hogar, los tiempos de trabajo y los tiempos de socialización y diversión. Las normas en la casa y los manuales de convivencia en las escuelas deben ser construidos mediante la participación y el diálogo con los hijos y alumnos, y deben cumplirse con flexibilidad pero también con exigencia. Es muy importante que padres y maestros en vez de subrayar las carencias y errores, estimulemos lo positivo, reconozcamos el interés y los esfuerzos, como “aguantar la sed” en una excursión o viaje, superar el cansancio en un partido de fútbol y batallar con tesón a pesar de la derrota, comer de todo o no comer entre horas, preferir una comida sana a una comida “chatarra”, dedicar un tiempo a ayudar a un compañero o hermano, terminar bien un trabajo o las tareas, dejar la ropa preparada en la noche...De este modo estaremos fomentando la motivación interna: la satisfacción de la obra bien hecha, la alegría del deber cumplido, el gozo que proviene del vencimiento y del esfuerzo.

La siguiente historia se la debemos al Dr. Groberg³⁸:

37 Antonio Pérez Esclarín, *Nuevas parábolas para educar valores*. San Pablo, Caracas, 7ma reimpresión, 2009, pág. 145.

38 En Antonio Pérez Esclarín, **Educar valores y el valor de educar, Parábolas**. San Pablo, Caracas, 11ª Reimpresión 2009, pág. 109-110.

Ya estaban todos los corredores listos para la partida. Sólo esperaban con los músculos tensos el pitazo inicial. Cada uno de ellos pensaba en ganar la carrera o, si no era posible, quedar entre los primeros. Los padres observaban y alentaban a sus hijos, y cada joven esperaba mostrar a su padre que él sería el ganador.

Sonó por fin el pito y arrancaron con los corazones agitados y las esperanzas ardiendo. Ganar y ser héroe en esa mañana era el deseo de cada joven.

Se desprendió del pelotón un muchacho y tomó la delantera. El saber que su padre estaba allí, observándolo, ponía alas a sus pies. Ganaría y su padre estaría orgulloso de él.

No vio aquella raíz levantada, tropezó y el muchacho que iba primero cayó de bruces en medio de las risas de la multitud. Con él cayeron también sus esperanzas. Ya no sería el ganador. Triste, avergonzado, sólo pensaba en desaparecer.

Entonces vio el rostro cariñoso y radiante de su padre que le animaba a seguir. Si todavía él creía que podía ganar, se sobrepondría, haría un esfuerzo extraordinario y conseguiría la victoria.

Estaba ya recuperando algunos puestos, podía ver a los muchachos que iban en la punta, pero su mente corrió más veloz que sus piernas, resbaló y cayó de nuevo. Deseó haberse retirado antes, cuando cayó por primera vez. Ahora la humillación y la vergüenza eran mayores. Tenía perdida la carrera y él estaba perdido como corredor.

Pero entre la multitud que reía, buscó y encontró el rostro de su padre y su mirada penetrante que le decía con esperanza y con cariño: “¡Párate y gana la carrera!”.

Se levantó de un salto y lo intentó de nuevo. Los primeros corredores le aventajaban por más de treinta metros. Con un esfuerzo inaudito, logró acortar la distancia, pero una vez más, resbaló y cayó definitivamente derrotado sobre el suelo.

No tenía sentido seguir intentándolo. Una lágrima de rabia y despecho rodó de sus ojos. Se retiraría y enfrentaría dolorosamente la desilusión de su padre y las pitas de la multitud.

Entonces escuchó la voz animosa de su padre: “Levántate y toma tu puesto. No puedes ni debes retirarte. Levántate y gana la carrera. No has perdido todavía. Para ganar, sólo necesitas levantarte cada vez que caigas”.

Se levantó y corrió con todas sus fuerzas. Llevaba sus ojos empañados y en su corazón repicaban nuevos ánimos. Sabría que no podría ganar, ni siquiera llegaría entre los primeros, pero seguiría hasta el final aunque cayera de nuevo. No se retiraría.

El ganador fue aclamado cuando cruzó la meta. La cabeza en alto, orgulloso, feliz: sin caídas, sin percances, sin desgracias. Triunfador.

Y cuando el joven que había caído cruzó la meta de último, fue el más aclamado por la multitud porque no se había rendido y había terminado la carrera. Lo esperaban los brazos gozosos de su padre que lo recibieron como a un campeón.

-No lo hice muy bien –dijo el joven con tristeza.

-¡Para mí, tú ganaste! –le dijo el padre-. Te levantaste cada vez que caíste y seguiste corriendo sin rendirte.

Ante las irresponsabilidades, los fallos y el incumplimiento de los principios acordados, padres y maestros debemos escuchar las razones, analizarlas, promover la reflexión y el diálogo que refuercen la autonomía personal y, si fuera el caso, establecer de mutuo acuerdo las posibles sanciones. No olvidemos nunca que ni el autoritarismo ni la permisividad son realmente educativos, y que formar el carácter es siempre una tarea inacabada y muy exigente para todos, pues “exigir también cuesta”. Y una vez más, tengamos bien presente que, para educar, el ejemplo es lo más importante: niños y jóvenes aprenderán mucho observando la alegría, la responsabilidad y la entereza con que padres y maestros enfrentamos nuestras obligaciones. Quejarse del trabajo o de los esfuerzos que es preciso realizar contribuye a crear un ambiente contrario a la reciedumbre o capacidad de realizar esfuerzos sin quejarse. Los padres con autoridad-servicio y autoridad-prestigio son comprensivos, pero sobre todo son contagiosos, saben estimular por su modo de actuar.

Junto a la reciedumbre, hay que cultivar la valentía para enfrentar los miedos y “dar la cara”, cuando sea necesario sin acobardarse por el “qué dirán” o por las posibles consecuencias, pues hay que reconocer que en un mundo de gentes sumisas, en ese enorme rebaño que hoy es la humanidad, manejado por propagandas y modas, donde lo normal es hacer lo que todo el mundo hace, actuar con conciencia e ir contra corriente supone un gran valor. No se trata de empujar a los alumnos a la temeridad, sino de ayudarles a no ser cobardes ni tener miedo al ridículo. Sólo así serán capaces de comprometerse en empresas valiosas.

5.5. Educar la libertad y la responsabilidad

La libertad no es hacer lo que me da la gana, sino gestionar adecuadamente las ganas; y unas veces habrá que seguir las, y otras no (José Antonio Marina)

Formar la voluntad es, en definitiva, enseñar a ser libre, ya que la voluntad es liberadora. La liberación que trae la voluntad consiste en apartar obstáculos, allanar el camino para ir consiguiendo que los sueños y proyectos se hagan realidad poco a poco; liberación de todo aquello que impide crecer para llegar a ser una persona cada vez más buena, honesta, justa, solidaria. Liberación, por consiguiente, no es hacer lo que uno quiere o seguir los dictados inmediatos de instintos y deseos, sino vencerse para alcanzar las mejores cimas del propio desarrollo. Somos verdaderamente libres cuando nos adueñamos de nuestras propias decisiones, cuando afianzamos nuestra independencia, cuando nuestra voluntad se enfrenta, si es preciso, a la fuerza del ambiente.

Hace ya bastantes años, fue un verdadero bestseller un estupendo libro de Richard Bach que se titulaba “Juan Salvador Gaviota”. Contaba la historia de una gaviota que se atrevió a ser ella misma, a vivir intensamente, a potenciar todos sus talentos y posibilidades. No aceptaba la vida monótona y siempre igual de la bandada que sólo se atrevía a vuelos rastreros, sin riesgo ni alma, detrás de los desperdicios que arrojaban los barcos. Ella sentía en su corazón el llamado de las alturas, la vocación de libertad. Por atreverse a proponer una vida distinta, la aislaron, la dejaron sola, la tacharon de loca, la desterraron.

Juan Salvador, la pequeña gaviota soñadora, aceptó la soledad del aprender de nuevo, la soledad de la búsqueda atrevida de mares nuevos, nuevos cielos, horizontes nuevos. En lo profundo de su corazón adolorido, sentía que sus alas habían nacido para abrirse a la inmensidad de lo desconocido.

Y se arriesgó. Tras muchos ensayos fallidos, un día se encontró surcando los cielos altos, azules, maravillosos, inmensos. Y ese día entendió por qué y para qué había nacido gaviota. Palpó el vértigo de lo profundo, vivió la originalidad, la iniciativa, la creatividad. Experimentó las honduras de la perfección: llegar hasta el final de lo emprendido, alcanzar la raíz, el manantial de su propio ser. Ya no se trataba de buscar la libertad, sino de ser libre. Y se entregó apasionadamente a ser ella misma, sin ataduras ni temores.

Pero Juan Salvador Gaviota seguía amando a los suyos a pesar de que lo habían desterrado. Y decidió volver a la bandada para enseñarles que la vida podía ser algo mucho más interesante que comer y disputarse los desperdicios de los barcos. Estaba seguro de que su empresa no iba a ser fácil, que de nuevo lo aislarían, lo ofenderían, pues no estaban dispuestos a cambiar ni a escuchar tranquilamente que alguien les hablara de la necesidad de cambio. No importaba que no lo comprendieran: con que una sola gaviota se atreviera a soñar y emprender un nuevo vuelo

hacia lo alto, se justificaba su aventura. En el fondo de su corazón, Juan Salvador Gaviota adivinaba que era imposible vivir intensamente su libertad sin intentar liberar a otros, que la plenitud implicaba el servicio.

Volvió a la bandada sin prédicas ni alardes. Sólo trataba de ser una auténtica gaviota nacida para volar. Poco a poco, algunas gaviotas jóvenes se fueron acercando a presenciar su vuelo atrevido y vigoroso. Y le pidieron que les enseñara a volar. No les importaba que la bandada los despreciara y expulsara. Querían volar, experimentar otra vida, atreverse a ser libres.

Y se atrevieron. A vivir y a volar. A ser ellas mismas. A emprender el vuelo de su libertad³⁹.

Educar es enseñar a volar, a levantarse de una vida materialista, sin horizontes. Los educadores debemos ser maestros de vuelos de altura, sembradores de utopías, abiertos siempre a la aventura de lo desconocido, al riesgo de alturas y cumbres, exploradores de nuevos cielos y mundos más humanos, construidos más allá de los falsos paraísos que se ofrecen a los rebaños y bandadas.

Educar es liberar, pues hoy muchos confunden la libertad con su opuesto, con la dependencia, con llenarse de cadenas. Dicen que son libres porque hacen lo que quieren, “lo que les apetece o les da la gana”, porque se han liberado de normas, leyes y principios éticos y así terminan esclavizándose al capricho, al egoísmo, a los vicios. La supresión de obligaciones y normas, dejarse llevar por el instinto o el capricho, si bien puede traer una gratificación momentánea, pronto deja al descubierto una personalidad inmadura y sin dominio de sí.

Hace ya unos años Erich Fromm escribió un libro que tituló precisamente *El miedo a la libertad*⁴⁰, por pensar que la mayor parte de las personas no se atreven a ser libres y le tienen mucho miedo a la libertad. De hecho, en una época que se proclama a sí misma como la promotora y defensora de la libertad, resulta paradójico encontrar tantas muestras de sumisión. Si durante muchos años la pérdida de la libertad se presentaba bajo la forma de esclavitud, dominación, autoritarismo, represión o censura, hoy los enemigos de la libertad están logrando acabar con ella al lograr que la confundamos con el capricho, el sometimiento voluntario a las modas y costumbres, la dependencia a distintos tipos de adicción.

39 Antonio Pérez Esclarín, “Juan Salvador Gaviota” en **Educar valores y el valor de educar**. San Pablo, Caracas, 11ª reimpresión, 2009.

40 Erich Fromm, **El miedo a la libertad** Paidós, México, 2000.

Hacer lo que uno cree que debe hacer supone muchas veces un gran esfuerzo. En consecuencia, para ser hoy libres, hace falta mucho valor y fortaleza de carácter, voluntad, sacudirse los miedos y levantarse con decisión a la conquista de sí mismo, lo que implica coraje para recorrer un camino de esfuerzo y vencimiento, en contra del egoísmo, el rebaño o la manada. Hace falta hoy mucho valor para decir sí cuando uno cree que debe decirlo, para mantenerse firme y coherente con ese sí sin importar las consecuencias, cuando la mayoría a nuestro alrededor dice no y confunde la libertad con el capricho o con la obediencia a órdenes, costumbres o modas.

Una vida sin libertad no merece ser vivida. Pero una supuesta libertad que no respeta la vida y llena al mundo de cadenas es opresión y barbarie. No es concebible una supuesta libertad que no respeta los derechos del otro, que engaña y causa sufrimiento. La libertad se ejerce en consecuencia y como ya indicamos, como liberación. Para ser auténticamente libres debemos analizar a qué estamos encadenados: poder, miedos, objetos, dinero, flojera, títulos, alcohol, lujuria, violencia...y emprender el camino arduo y exigente de irse liberando de esas cadenas o ataduras. En definitiva, no es libre el que hace lo que quiere, sino el que hace voluntariamente lo que debe. Libre es aquella persona que actúa según su conciencia y nadie ni nada tiene poder sobre ella. Por ello, en nuestro mundo que tanto vocea y defiende la libertad, cada día escasean más y más las personas auténticamente libres. Sólo el que es capaz de irse liberando de sus cadenas internas, podrá contribuir a una auténtica liberación de las cadenas externas de la opresión, la domesticación y la injusticia. Porque podríamos preguntarnos: ¿Quién es libre: el esposo que es fiel y cumple con sus obligaciones de esposo y padre, o el que gasta su sueldo en tragos y mujeres? ¿El obrero que se inventa una enfermedad para no ir a trabajar, o el que acude al trabajo con buen ánimo? ¿El estudiante que se queda en la casa haciendo la tarea aunque no le apetezca, o el que se va a jugar con sus amigos porque no le apetece estudiar? ¿El alumno que molesta todo el tiempo porque está fastidiado, o el que se domina y atiende al profesor aunque esté fastidiado?

Educar para la libertad implica ayudar a desarrollar la capacidad de decidir y la capacidad de responsabilizarse. Es muy triste ver personas pusilánimes, incapaces de tomar la menor decisión, que necesitan que les digan permanentemente lo que tienen que hacer. Son personas que se dejan abatir por cualquier problema, por pequeño que sea, y que ante la menor dificultad, tiran la toalla. Personas, como vimos antes, sin voluntad. Aprender a decidir es aprender a madurar. De ahí la importancia de proporcionarles a los niños, tanto en la casa como en la escuela, oportu-

tunidades de decidir lo que deben hacer, analizando las posibles consecuencias de sus actos. Sólo una pedagogía capaz de dialogar con los alumnos, que toma en cuenta sus opiniones y decisiones, que les consulta permanentemente, que parte de sus inquietudes y saberes, fomentará la capacidad de decisión y la verdadera libertad.

Hoy se habla mucho de libertad y muy poco de responsabilidad, y hasta algunos las consideran contradictorias, pues, como venimos diciendo, confunden la libertad con la esclavitud, con las cadenas. Pero libertad y responsabilidad se implican mutuamente y vienen a ser como las dos caras de una misma moneda: Es imposible la libertad sin responsabilidad, y nadie es responsable de sus actos si no es libre. En este sentido, ni los animales, ni los locos, ni los niños pequeños son responsables de sus actos. El que en nombre de su libertad no asume su responsabilidad como padre o madre, como esposo o esposa, como hijo, como vecino, como profesional, como estudiante, como ciudadano, no tiene la menor idea de en qué consiste la libertad.

Víctor Frankl señaló una vez que la excelente obra iniciada con la Estatua de la Libertad en Nueva York debía completarse con la Estatua de la Responsabilidad en Los Ángeles, con lo que pretendía subrayar la necesidad de no desligar nunca la libertad de la responsabilidad. Una acción libre es siempre una acción responsable: Libertad sin responsabilidad es libertinaje, capricho, dependencia, dominación. Son bien evidentes los estragos en todos los ámbitos que ocasiona un mal uso de la libertad. Sólo un ser dueño, al menos parcialmente, de sus deseos y de sus actos, puede ser considerado como responsable y es capaz de convivir y amar. El grado de su libertad será estrictamente proporcional al grado de su responsabilidad. El que sigue en cada momento la voz de sus impulsos y de sus apetencias más inmediatas, lejos de ser libre, es esclavo de sus propios caprichos. Si la libertad consistiera en dar rienda suelta a nuestras pasiones y a nuestros instintos, los animales serían absolutamente libres.

La auténtica libertad consiste en elegir únicamente las posibilidades que nos ayudan a crecer como personas y alcanzar nuestros ideales. Ser libre es tener las riendas de la propia vida y encauzarla hacia su plenitud. Por ello, el que es auténticamente libre ni ofende ni teme. El libre respeta, se responsabiliza de sus palabras y sus actos, actúa con coherencia. Libertad es superación del egoísmo y la violencia, es pertenecer a la vida y apostar por la convivencia. La libertad responsable surge precisamente cuando descubrimos al otro como sujeto de derechos, que tiene una dignidad inviolable que debemos respetar. En consecuencia, los seres humanos somos responsables de nosotros y responsable de los otros

que nos necesitan. Alcanzamos nuestra plenitud humana en el encuentro servicial o amoroso con el otro. Nos deshumanizamos cuando renunciamos a nuestra condición de persona con el otro, cuando vivimos esclavos de nuestros caprichos o de nuestro egoísmo sin importarnos los demás.

Educación por consiguiente, es ayudar a alcanzar la autonomía, a cumplir voluntariamente con las obligaciones y a decidir con responsabilidad, lo que supone un alto nivel de exigencia. El hombre puede educarse porque es libre y puede ser libre porque se educa; sólo se educa al hombre liberándolo, sólo se libera educándolo. Una educación que no enseñe la libertad es una educación fracasada y para el fracaso. De nada sirve exigir la libertad de enseñanza si no somos capaces de enseñar la libertad. Educador no es el que adoctrina, amaestra o coacciona, el que logra la disciplina meramente por temor al castigo, sino el que va ayudando a los alumnos a responsabilizarse y a cumplir voluntariamente con su deber, es decir, a actuar de un modo autónomo. La libertad es el instrumento más precioso que cada uno tiene para llevar a término su proyecto personal, para llegar a ser esa persona que está llamada a ser y ese ciudadano responsable y solidario.

Educación para la genuina democracia y la convivencia pacífica exige una auténtica educación para la libertad y la responsabilidad consigo mismo y con los demás, pues nadie nace demócrata, sino que nos hacemos demócratas. Los regímenes autoritarios y dictatoriales imponen una educación para la obediencia y la sumisión; confunden educación con adoctrinamiento. El adoctrinamiento, por sutil que sea, apela siempre a la fuerza. Y está llamado al fracaso cuando la fuerza desaparece o se debilita.

En definitiva, somos libres para amar, pues la plenitud humana sólo es posible en el encuentro. Uno se constituye en persona como ser de relaciones. Toda auténtica vida humana es vida con los otros, es convivencia. Lo propio del ser humano, lo que nos define como personas es la capacidad de amar, es decir, de relacionarnos con otros buscando su bien, su felicidad. Lo que nos deshumaniza es vivir y morir sin amor. Detrás de cada tirano, cada asesino, cada malhechor, hay un déficit profundo de amor o una mala comprensión del amor. Todo fracaso en la vida se reduce a un fracaso en el amor⁴¹.

Para educar la libertad se necesitan educadores libres, que no estén atados a prejuicios, tradiciones, ni rutinas, ejemplos de responsabilidad

41 Para un desarrollo mayor de estas ideas, ver mi libro **Educación es enseñar a amar**. San Pablo, Caracas, 2009.

y de creatividad, capaces de enfrentar educativamente situaciones imprevistas y de inventar cada día la educación necesaria. Educadores con verdadera autoridad, es decir, que ejercen el poder como servicio, un poder que anima, estimula, que da fuerzas, que eso es precisamente lo que significa la palabra latina *augere* (hacer crecer), de donde proviene autoridad. Por ello y contra lo que muchos piensan, la autoridad no se opone a la libertad sino que la supone: “La autoridad no sólo no se opone a la libertad, sino que la supone. Una oposición entre los dos conceptos implica una idea equívoca de la autoridad, subentendida como poder, o una falsa idea de libertad, entendida como indeterminación radical fundante. Entre las cosas o bienes que la autoridad, por serlo, ha de acrecentar, en gracia de su misma etimología o derivación de *augere*, se encuentra la libertad, su ejercicio y sus posibilidades reales”⁴².

5.6. Educar la sensibilidad y la solidaridad

El 10 de diciembre de 1948, cuando el mundo seguía estremecido ante el horror de los campos de exterminio nazi y de la barbarie de la Segunda Guerra Mundial que ocasionó unos 50 millones de muertos, dejó ciudades enteras convertidas en escombros y nos asomó al poder destructor de las armas nucleares, un centenar de países reunidos en París, firmaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “Todos los seres humanos nacen libres y son iguales en dignidad y derechos”. Hoy, después de 63 años de aquella firma solemne, el mundo sigue más desigual e injusto que nunca: el 20% de la población acapara y consume el 80% de los recursos disponibles y el 7,7% de la población emite el 50% de los gases causantes del cambio climático.

Las desigualdades se agigantan de un modo vertiginoso entre países y entre grupos dentro de cada país. Vivimos en la misma ciudad, incluso en la misma calle, pero a siglos de distancia. América Latina tiene el poco honroso privilegio de ser el continente de mayor inequidad. La distancia entre el 10 por ciento de mayores ingresos y el diez por ciento de menores es de 50 a 1. En España es de 10 a 1, y en Noruega de 6 a 1. Coexisten por ello, lo postmoderno con lo premoderno y hasta lo feudal, e incluso con formas de neoesclavitud como en las maquilas, las universidades de excelencia con el analfabetismo, el derroche con el hambre y la pobreza,

42 A. Muñoz Alonso; “**Autoridad**” en Gran enciclopedia Rialp, tomo III, Edic. Rialp, Madrid, 1971, pág. 70.

las fortunas incontables con la miseria más atroz. Hoy también la brecha digital, es decir, el tener o no acceso a las nuevas tecnologías, agudiza las diferencias.

Mientras una vaca europea es subvencionada con tres dólares diarios, mil doscientos millones de personas en el mundo, deben vivir con menos de un dólar al día. El gasto militar en el mundo, según la ONU, asciende a más de un billón de dólares al año. Aumenta el gasto militar y aumenta la miseria. Con tan sólo lo que se gasta en armas en diez días, se podría proteger a todos los niños del mundo. La fabricación de armas es la industria más próspera a nivel mundial, seguida por el narcotráfico, que mueve al año unos 500.000 millones de dólares. El precio de un tanque moderno equivale al presupuesto anual de la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación). Con el valor de un caza supersónico se podrían poner en funcionamiento 40.000 consultorios de salud. El adiestramiento de un soldado de guerra cuesta al año 64 veces más que educar a un niño en edad escolar, y la cuarta parte de los científicos del mundo se dedican a la investigación militar, mientras escasean los que se dedican a encontrar curas contra enfermedades como el sida, que está despoblando a algunos de los países más pobres de África. Se calcula que una bala cuesta lo mismo que un vaso de leche, y mientras más abundan las balas más escasea la leche.

Según la ONU, cada tres segundos, muere un niño de hambre, 1.200 cada hora. El hambre produce una matanza diaria similar a todos los muertos que ocasionó la bomba nuclear sobre Hiroshima. Sin embargo, si la humanidad se lo propusiera seriamente, el hambre podría ser derrotada hoy fácilmente: Según la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) la agricultura moderna está hoy en capacidad de alimentar a doce mil millones de personas, casi el doble de la población actual. Pero no hay voluntad política para ello: Todas las campañas y propuestas para aliviar la pobreza y la miseria en el mundo han fracasado estrepitosamente. Y no hay voluntad política, porque hemos perdido la sensibilidad, la compasión, la misericordia. Según la ONU, con el 1% de lo entregado por los gobiernos para salvar la crisis bancaria en el 2010, sería suficiente para erradicar hoy mismo, el hambre en el mundo. Por ello, Jean Ziegler, exrelator especial de la ONU para el Derecho a la Alimentación, no vacila en catalogar al actual orden mundial como asesino y absurdo: "El orden mundial no es sólo asesino, sino absurdo; pues mata sin necesidad: Hoy ya no existen las fatalidades. Un niño que muere de hambre hoy, muere asesinado"⁴³.

43 Discurso ante los Jefes de Estado en el marco de la 5ta. Sesión del Consejo de los Derechos Humanos, realizado en Ginebra del 11 al 18 de junio de 2007.

En los últimos 20 años hemos pasado de 23 a más de 400 millones de niños esclavos, que malviven o mueren en minas o maquilas, se prostituyen en las calles, limpian parabrisas en los semáforos, son obligados a mendigar, con frecuencia mutilados para que su deformidad impresione a la gente, o son asesinados para proveer el mercado negro de tráfico de órganos. Un hígado o un riñón que se vende en países muy pobres por unos 30 dólares llega a alcanzar los 35.000 dólares en el mercado negro. Un millón de niños y de niñas entra cada año en el infierno de la esclavitud sexual y hay ya cien millones de menores atrapados en las redes de la explotación sexual. Según la Organización Mundial del Turismo, el 20% de los 700 millones de viajes que se producen al año en el mundo, tienen como motivación principal el sexo, y de esos, el 3% el sexo con niños.

Aire, mares y ríos están heridos de muerte. La tierra languidece y se rebela ante tanta violencia y tanto maltrato. El clima del mundo se altera cada vez más. El agujero en la capa de ozono alcanza ya el tamaño de toda Europa. La mitad de los bosques húmedos que una vez cubrieron la tierra han desaparecido. Hoy, como todos los días del año, desaparecerán 50 mil hectáreas de bosque húmedo. Cada hora es arrasada un área equivalente a unos 600 estadios de fútbol.

Estos datos, y otros muchos que podríamos proporcionar, expresan de un modo elocuente la deshumanización de nuestro mundo y, en consecuencia, la necesidad de cambiarlo. Posiblemente, de tanto escucharlos, ya no nos impresionan ni nos mueven a la indignación y a la acción comprometida. Por ello, si graves son los números y datos a los que nos acabamos de asomar, tal vez sea todavía más grave la creciente insensibilidad ante ellos. A la cruda y espantosa miseria de miles de millones de personas, habría que añadir la creciente miseria humana y espiritual de los satisfechos. Miles de millones de personas se deshumanizan al tener que vivir y morir en condiciones inhumanas, otros se deshumanizan al volverse insensibles ante la miseria y el dolor de los demás. La pobreza y la miseria, la muerte por hambre o por enfermedades hace ya tiempo derrotables, es un paisaje cotidiano al que nos estamos acostumbrando y ya no nos causan ni desconcierto ni indignación.

Al haber perdido la sensibilidad y la compasión, nos estamos acostumbrando a ver como normal un mundo completamente anormal. Ya no nos causa indignación el ver a mendigos revolviendo los pipotes de basura; indígenas pidiendo en los semáforos; emigrantes que se lanzan al mar en pateras o barcas rudimentarias y muchos de ellos mueren sin poder llegar a la tierra de sus sueños; niños viviendo y creciendo en la calle, sin hogar, sin escuela, sin cariño, sin mañana. Nos estamos acostumbrando al espectáculo de la muerte de pueblos enteros bajo las dentelladas del hambre, el sida, o cualquiera de esas enfermedades

de la miseria (diarrea, tuberculosis, cólera, malaria, dengue...) hoy tan fácilmente derrotables si la humanidad recobrara la sensibilidad y se propusiera acabar con ellas

Hemos llegado a tales niveles de insensibilidad que nos parece normal que un deportista famoso gane por la publicidad de una marca de zapatos más que los miles de obreros que los fabrican en verdaderas condiciones de neoesclavitud como son las maquilas, y hasta nos sentimos orgullosos y felices cuando compramos y usamos esos zapatos. Aceptamos y admiramos los contratos multimillonarios de cualquier deportista famoso, mientras miles de millones de personas no consiguen trabajo o deben contentarse con sueldos de miseria. Otros muchos millones viven en ranchos miserables, o en viviendas insalubres, disputándose la comida con los zamuros en los basureros, y cerca de los aeropuertos de las más importantes ciudades del mundo hay lujosos hoteles para perros, gatos, y las más increíbles mascotas, donde las habitaciones pueden alcanzar el astronómico precio de 170 dólares por noche.

Completamente insensibles ante la tragedia de la humanidad y el sufrimiento de los demás, ya no nos mueve a la indignación y la ira el hecho monstruoso de que cada minuto el mundo gaste más de un millón de dólares en armas, o que cada segundo desaparezca del planeta una superficie de bosques equivalente a una cancha de fútbol. Hay cada vez más dinero para aniquilarnos, destruirnos y destruir el planeta, pero no hay dinero para acabar con el hambre, la pobreza, la miseria y construir la paz.

Necesitamos, en consecuencia, una educación que promueva nuestra sensibilidad para que empecemos a sentir los problemas y necesidades de los demás como nuestros. Educación que provoque nuestra indignación y nuestra solidaridad y nos comprometa a reinventar el mundo en una dimensión ética y estética, de modo que sea -y son palabras textuales de Freire- “menos feo, en el que disminuyan las desigualdades, en el que las discriminaciones de raza, de sexo, de clase sean señales de vergüenza y no de afirmación orgullosa o de lamentación puramente engañosa... Mundo en el que nadie domina a nadie, nadie roba a nadie, nadie discrimina a nadie, sin ser castigado legalmente. Ni los individuos, ni los pueblos, ni las culturas, ni las civilizaciones. Nuestra utopía, nuestra sana locura es la construcción de un mundo en el que el poder se asiente de tal modo sobre la ética, que sin ella se destruya y no sobreviva. En un mundo así, la gran tarea del poder político es garantizar las libertades, los derechos y los deberes, la justicia y no respaldar el arbitrio de los suyos”⁴⁴.

44 Paulo Freire, **Política y educación**, Siglo XXI, México, 1996 pág. 29 y Pedagogía de la Indignación, Morata, Madrid, 2001, p. 143.

Educar en la solidaridad supone, en definitiva, despertar la compasión, la responsabilidad, el amor, el sentido de justicia actuantes. En palabras de Juan Pablo II, “la solidaridad no es un sentimiento superficial, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, el bien de todos y cada uno para que todos seamos realmente responsables de todos”. La solidaridad verdadera nos libera de la demagogia y de la retórica, del afán de poder y de tener. El dinamismo de la verdadera solidaridad comienza cuando el otro deja de ser extraño y entra a formar parte de nuestra propia vida, de nuestros sentimientos, preocupaciones y ocupaciones. Tenemos que empezar a sentir el hambre de los otros como nuestra propia hambre, la falta de trabajo de los otros como nuestro desempleo, el fracaso de los demás como nuestra derrota; y ser capaces de trabajar por propuestas eficaces para resolver estos gravísimos problemas. Sólo cuando las personas aprenden, a través de procesos educativos, a “ver”, “entender”, “sentir”, “sufrir”, “soñar”, “morir”, “vivir” por los demás, podemos hablar de una educación que empieza a transformar la vida y a volverla diferente de lo que es hoy en muchos casos. La ausencia de esa capacidad de encuentro profundo con los semejantes no sólo es reflejo de procesos de vida y de educación distorsionados en los que se pretende mantener la injusticia, el hambre y la opresión de las mayorías, es también la causa de que la sociedad siga sin desarrollar una auténtica cultura de derechos humanos, paz, justicia, democracia y desarrollo.

Por ello, educar en la solidaridad exige no sólo ponernos a la par de los que necesitan algo, sino también en contra de quienes representan y desarrollan valores antagónicos a ella como la exclusión, la injusticia, la explotación, el racismo, el individualismo egoísta e inhumano, que vive en la opulencia y el derroche sin importarle la suerte de los demás. Educar en la solidaridad implica, en definitiva, trabajar con ahínco para hacer un mundo mejor, donde todos podamos vivir con dignidad.

Educar la sensibilidad y la solidaridad va a exigir también educar para la austeridad y la sencillez, para que los educandos comprendan y vivencien que nuestro planeta tierra no aguanta tanta destrucción, que el actual desarrollo consumista no es sustentable, pues si, como dijimos más arriba, el 20% de los privilegiados consumen casi el 80% de los recursos del planeta, las matemáticas nos evidencian que para que todos pudiéramos vivir con esos niveles de consumo de la minoría de privilegiados, se requerirían casi cinco planetas tierra. El que una minoría pueda derrochar y malgastar es a expensas del hambre y penuria de las mayorías. Hoy, los países europeos y Estados Unidos resguardan sus fronteras para impedir oleadas de emigrantes latinos o africanos, pero

callan y olvidan que su actual desarrollo y nivel de vida surgió del saqueo de los países de donde tratan de huir, en busca de mejor fortuna, las im-parables oleadas de emigrantes.

Ser solidario, en suma, es sentirnos siempre al servicio de los herma-nos que caminan con nosotros por el sendero de la vida. Sólo una educa-ción para la solidaridad basada en el amor al hombre, hermano nuestro en humanidad, ofrecerá esperanza de constituir un fundamento estable a la construcción de una sociedad justa y fraterna.

Si queremos en verdad educar en la solidaridad y no meramente ha-blar de ella y predicarla, los educadores debemos organizar nuestras au-las y centros educativos como espacios en los que se viva cotidianamen-te la solidaridad. Esto va a exigir combatir la cultura del individualismo tan enraizada en las prácticas educativas, donde se enseña a competir más que a compartir y donde cada alumno busca su éxito particular sin im-portarle el fracaso de los demás, para fomentar en cambio el servicio, la cooperación, el trabajo en equipo, y la ayuda especial a los alumnos más necesitados. Sólo si logramos que todos los alumnos se involucren en los aprendizajes de todos y sean capaces de sacrificar su nota y aportar su colaboración y tiempo en beneficio de los más necesitados, estaremos en verdad educando en la solidaridad.

Educar en la solidaridad supone enseñar a compartir más que a com-petir, enseñar a sacrificarse y esforzarse por el bien de los demás. Supo-ne también involucrarse en resolver problemas de la comunidad y parti-cipar en campañas solidarias. Para todo esto, es imprescindible que los educadores demos ejemplo y nos mostremos como personas verdade-ramente cooperativas y solidarias, siempre dispuestos a brindar nuestro apoyo a los compañeros y alumnos que lo necesitan.

Para terminar este apartado, quiero ofrecerles un bello poema de Monseñor Leonidas Proaño, un obispo ecuatoriano que ejerció su mi-sión de pastor con las comunidades indígenas más desposeídas, y un hermoso cuento de origen árabe:

SOLIDARIDAD

Mantener siempre atentos los oídos
al grito del dolor de los demás
y escuchar su pedido de socorro
es SOLIDARIDAD.

Mantener la mirada siempre atenta
y los ojos tendidos sobre el mar,

en busca de algún náufrago en peligro...
es SOLIDARIDAD.

Sentir como algo propio el sufrimiento
del hermano de aquí y del de allá,
hacer propia la angustia de los pobres...
es SOLIDARIDAD.

Llegar a ser la voz de los humildes
descubrir la injusticia y la maldad,
denunciar al injusto y al malvado
es SOLIDARIDAD.

Dejarse transportar por un mensaje
cargado de esperanza, amor y paz,
hasta apretar la mano del hermano
es SOLIDARIDAD.

Convertirse uno mismo en mensajero
del abrazo sincero y fraternal
que unos pueblos envían a otros pueblos
es SOLIDARIDAD.

Compartir los peligros en la lucha
por vivir en justicia y libertad,
arriesgando en amor hasta la vida,
es SOLIDARIDAD.

Entregar por amor hasta la vida
es la prueba mayor de la amistad:
ES VIVIR Y MORIR CON JESUCRISTO
LA SOLIDARIDAD.

El cuento se titula El caballo del Califa y lo tomé originalmente de Radialistas Apasionados (radialistas@andinanet.net):

Al-Mamun, califa de Bagdad, poseía un hermoso caballo que todo el mundo admiraba. El jefe de una tribu vecina, llamado Omah, se antojó del animal:

-Me gusta mucho tu caballo, véndemelo. Estoy dispuesto a pagar por él lo que me pidas.

-No, amigo, no vendo mi caballo. Para mí es como un hijo.

-Todo tiene precio en el mundo. Te doy por tu caballo toda una caravana de camellos.

-Lamento defraudarte, pero no vendo el caballo. Adiós.

Omah ideó una treta para quedarse con el caballo. Como sabía que todas las tardes Al-Mamun salía con su caballo por las afueras de Bagdad para socorrer a algunos pordioseros y necesitados, un día se disfrazó de mendigo y se tumbó gritando en el camino.

-¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Que alguien tenga piedad de mí!

Al-Mamun oyó los gritos y se acercó al mendigo.

-¿Qué te pasa, amigo? ¿Te han asaltado los ladrones?

-Estoy muy enfermo y nadie se compadece de mí.

-¡Ven, sube! Te llevaré donde te puedan curar.

-Gracias, buen hombre. Pero estoy tan débil que no puedo montarme sin su ayuda.

El califa desmontó de su caballo, se acercó al mendigo, lo cargó en sus brazos y lo montó cuidadosamente en su caballo.

Cuando Al-Mamun iba a montar, el falso mendigo espoleó el caballo y se perdió riendo en una nube de polvo:

-¡Caíste en la trampa, califa estúpido! Soy Omah, a quien no quisiste vender tu caballo, pero ahora es mío.

-Por favor, espera, espera –gritaba desesperado Al-Mamun.

Omah se dio la vuelta y se acercó en plan de reto:

-¿Qué es lo que quieres? ¿Vas a ponerte a llorar por tu caballo?

-No, no, puedes quedarte con él, pero quiero pedirte una cosa.

-Dime, pero ni pienses que te voy a devolver el caballo.

-Sólo te pido que no cuentes a nadie cómo obtuviste mi caballo. ¿Me lo prometes?

-Entiendo, no quieres que se rían de ti.

-No, nada de eso. Quizás, quizás, un día haya un hombre realmente enfermo tendido en el camino. Si las gentes se enteran de tu engaño, pasarán de largo y no le prestarán ayuda.

5.7. Educar la esperanza y el entusiasmo

Hoy más que nunca, y precisamente porque miles de personas en el mundo son sacados o excluidos de la posibilidad de una vida digna, la ilusión, el entusiasmo y la esperanza, como dice Frei Beto, “no sólo tienen sentido, sino que se tornan necesarios y urgentes. Pero no se encontrarán en ningún estante de supermercado”, ni se adquirirán en uno de esos cursos caza-bobos, tipo “¿Cómo triunfar en la vida en diez lecciones?”.

El genuino educador debe ser un sembrador de esperanza y para ello debe tener el corazón ardido de ilusión y de pasión. No se deja amilanar por los problemas y dificultades, sino que acude cada día con verdadero entusiasmo a asumir la tarea apasionante de ayudar a formar hombres y mujeres nuevos capaces de construir una nueva humanidad:

No había fiesta en el llano que no fuera alumbrada por los dedos mágicos del arpista Figueredo. Sus dedos acariciaban las cuerdas y brotaba incontenible el ancho río de su música prodigiosa. Se la pasaba de pueblo en pueblo, sembrando alegrías, poniendo a galopar los pies y los corazones de la gente en la fiesta inacabable del joropo. Él, sus mulas y su arpa, por los infinitos caminos del llano. En una mula él, en la otra mula, el arpa. Cubierta con un plástico negro para soportar los interminables chaparrones del invierno llanero en que, como ha descrito magistralmente el poeta Lazo Martí, “el llano es una ola que ha caído, el cielo es una ola que no cae”. Y también cubierta con el plástico negro en verano, para soportar las llamaradas de ese sol infinito, que se clava en la espalda como una espina, cuarteja la tierra y raja hasta las piedras. Si uno recorre el llano al final del verano puede escuchar los lamentos de la tierra herida por la sed.

Una tarde, tenía que cruzar un morichal espeso y allí lo estaban esperando los cuatrerros. Lo asaltaron, lo golpearon salvajemente hasta dejarlo por muerto y se llevaron las mulas y se llevaron el arpa. A la mañana siguiente, pasaron por allí unos arrierros y encontraron al maestro Figueredo cubierto de moretones y de sangre. Estaba vivo, pero en muy mal estado, casi no podía hablar. Los arrierros le curaron las heridas y cuando lograron que volviera en sí, empezaron con insistencia a preguntarle qué había sucedido.

Al cabo de un rato, el maestro Figueredo haciendo un gran esfuerzo, logró balbucear desde sus labios entumecidos e hinchados estas palabras: “Me robaron las mulas”. Volvió a hundirse en un silencio que dolía y, tras una larga pausa y ante la insistencia de los arrierros que seguían preguntando, logró empujar hacia sus labios rotos una nueva queja: “Me robaron el arpa”.

Al rato, y cuando parecía que era imposible que pudiera decir algo más, el maestro Figueredo se echó a reír. Era una risa profunda y fresca, que no pegaba en ese rostro que era una estampa del dolor y de la cruz. Y en medio de la risa, logró decir: ¡Pero no me robaron la música!⁴⁵

45 La historia se la escuché originalmente a Eduardo Galeano en 1997, en Cartagena, Colombia, en un encuentro sobre investigación-acción. Retrabajada por mí la incorporé a mi libro **Educar valores y el valor de educar: Parábolas**. San Pablo, Caracas, 11ª reimpresión, 2008, pág. 147.

¡Que no nos roben la música, la ilusión, el entusiasmo, los sueños, la esperanza! Ante la creciente inseguridad que hoy estamos viviendo, ponemos alarmas para que no nos roben el carro, enrejamos puertas y ventanas para que no se nos lleven el televisor, el equipo de sonido, la licuadora, pero no nos protegemos de los que nos roban la ilusión. Hay especialistas en robar ilusiones. Todos los conocemos, tal vez son compañeros nuestros y se sientan a nuestro lado. Son sembradores de desesperanza, de pesimismo, de amargura. Siempre sólo ven las dificultades, hablan y enfrían el entusiasmo. Y es mucho más grave que nos roben la ilusión a que nos roben el bolso con los papeles, el celular y las tarjetas. Si no tenemos esperanza e ilusión, estamos muertos como educadores.

Educar no puede ser meramente un medio de ganarse la vida, sino que tiene que ser un modo de dar vida, de defender la vida, de ganar a la vida a los demás, de provocar las ganas de vivir con autenticidad y con libertad. Por ello, es imposible educar sin esperanza y nadie puede ser educador sin vocación de servicio. El verdadero maestro asume la aventura inacabable, apasionante y, con frecuencia, dolorosa, de permanecer fiel a la tarea de implantar una sociedad justa y tolerante. Educar es apostar por un futuro cada vez más humano, apostar por la esperanza.

En algún sitio leí la historia de un buen cura que se quejaba de que muchos se confesaban de haber tenido malos sueños, pero nadie se confesaba del pecado mucho más grave de no soñar. No permitamos que nos roben el derecho a soñar, que es el más importante de todos. Sin él, no tienen sentido los demás. Como ha escrito Eduardo Galeano, “el derecho a soñar no figura entre los 30 derechos humanos que las Naciones Unidas proclamaron a fines de 1948, pero si no fuera por él, y por las aguas que da de beber, los demás derechos morirían de sed”. Soñemos que es posible un país distinto, un mundo humano, una educación integral de calidad para todos. Soñemos y entreguemos nuestras vidas a realizar los sueños.

Tan negativo es el discurso fatalista, inmovilizador, que renuncia a los sueños y niega la vocación histórica de los seres humanos, como el discurso meramente voluntarista, que confunde el cambio con el anuncio y la proclama del cambio, sin considerar si las prácticas son coherentes con los discursos y las buenas intenciones. De ahí que la vida debe testimoniar las proclamas. No es posible un mundo fraternal, con prácticas discriminatorias, no es posible imponer autoritariamente la libertad, ni recoger justicia y equidad con prácticas excluyentes. Por ello, en palabras de Fernando González Lucini, los educadores debemos ser los “disoñadores” del futuro. Debemos soñarlo y diseñarlo, es decir, trabajar

para que los sueños se conviertan en proyectos para que vayan siendo realidad. Nuestra misión es enseñar a soñar, y también como el enanito de la canción de Silvio Rodríguez, ser reparadores de sueños, sanadores de esos corazones enfermos, encerrados en sí mismos, que son incapaces de palpitar con ilusiones:

Siempre llega el enanito

*con sus herramientas
de aflojar odios,
de apretar amores.
Siempre, siempre, siempre,
llega el enanito
con afán risueño
de enmendar lo roto.
Siempre,
apartando piedras de aquí,
basura de allá,
haciendo labor.
Siempre va
esta personita feliz
trocando lo sucio en oro.
Siempre
llega hasta el salón principal
donde está el motor que mueve la luz.
Y siempre allí
hace su tarea mejor
el reparador de sueños.*

Todas las grandes conquistas de la humanidad comenzaron con el sueño de alguien o de algunos, y el compromiso tenaz y valiente de hacerlo posible. Por ello, fueron capaces de arrastrar el entusiasmo y las voluntades y vidas de muchos y el sueño se hizo realidad. Nada importante se ha logrado nunca sin esfuerzo, sin coraje, sin entusiasmo, sin pasión.

Aceptar el sueño de un mundo mejor y adherirse a él, es aceptar participar en el proceso de su creación. Perder la capacidad de soñar y de sorprenderse es perder el derecho a actuar como ciudadanos, como autores y actores de los cambios necesarios en el ámbito político, económico, social y cultural. Por eso, los genuinos educadores defendemos con tesón y con pasión el valor de la esperanza, que se arraiga en la fe en

el hombre y en la mujer como sujetos de la historia –y para los que tratamos de seguir a Jesús- en la fe en un Dios que nos hizo creadores-, que dejó en nuestras manos la responsabilidad de seguir recreando y perfeccionando el mundo y nos mostró con Jesús el camino para construir la sociedad del amor y vivir la vida en plenitud. Por ello, no renunciamos a soñar y a trabajar por un mundo en el que, como ya lo dijimos citando a Paulo Freire, la paz se asiente sobre la justicia, un mundo en el que nadie –ni individuos, ni pueblos, ni culturas, ni civilizaciones- domine a nadie, nadie robe a nadie, nadie discrimine a nadie, sin ser castigado legalmente. Un mundo profundamente democrático que garantice los derechos de todos y celebre la diversidad como riqueza. Un mundo en el que el poder y la política se asienten sobre la ética, pues su tarea es garantizar las libertades, los derechos y los deberes, la justicia y la equidad.

Por ello, a pesar de todos los problemas y dificultades, en palabras de Don Pedro Casaldáliga, obispo claretiano de Brasil, esta es NUESTRA HORA:

Es tarde

pero es nuestra hora.

Es tarde

pero es todo el tiempo

que tenemos a mano

para hacer el futuro.

Es tarde

pero somos nosotros esta hora tardía.

Es tarde

pero es madrugada

si insistimos un poco.

Por ello, frente al “Pienso, luego existo” cartesiano, o el “Conquisto, luego soy” de Hernán Cortés, que expresan la dinámica de la modernidad; o el “Compro, luego existo”, o el “Consumo, luego soy”, fundamentos de la postmodernidad, los genuinos educadores, levantamos un valiente “Sueño, luego me comprometo y así soy”, de la genuina esperanza. Ser humano significa tener esperanza, que es el nervio de la felicidad.

Al comienzo de los tiempos, existían millones y millones de estrellas en el cielo. Las había de todos los colores: blancas, plateadas, verdes, doradas, rojas, azules...

Un día, se acercaron inquietas a Dios y le dijeron:

-Señor Dios, nos gustaría bajar a la tierra y vivir con los hombres y mujeres que la habitan.

-Bajen, si lo desean –les dijo Dios, y en esa noche cayó sobre la tierra una bellísima lluvia de estrellas.

Algunas se acurrucaron en los campanarios de las iglesias, otras se mezclaron con las flores, los árboles y las luciérnagas del bosque, otras se ocultaron en los juguetes de los niños, y desde esa noche toda la tierra quedó maravillosamente iluminada.

Sin embargo, cuando fueron pasando los días, las estrellas decidieron regresar al cielo y dejaron la tierra sin alegría y sin brillo.

-¿Por qué regresaron? –les preguntó Dios cuando llegaron.

-En la tierra hay mucho egoísmo, miseria, injusticia y maldad –respondieron las estrellas.

Cuando Dios las contó, vio que faltaba una. ¿Se habría perdido en el camino de regreso al cielo?

-No, Señor, no se ha perdido –le dijo a Dios un ángel-. Ella decidió quedarse con los hombres y mujeres de la tierra. Comprendió que debe vivir donde impera la imperfección, donde las cosas no marchan bien, donde hay dolor, injusticia y muerte.

-¿Qué estrella es esa? –preguntó Dios muy intrigado.

-Es la estrella verde, Señor, la de la esperanza.

Y cuando volvieron los ojos a la tierra, vieron asombrados que la estrella no estaba sola y que de nuevo toda la tierra estaba iluminada, pues en el corazón de cada hombre y de cada mujer brillaba una estrellita verde, la luz de la esperanza, la única estrella que Dios no necesita y que da sentido a la vida sobre la tierra.

La esperanza, como lo expresaba Ernst Bloch, es la más humana de las emociones. Ella impide la angustia y el desaliento, pone alas a la voluntad, se orienta hacia la luz y hacia la vida. Sin esperanza, languidece el entusiasmo, se apagan las ganas de vivir y de luchar. La esperanza se opone con fuerza al pragmatismo, que es una deserción mediocre y cobarde en la tarea de construir un mundo mejor.

Los educadores, que apostamos por una persona, un futuro, un mundo mejor, no podemos educar sin esperanza. El desencanto, como el miedo, es falta de fe. Para la fe realmente evangélica, enraizada en la paradoja de la cruz, el fracaso no existe; no puede existir el desencanto. Moltman afirma que la “esperanza es el centro de la fe cristiana”, y Gabriel Marcel decía que la “esperanza es la tela de la que está hecha nuestra alma”. Debemos pasar del desencanto al reencanto, del pesimismo al entusiasmo. ¡Otro mundo es posible! ¡Otra educación es posible! ¡Otra escuela es posible! La educación no puede ser meramente una profesión

más, un medio de ganarse la vida, sino que tiene que convertirse y ser un medio para aprender y enseñar a vivir, a defender la vida donde quiera que esté amenazada, a convivir con el otro diferente, a dar vida, a dar la vida. Anatole France decía que “Nunca se da tanto como cuando se da esperanza”. No podemos renunciar a nuestra vocación de constructores de historia. La educación exige la convicción de que es posible el cambio, implica la esperanza militante de que los seres humanos podemos reinventar el mundo en una dirección ética y estética distinta a la marcha de hoy. Esperanza crítica, no ingenua, que necesita del compromiso y sobre todo del testimonio coherente para hacerse historia concreta.

El Cardenal Suenens declaraba: “Felices los que tienen la audacia de soñar y están dispuestos a pagar el precio necesario para que su sueño tome cuerpo en la Historia”. Pero hay que anunciar y vivir una esperanza creíble. No se trata de esperar sentados. Esperamos andando, caminando. Según Marcuse, “la esperanza nos ha sido dada para servir a los desesperanzados”. O como escribe Casaldáliga: “De esperanza en esperanza caminamos, esperanzándonos, esperanzando”. No sólo hacemos camino andando. Somos camino.

Por ello, sólo es digna de crédito la esperanza que se da, la esperanza que se arriesga, la que lucha contra toda injusticia y contra toda mentira y contra todo conformismo. Sólo es esperanza cristiana aquella que se alía con los Pobres de la Tierra y “echa con ellos su suerte”. Siguiendo a Aquel que fracasó delante de los poderes religiosos, económicos e imperiales, y fue excluido “fuera de la ciudad” como un subversivo maldito colgado de una cruz, pero que es el resucitado que “hace nuevas todas las cosas”, revolucionando todas las conciencias y todas las estructuras. “En la Pascua creemos, Pascua somos”. Santa Teresita de Lisieux solía repetir: “Mi locura mayor es la de esperar”. Y hacemos nuestros los versos de Don Pedro Casaldáliga:

*Yo me atengo a lo dicho:
La Justicia,
a pesar de la Ley y la costumbre,
a pesar del Dinero y la Limosna.
La Humildad,
para ser yo, verdadero.
La Libertad,
para ser hombre.
Y la Pobreza,
para ser libre.
La Fe, cristiana,
para andar de noche,*

y sobre todo para andar de día.

Y en todo caso, hermanos,

yo me atengo a lo dicho:

¡La Esperanza!

Los genuinos educadores debemos ser sembradores de esperanza y trabajar con pasión por la transformación profunda del mundo que vivimos, poniéndole un rostro humano a la actual globalización. Es urgente, en consecuencia, que recobremos la dimensión profética para denunciar los ídolos que causan la muerte (violencia, egoísmo, corrupción, injusticia, avaricia...) y anunciar con valor al Dios de la Vida, que nos invita a recrear el mundo y nos promete que El va a estar con nosotros alentando nuestros esfuerzos y nuestras luchas. Necesitamos ser profetas que resucitemos las palabras, sacudamos con ellas las conciencias y levantemos las vidas de la mediocridad, de la desesperanza, de la insensibilidad y el aburrimiento. Profetas que promovamos las ganas de vivir con avidez, con intensidad, profetas capaces de devolverle la dignidad al ser humano, que cultivemos el orgullo de ser personas, que despertemos la pasión de ser hombre y mujer, de aceptar la aventura de llegar a ser humanos, plenamente humanos. Profetas capaces de leer con los ojos y el corazón de Dios la profunda crisis de nuestro mundo, para poder decir con valor y con pasión lo que Dios quiere y espera que digamos. Profetas que encarnemos en nuestras vidas los valores que buscamos, para que nuestras palabras sean hechos, testimonios.

El educador-profeta denuncia y anuncia. Denuncia las estructuras de injusticia y de violencia, denuncia la hipocresía y la mentira, y anuncia con entusiasmo un futuro lleno de esperanza. Denuncia para convertir, para "salvar al hombre realizándolo" (Morin), para ganar a las personas al compromiso con la vida, a realizar su vocación de creadores. Denuncia y anuncia con entusiasmo. Por ello, vive con intensidad todo lo que hace y le sucede. No se amilana ante las dificultades, no se acobarda ante los problemas, sino que los enfrenta con decisión. Comunica a compañeros y alumnos energía, optimismo realista y trata de crearles un hábito de pensamiento positivo, capaz de sacar siempre lo mejor de cada situación.

Por ello, celebra la vida y canta con los poetas:

Veo un nuevo día.

Un nuevo día que llegará

cuando las nubes borrascosas hayan pasado

y resplandezca el sol

en un mundo nuevo y libre.

Veo un nuevo día.

*Un mundo nuevo que llega
en el que todos los hombres serán hermanos
y el odio quedará olvidado para siempre.
Veo un nuevo día.
Un hombre nuevo que avanza erguido
con la cabeza levantada y el corazón orgulloso,
sin miedo,
de nada ni de nadie.*

(J. Rice)

*Vendrá un día más puro que los otros;
estallará la paz sobre la tierra
como un sol de cristal. Un fulgor nuevo
envolverá las cosas.
Los hombres cantarán en los caminos,
libres ya de la muerte solapada.
El trigo crecerá sobre los restos
de las armas destruidas
y nadie verterá la sangre de su hermano.
El mundo será entonces de las fuentes
y las espigas, que impondrán su imperio
de abundancia y fresca sin fronteras.
Los ancianos tan sólo, en el domingo
de su vida apacible,
esperarán la muerte,
la muerte natural, fin de jornada,
paisaje más hermoso que el poniente.*

(J. Carrera Andrade).

Quiero terminar este capítulo con dos textos sencillos, en los que yo suelo abreviar mi Fe y mi Esperanza, sobre todo en momentos difíciles y con un cuento. El primer texto es de Eduardo Galeano:

Nosotros tenemos la alegría de nuestras alegrías y también tenemos la alegría de nuestros dolores, porque no nos interesa la vida inodora que la civilización de consumo vende en los supermercados y estamos orgullosos del precio de tanto dolor que por tanto amor pagamos. Nosotros tenemos la alegría de nuestros errores, tropezones que muestran la pasión de andar y el amor al camino; tenemos la alegría de nuestras derrotas porque la lucha por la justicia y la belleza valen la pena también cuando se pierden. Y sobre todo tenemos la alegría de nuestras esperanzas en plena moda del desencanto, cuando el desencanto se ha convertido en

un artículo de consumo masivo y universal. Nosotros seguimos creyendo en los asombrosos poderes del abrazo humano.

Es la misma idea que expresó con sencillez, ya en el ocaso de su vida, Paulo Freire, un hombre que siempre permaneció radicalmente fiel al pueblo y a sus búsquedas de una genuina educación para la libertad: *“Reconozco los obstáculos pero rechazo acomodarme en silencio, o simplemente ser el eco vacío, avergonzado o cínico del discurso dominante”.*

El cuento es, si no me equivoco, de origen filipino:

Una terrible sequía castigaba sin misericordia a los habitantes de aquel país lejano. Cada mañana el sol brotaba inexorable y recorría su camino de fuego matando ríos, secando campos, agostando las cosechas. Los pocos rebaños lloraban de sed alrededor de los pozos resecaos. Si no llovía pronto, todos morirían.

Estuvieron de acuerdo en que la sequía era un castigo de los dioses por sus numerosos pecados. Había que organizar una acción de desagravio. Todos los hombres importantes fueron citados a la casa comunal. Llegaron los ricos con sus joyas, los sacerdotes con sus inciensos y oraciones, los guerreros con sus armas, los sabios con sus filosofías y sus libros. Pero los dioses seguían sordos ante sus sacrificios y sus súplicas.

Al tercer día, se acercó una niña con un paquete en sus brazos. Tocó la puerta y, cuando le abrieron, dijo que les traía lo que los dioses estaban esperando.

Algunos se molestaron mucho porque, además de hacerles perder el tiempo, les distrajo de sus oraciones y plegarias. ¡Qué iba a tener esa niña capaz de quebrar el fuerte enojo de los dioses! Pero algunos, por curiosidad, opinaron que debían abrir el paquete. Cuando lo hicieron, el cielo comenzó a nublarse. Para sorpresa de todos, el paquete contenía un paraguas. Ninguno de ellos había tenido la suficiente esperanza para llevarlo consigo por estar seguros de que iba a llover.

En la actualidad, el mundo está sufriendo de una terrible sequía y la educación languidece bajo los rigores de un largo verano. ¿Tenemos los educadores la esperanza suficiente para acudir con nuestros paraguas todos los días a nuestra misión de sembrar entusiasmo y construir personas plenas, capaces de enrumbar el mundo y levantar sobre el actual desconcierto la civilización del amor?

6. Educar el cuerpo avivado por el espíritu

Una genuina educación integral de calidad debe, como venimos repitiendo, educar a toda la persona, educar el ser espiritual que somos. Lamentablemente, todavía son muy numerosas las personas que están atrapadas en una concepción dualista que opone cuerpo y alma, espíritu y materia, espiritualidad y acción. En el uso corriente de la lengua, la palabra espiritual se usa para expresar lo opuesto a material, corporal, temporal. Lo espiritual aparece como sinónimo de evasión, alienación, renuncia al goce y al disfrute de la vida y del cuerpo. Las personas espirituales son percibidas como aquellas que se dedican a las cosas “divinas”, al rezo, a las actividades religiosas, que se la pasan en la iglesia y en el culto. En esta concepción todavía muy extendida, la espiritualidad tiene muy poco que ver con las actividades cotidianas, como el cocinar, el enseñar, el gobernar, con la vida familiar, con la sexualidad, con la educación de los hijos, con la política, con la diversión, con el ocio. Todo esto son cosas “mundanas”, que tienen muy poco o nada que ver con lo espiritual. De ahí que cuando se dice que una persona es muy espiritual, la gente piensa en una persona lánguida y rezandera, que se mueve entre prácticas religiosas muy frecuentes, que parece vivir allá arriba, en las nubes, poco preocupada y menos ocupada de la vida cotidiana, de los problemas de este mundo, de la materialidad de la existencia. Es una persona que parece haber renunciado a su misión de sujeto histórico, de constructor de vida, de recreador permanente del mundo y vive refugiado en una interioridad lánguida, preocupado por la salvación de su alma, adorador de un Dios sin prójimo, quejándose tal vez de lo mal que está el mundo o incluso considerando que nuestros problemas son castigo de Dios, pero sin comprometerse con valor en su cambio y transformación.

Estos conceptos de espíritu y espiritualidad como realidades opuestas a lo material, a lo corporal, a lo mundano, provienen de la cultura griega, que hemos asimilado con naturalidad y que ha condicionado toda nuestra visión de lo espiritual y de lo religioso. Para el pensamiento bíbli-

co, espíritu no se opone a materia, ni a cuerpo, sino a maldad (destrucción); se opone a carne, a muerte (la fragilidad de lo que está destinado a la muerte); y se opone a la ley (imposición, miedo, castigo). En este contexto semántico, espíritu significa vida, construcción, fuerza, acción, libertad. El espíritu no es algo que está fuera de la materia, fuera del cuerpo, o fuera de la realidad real, sino algo que está dentro, que inhabita la materia, el cuerpo, la realidad, y les da vida, los hace ser lo que son; los llena de fuerza, los mueve, los impulsa; los lanza al crecimiento y a la creatividad en un ímpetu de libertad⁴⁶.

La espiritualidad no es, por consiguiente, para huir de la realidad, sino para sumergirse en ella y tratar de humanizarla. La espiritualidad no niega la vida, sino que le da un verdadero sentido desde la relación consigo mismo, con los otros, con la naturaleza y con Dios. Espiritualidad es comunión con Dios, con los hermanos y con la naturaleza. Buscar el cielo es trabajar por la tierra.

En hebreo, la palabra espíritu, *ruah*, significa viento, aliento, hálito. El espíritu es como el viento: ligero, potente, arrollador, impredecible... Es como el hálito de la respiración: quien respira está vivo; quien no respira está muerto. El espíritu no es otra vida sino lo mejor de la vida, lo que le da vigor, la sostiene y la impulsa.

En eso consistió precisamente Pentecostés, la llegada del Espíritu, que se expresó como fuerza y fuego, como huracán arrollador, que cambió a unos asustados apóstoles que estaban con las puertas trancadas por temor a los judíos, en unos testigos valientes, llenos de ímpetu y creatividad, que salieron a proclamar con valor y convicción a Jesús Resucitado, el grano de trigo que murió para dar vida, el "Hombre que venía de Dios"⁴⁷. El espíritu los llenó de valentía, transformó su corazón acobardado, los hizo vencedores del miedo y de la muerte, los convirtió en comunidad misionera, que se lanzó a anunciar al mundo entero a Jesús Resucitado.

En palabras del teólogo alemán J. Moltman, vivir en contacto con el Espíritu de Dios "no conduce a una espiritualidad que prescinde de los sentidos, vuelta hacia adentro, enemiga del cuerpo, apartada del mundo, sino a una nueva vitalidad del amor a la vida". Por lo tanto, es una espiritualidad de ojos profundos y contemplativos, capaces de ver con mise-

46 Ver Casaldáliga-Vígil, **Espiritualidad de la liberación**, Sal Terrae, Santander, 1992, págs. 23-25.

47 Ver J. Moingt, **El hombre que venía de Dios** (dos tomos). Desclée de Brower, Bilbao, 1995.

ricordia los rostros dolientes de los hermanos; espiritualidad de manos parteras de la vida, siempre tendidas al necesitado; de pies solidarios, capaces de “hacerse prójimo” del golpeado y herido; de oídos abiertos, atentos a los gritos de dolor y los cantos de gozo de nuestro mundo; de boca profética que denuncia y anuncia que el Reino ya está entre nosotros, aunque no en su plenitud, y permite sentir y gustar el sabor de la presencia/ausencia de Dios; de entrañas de misericordia preñadas de vida; de corazón apasionado, latiendo en cada aliento de vida. Una espiritualidad de cuerpo sexuado, que se hace encuentro no discriminatorio, que se hace piel cuyos límites abarcan no sólo las pequeñas fronteras del yo sino el mundo entero y el cosmos que reconoce como cuerpo de Dios”⁴⁸.

Educar el cuerpo espiritual que somos va a suponer:

6.1. Educar los ojos para aprender a mirar

Mirada contemplativa capaz de observar y admirar el milagro que se oculta en una flor, una gota de agua, un pájaro, una piedra, la sonrisa de un niño, un rostro arrugado por el peso de los años o del sufrimiento.

Hoy, esclavizados al televisor y los aparatos electrónicos, nos estamos volviendo incapaces de contemplar la belleza del universo y el milagro que es todo. Como dice un proverbio oriental, “si miras un árbol y sólo ves un árbol, no sabes observar. Si miras un árbol y ves un misterio increíble eres buen observador”.

Einstein solía decir que podíamos vivir como si no existiera el milagro o vivir como si todo fuera un milagro. Desgraciadamente, la sociedad de consumo, la publicidad, las propagandas y las modas van programando y domesticando nuestra mirada para que veamos la realidad desde los intereses del mercado, de modo que valoremos lo superficial y seamos incapaces de ver lo profundo de la vida. Al perder la capacidad de admiración y asombro, ya no sabemos reconocer las cosas que realmente merecen la pena y nos hundimos cada vez más en la trivialidad, sensible-ria y superficialidad.

Benjamín González Buelta escribe: “El que tiene una mirada utilitaria, posesiva, clasificatoria, devoradora, no ve más que la exterioridad de las personas y de las cosas, utilizando lo que llega a sus sentidos para

48 Mcfague, S. Modelos de Dios. **Teología para una era ecológica y nuclear**. Sal Terrae, Santander, 1991, p. 126 y ss.

satisfacer sus propias necesidades. Su conocimiento es superficial y se apodera de lo que encuentra en su camino para sobrevivir a costa de los demás. El que tiene una mirada contemplativa, servicial, respetuosa, cálida, admirada, descubre la dimensión de misterio que habita todo lo que existe, el dinamismo que atraviesa por su centro todo lo creado, la transcendencia que engarza cada instante nuestro y cada fragmento con toda la aventura divina de los siglos”⁴⁹.

Ruben Alves llega a plantear que la primera tarea de la educación es enseñar a ver en profundidad. Para ello, hay que aprender a mirar, pues vemos pero no miramos, no sabemos mirar⁵⁰, no somos capaces de detener la mirada y abrirnos al misterio de la existencia y de la vida. Ver es fácil. Es un fenómeno biológico. Mirar en cambio, requiere atención y tiempo. Atrapados en las prisas y la superficialidad transitamos por la vida como si viajáramos en un autobús sin ventanas, ajenos a lo que sucede a nuestro alrededor. En cierto sentido, como piensa Saramago, todos estamos ciegos. Somos ciegos que pueden ver, pero que no saben mirar. Esta misma idea la había ya expresado Platón en su República cuando dice que el arte de educar no consiste en infundir al alumno la facultad de ver porque ya la posee, sino en saber dirigir la mirada. En cierto sentido, y como plantea González Buelta, “todos somos ciegos de nacimiento, totales o parciales, porque hemos crecido en sistemas educativos, sociales y religiosos que nos han enseñado una mirada aviesa y limitada”⁵¹.

Diego no conocía la mar. El padre, Santiago Kovadloff, lo llevó a descubrirla.

Viajaron al sur.

Ella, la mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando.

Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, la mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad de la mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura.

Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre:

-¡Ayúdame a mirar!⁵²

49 Benjamín González Buelta, **Ver o perecer. Mística de ojos abiertos**. Sal Terrae, Santander, 2006, pág. 187.

50 El tema de la ceguera es recurrente en la obra del novelista portugués José Saramago. Pueden verse, en especial, sus novelas “Ensayo sobre la ceguera” y “Ensayo sobre la lucidez”.

51 Benjamín González Buelta, op. cit., pág. 194.

52 Eduardo Galeano, **El libro de los abrazos**. Siglo XXI Editores, México, 1994.

Una educación integral de calidad debe, en consecuencia, educar la mirada y enseñar a contemplar, sobre todo en estos tiempos en que la realidad virtual está apartando a muchos del mundo real. Mirar nos va a permitir ver más allá de las apariencias, de lo obvio y de las máscaras con que muchos se ocultan y tratan de tapar la realidad. Todos necesitamos aprender a mirar para no confundir las imágenes interesadas que nos ofrecen los que quieren robarnos la visión; para ser capaces de admirar las vidas que dan vida, y superar la ceguera programada que pretende que sólo tengamos ojos para los idolillos del mundo del deporte, los espectáculos, y la moda con que tratan de domesticarnos y doblegar nuestros corazones.

La mirada contemplativa nos debe llevar a descubrir en todo la presencia de Dios:

Cuentan que una tarde Francisco de Asís empezó a tocar las campanas como si se tratara de anunciar un incendio. La gente salió asustada de sus casas, y cuando le preguntaron a Francisco qué estaba pasando, les dijo con sus ojos atrapados por la fascinación: "Vean ese increíble atardecer y alaben en él la presencia de Dios".

Todo en el mundo es revelación de Dios. Todo vocea su presencia. En cada sonido está el eco de su voz, en cada color un destello de su mirada. Todo es revelación, pero no sabemos mirar. La mirada contemplativa nos permitirá descubrirlo jugando con los hijos, y si levantamos la mirada, podremos verlo caminar con la nube, desplegar su fuerza en el rayo y descender mansamente con la lluvia. Lo podremos contemplar sonriendo en las flores y agitando con la brisa las hojas de los árboles. Lo podremos contemplar en la canción del agua, en la súplica del mendigo, en la fatiga del obrero.

Mirada fraternal para que seamos capaces de vernos como hermanos

Un viejo rabino preguntó a sus discípulos si sabían cómo se conoce el momento en que termina la noche y comienza el día.

-¿Cuando ya podemos distinguir a lo lejos entre un perro y una oveja? -le preguntó uno de ellos.

El rabino contestó:

-¡No!

-¿Será cuando ya se distingue en el horizonte una ceiba de un samán? -se aventuró otro de los discípulos.

-¡Tampoco! -respondió con convicción el rabino.

Los discípulos se miraron desconcertados:

-Entonces, ¿cómo se sabe? –preguntaron ansiosos.

El viejo rabino los miró con sus ojos mansos de sabio y les dijo:

-Es cuando tú miras el rostro de cualquiera y puedes ver en él la cara de tu hermano o de tu hermana. En ese momento comienza a amanecer en tu corazón. Si no eres capaz de eso, sigues en la noche.

En un mundo diverso, plural y profundamente inhumano, y en un país como Venezuela donde estamos rotos, divididos, terriblemente polarizados, necesitamos con urgencia aprender a mirarnos para ser capaces de vernos como conciudadanos y hermanos y no como rivales, amenazas o enemigos. El conciudadano es un compañero con el que se construye un horizonte común, un país, un nuevo mundo, en el que convivimos en paz a pesar de las diferencias. El ciudadano genuino entiende que la verdadera democracia es un poema de la diversidad y no sólo tolera, sino que celebra que seamos diferentes. Diferentes pero iguales. Precisamente porque todos somos iguales, todos tenemos el derecho de ser y pensar de un modo diferente dentro, por supuesto, de las normas de la convivencia que regulan los derechos humanos y los marcos constitucionales.

La mirada fraternal debe ser también una mirada capaz de verse en los ojos del otro, que se pregunta por qué lo veo así y por qué él me ve de esta manera. Mirada profunda, crítica, que trata de ir al fondo de los conflictos y problemas, y no se contenta con explicaciones superficiales, con repetir slogans, consignas, frases hechas, o lo que dicen los medios de comunicación que, cada vez más, ya no reflejan la realidad sino que la crean.

Mirada amorosa que acompaña, respeta, acerca, genera confianza. Mirada capaz de “ponerse en los zapatos del otro”, para comprender más que juzgar su actuación. Mirada que posibilita el renacer del otro. Mirada que acompaña, que hace reír, que ayuda a contemplar el mundo y las personas con ojos nuevos. Mirada que habla de reconciliación, de cariño, de esperanza. Mirada, en consecuencia, creadora, capaz de ver al hermano en el rival o diferente, el mundo posible en el actual desconcierto y división.

Aprendamos a mirar y enseñemos a mirar para descubrir en cada rostro a un hermano. Hoy se habla mucho de libertad e incluso de igualdad, pero hemos olvidado la fraternidad. Por eso, la libertad e igualdad proclamadas languidecen sin vida verdadera.

Mirada inclusiva de todos, en especial de los más carentes y necesitados

“Lo esencial es invisible a los ojos. Sólo se ve bien con el corazón”, escribió Saint Exupéry en **El Principito**. La mirada con el corazón se esfuerza por comprender al otro y es capaz de acercarse a su cultura, sus preocupaciones, sus modos diferentes de expresión, celebración y vida, su dolor, su agresividad, sus problemas, sus miedos. Es una mirada cariñosa que no excluye a nadie, sino que incluye a todos, que acoge, estimula, supera las barreras, da fuerza, construye relaciones.

En general, la exclusión escolar reproduce la exclusión social. Son precisamente los alumnos que más necesitan de la escuela los que no ingresan en ella, o los que la abandonan antes de tiempo, sin haber adquirido las competencias mínimas esenciales para un desarrollo autónomo. Las escuelas de los pobres suelen ser unas pobres escuelas que contribuyen a reproducir la pobreza. Si a todos nos parecería inconcebible que los hospitales y clínicas enviaran a sus casas a los enfermos más graves o que requieren atención y cuidados especiales, todos aceptamos sin problemas que los centros educativos expulsen a -o permitan que se vayan- los alumnos más necesitados y problemáticos y se queden sólo con los mejores.

Una educación inclusiva debe revisar, para superarlos, los mecanismos de exclusión (tanto para entrar como para permanecer en los centros), que con frecuencia son muy sutiles. No olvidemos que está muy latente el peligro de que cada vez más, la educación, en vez de ser un medio para democratizar la sociedad y compensar las desigualdades de origen, lo sea para agigantar las diferencias: buena educación para el que tiene posibilidades económicas y capacidad para exigir, y pobre o pésima educación para los más pobres o carentes.

Si queremos evitar que la educación de los pobres reproduzca y perpetúe la pobreza, debemos garantizarles una escuela que evite su fracaso, una escuela que no los excluya ni bote, una escuela que los prepare para desenvolverse eficazmente en el mundo del trabajo y de la vida, de modo que la sociedad no los excluya, y con una sólida formación ética de modo que ellos a su vez no se conviertan en excluidores.

¿Cómo leer el fracaso desde el sistema educativo y desde la sociedad y no desde los alumnos? ¿Cómo dejar de preguntarnos por qué fracasan en la escuela la mayoría de los alumnos más necesitados, y preguntarnos más bien por qué fracasa la educación con ellos? Detrás de cada alumno que fracasa, se oculta el fracaso del sistema educativo,

el fracaso del maestro o profesor, el fracaso de la familia, el fracaso de la sociedad. Posiblemente, un alumno fracasa porque no somos capaces de brindarle lo que necesita.

De ahí la necesidad de practicar la discriminación positiva, es decir, privilegiar y atender mejor a los que tienen más carencias, para así compensar en lo posible las desigualdades y evitar agrandar las diferencias. No puede ser que abandonen la escuela o que ni siquiera ingresen en ella los que más la necesitan. En este sentido, Estado y Sociedad deben aunar esfuerzos para que en los centros educativos que atienden a los alumnos más carentes y con serias deficiencias, se les garantice una verdadera educación integral de calidad. Esto implica jornadas más extensas y más intensas y dotación de buenas bibliotecas, comedores escolares, salas tecnológicas, talleres y laboratorios, canchas deportivas, lugares para estudiar e investigar con comodidad, actividades extraescolares atractivas. Implica también trabajar para lograr los mejores maestros y profesores, con vocación de servicio, orgullosos de su profesión, con expectativas positivas de sí mismos y de los alumnos, motivados y que gozan enseñando, en formación permanente, no para acumular títulos y engordar currículos, sino para desempeñar mejor su labor y servir con más eficacia a los alumnos, capaces de impulsar una pedagogía del amor, la alegría y el asombro, que promueva la motivación, autoestima y deseos de aprender de sus alumnos.

En momentos en que impera la cultura de la inseguridad y de la muerte, los centros educativos deben ser reductos de vida, bellos y atractivos en el aspecto físico y en el ambiente y clima social que se respira, en los que todos y cada uno de los alumnos se sientan tomados en cuenta, respetados y queridos.

Mirada compasiva que se conmueve y mueve ante el dolor de los demás

“Ojos que no ven, corazón que no siente”, dice un viejo refrán. Pero también es cierto al revés: “Corazón que no siente, ojos que no ven”. Muchos viendo no ven, pues no es lo mismo ver que comprender lo que se ve. Muchos ven la realidad de hambre, violencia, miseria, pero no les conmueve porque su corazón no siente. Son como el sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano: vieron al golpeado del camino, pero siguieron de largo. No fueron capaces de verlo con los ojos del corazón, no se compadecieron, es decir, no padecieron con su dolor, por eso siguieron de largo, aunque Lucas deja bien claro que sí lo vieron. Sólo el buen samaritano vio con el corazón, por ello hizo suyo el dolor del herido,

se compadeció, se acercó, sanó sus heridas y lo llevó donde pudieran atenderlo.

No debemos confundir compasión con lástima. José Laguna nos ofrece un itinerario para otro mundo posible siguiendo los pasos de la Parábola del Buen Samaritano, y escribe: “La compasión comparte el sufrimiento del otro: padece-con. La lástima participa de la conmoción de la compasión pero desde la distancia existencial del que se sabe lejos de la situación del que sufre. La compasión derriba las asimetrías que pueden darse en la relación ayudador-ayudado. Compadecido y compadecedor se saben igualmente vulnerables. La compasión prevé reciprocidad: ‘hoy por ti, mañana por mí’. La lástima no contempla verse en el lugar del compadecido, la relación que establece con él es asimétrica... La sociedad neoliberal es muy lastimera y poco compasiva, se conmueve y recauda donativos ante las grandes crisis humanitarias; es muy eficaz organizando mercadillos solidarios, telemaratones, y enviando al lugar de la tragedia a sus profesionales de la solidaridad... La compasión bien entendida se pregunta por los desajustes estructurales que laten detrás de cada desgracia. Ante la devastación producida por un terremoto es absurdo buscar culpables, pero es obligado preguntarse por qué un sismo de 7,3 grados en Haití (12 de enero de 2010) mata a 250.000 personas, mientras que días después, un temblor quinientas veces más potente cobra ‘solo’ 711 víctimas en Chile; ¿por qué en las catástrofes naturales el número de muertos suele ser inversamente proporcional al PIB per cápita?... La compasión también se pervierte cuando se hace del sufrimiento un espectáculo televisivo. Salvo honrosas excepciones, cuando las televisiones se ocupan de los márgenes, lo hacen buscando las aristas morbosas, los personajes freakies y la lágrima fácil; no se detienen en analizar las causas estructurales que sustentan la marginación. En la sociedad del espectáculo, la desgracia ajena entretiene, divierte y, raramente, nos hace más conscientes y sensibles...”⁵³.

Para enseñar la compasión eficaz que ataca las raíces de la miseria y la exclusión, los educadores necesitamos aprender a mirar la realidad con ojos compasivos; y aprender a mirar a cada alumno, sobre todo a los más débiles y golpeados por la vida, con los ojos del corazón para poder acercarnos con cariño a su dolor y sus heridas e intentar sanarlas. En

53 José Laguna, “Hacerse cargo, cargar y encargarse de la realidad. Hoja de ruta samaritana para otro mundo posible”. **Cristianisme i Justícia. ¿Y si Dios no fuera perfecto? Hacia una espiritualidad simpática**. Cuaderno N. 102 y Cuaderno N. 127. En www.cristianismeijusticia.net.

los ojos de los educadores todos los alumnos deben sentirse acogidos y queridos. La mirada cariñosa y compasiva es capaz de descubrir talentos y posibilidades donde los demás sólo ven carencias y problemas. Una sonrisa, una palmada, una palabra de aliento son capaces de romper resistencias y barreras. Sólo si nosotros aprendemos a mirar compasivamente podremos enseñar a mirar con ojos sensibles, capaces de contemplar el dolor ajeno, el rostro de la opresión y la injusticia, los destellos de bondad y generosidad en tantas personas buenas.

6.2. Educar la lengua para bendecir (decir bien) y hablar palabras verdaderas

Cuentan que el fabulista Esopo estuvo un tiempo al servicio de Xantu. Un día, lo envió al mercado a que comprara lo mejor que hallara. Esopo fue y compró una lengua.

-¿Eso es lo mejor que encontraste?

-Sí, con la lengua podemos expresar amor, verdad, alabanza, ánimo...La lengua permite a los hombres comunicarse, entenderse.

Pasado un tiempo, el patrón volvió a enviar a Esopo al mercado y le pidió que, en esta oportunidad, le trajera lo peor que pudiera encontrar. Esopo fue y volvió con otra lengua.

-Eso fue lo peor que encontraste?

-Sin duda. Con la lengua podemos calumniar, mentir, ofender, chismear, injuriar.

Con las palabras podemos hacer reír o llorar, hundir o levantar, aturdir o sublimar. Una palabra puede ser una caricia o una bofetada. Hay palabras que duelen más que golpes y causan heridas en el alma muy difíciles de curar.

Necesitamos aprender a bendecir, (bene-dicere: decir bien) hablar positivamente, evitando toda palabra desestimuladora, ofensiva, hiriente, que separa o siembra discordia. Lamentablemente, en Venezuela, nos estamos acostumbrando a la violencia verbal. El hablar cotidiano y el hablar político reflejan con demasiada frecuencia la agresividad que habita en el corazón de las personas. De las bocas brota con fluidez un lenguaje duro, implacable y procaz. Palabras ofensivas e hirientes, dichas con la intención de ofender y despreciar, descalificar y destruir. Por ello, en Venezuela, las palabras, en vez de ser puentes de comunicación y encuentro, son muros que nos separan y dividen. Palabras convertidas en rumor que sobresalta, en grito o bofetada que busca herir. Palabras, montones de palabras muertas, retórica sin contenido, mera gimnasia verbal, sin verdad. Dichas sin el menor respeto a uno mismo ni a los demás, para

salir del paso, para confundir, para arrancar aplausos, para ganar tiempo, para acusar a otro, sin necesidad de aportar pruebas y aun sabiendo que es inocente, para sacudirse de la propia responsabilidad.

Todo genocidio empieza siempre con la descalificación verbal del adversario, que crea las condiciones para el desprecio, el maltrato e incluso la desaparición física. Los colonizadores europeos llamaron salvajes e irracionales a los indios, los esclavistas calificaron de bestias a los negros, los nazis denominaban ratas y cerdos a judíos y gitanos, los comunistas soviéticos calificaban como hienas a los disidentes, los torturadores sólo ven en sus víctimas a bestias subversivas. “Gusano, animal, chusma, perraje, escuálido, pitianqui, agente del imperio, ultraderechista, zambo...”, una bofetada verbal para sembrar odio, división, imposibilidad de encuentro.

Nunca llegaremos a la paz ni a la convivencia provocando el desprecio y la mutua agresión. ¿Qué paz se podrá lograr entre personas que se insultan y no respetan mutuamente sus ideas diferentes? ¿Por qué tenemos que despreciar, ofender y considerar como enemigo a alguien sólo porque piensa de una forma distinta? No podemos olvidar que el adversario es tan venezolano y tan patriota o más que yo, con derecho a expresar y defender sus ideas aunque sean completamente diferentes a las nuestras. Sólo quienes buscan con espíritu abierto y lucidez fórmulas de convivencia política nos acercarán a la paz. Con posturas dogmáticas y humillantes nunca construiremos un país próspero y de genuinos ciudadanos. Nunca llegaremos a la paz si seguimos introduciendo fanatismo y ofensas, si se coacciona a las personas con graves amenazas e insultos y se busca reducir al silencio al que piensa diferente. Cuando en una sociedad la gente tiene miedo para expresar lo que piensa, se está destruyendo la convivencia democrática.

Necesitamos con urgencia una educación que nos enseñe a dominar nuestra agresividad y pronunciar palabras positivas, que animen, que entusiasmen, evitando toda palabra ofensiva o chismosa. Como decía Diderot, “El que te habla de los defectos de los demás, con los demás hablará de los tuyos”. Yo sueño con que, algún día, frente a todos los centros educativos del país, pudiéramos poner una gran valla que dijera: “Aquí está prohibido hablar mal de nadie”. Para ello, deberíamos todos aprender a pasar nuestras palabras por los tres coladores:

En cierta ocasión, un hombre se acercó a Sócrates y le dijo:

-Tengo que contarte algo muy grave de un amigo tuyo.

Sócrates lo miró profundamente con sus ojos de sabio y le preguntó:

-¿Ya pasaste lo que me quieres contar por la prueba de los tres coladores?

-¿Qué prueba es esa?-le dijo desconcertado el hombre.

-Si no lo sabes, escúchame bien. El primero de los tres es el colador de la verdad. ¿Estás completamente seguro de que es cierto lo que me quieres contar?

-En realidad, seguro, seguro, no. Creo que es cierto porque lo escuché de un hombre muy serio, que no acostumbra mentir.

-Si eso es así, con toda seguridad que no lo pasaste por el segundo colador. Se trata del colador de la bondad.

El hombre se sonrojó y respondió con timidez:

-Ciertamente que no.

Sócrates lo miró compasivamente y siguió diciéndole.

-Aunque hubieras pasado lo que quieres decirme por estos dos primeros coladores, todavía te faltaría el tercero, el de la utilidad. ¿Estás seguro que me va a ser realmente útil lo que quieres contarme?

-¿Útil? En verdad, no.

-¿Ves? -le dijo el sabio-, si lo que me quieres contar no sabes si es verdadero, y ciertamente no es ni bueno ni provechoso, prefiero que no me lo digas y lo guardes para tí⁵⁴.

Necesitamos, en consecuencia, recuperar una palabra cercana y sincera que posibilite y favorezca la genuina comunicación. Comunicarse es abrir el alma. Con frecuencia, hablamos y hablamos, pero no nos comunicamos. Hablamos y las palabras son trampas con las que nos ocultamos. Palabras devaluadas, como moneda gastada, sin alma, sin valor. Dichas sin el menor respeto a uno mismo y al otro, para atrapar, para herir, para seducir, para engañar, para dominar. Por eso, palabras tan graves y serias como “lo juro”, “lo prometo”, “te amo”, “cuenta conmigo”..., encierran con frecuencia la mentira, la traición, el abandono, la soledad.

La tecnología moderna ha hecho más importante el medio que el mensaje. Ni los celulares, ni los correos electrónicos, ni los blogs, ni las páginas web, ni los twitters nos están ayudando a comunicarnos mejor. Nos la pasamos enviando mensajes a los que están lejos, pero somos incapaces de comunicarnos con los que tenemos cerca. Se han puesto de moda las redes por internet, pero raramente nos comunicamos con los compañeros de trabajo que tenemos al lado. En consecuencia, a pesar de tener los más sofisticados aparatos de comunicación, las personas viven cada vez más solas, sin nadie a quien comunicar sus miedos,

54 Antonio Pérez Esclarín, **Nuevas parábolas para educar valores**. San Pablo, Caracas, 7ª reimpresión, 2009.

angustias, problemas. Vivimos extraños en la misma casa, en la misma cama, repitiendo rituales vacíos, chateando tal vez con personajes lejanos e incluso desconocidos, sin comunicarnos con los miembros de nuestra familia, escuchando en silencio al televisor que es el único personaje de la casa al que se le presta verdadera atención.

De ahí la importancia de aprender a decir palabras positivas y verdaderas. Va a ser imposible construir un país y un mundo nuevo si la palabra no tiene valor alguno, si lo falso y lo verdadero son medios igualmente válidos para alcanzar los objetivos, o si utilizamos la palabra como arma arrojada contra el otro. Hoy día se miente mucho y sin el menor pudor. Algunos mienten tanto que hasta han perdido la conciencia de que están mintiendo y llegan a convencerse de que lo que dicen es verdad. Y la publicidad y la retórica hueca de los politiqueros han hecho de la mentira la llave de su éxito. Vivimos en un mundo de charlatanes y alchuetes, atrapados en el sonido vacío de su palabrería estéril. Por ello, es urgente devolverle a la palabra su valor. Educar para que la palabra sea expresión de vida, compromiso. “Que mi palabra vaya por delante”, como todavía dicen algunos campesinos cuando se comprometen con alguien. Y uno sabe que si empeñan su palabra, no hace falta documento notariado alguno, pues cumplirán con su palabra cueste lo que cueste.

Por ello, necesitamos palabras encarnadas en la conducta y en la vida. Palabras maduras en el silencio del corazón. Desde el silencio, a la palabra y al encuentro. Sólo se podrá comunicar el que es capaz de distanciarse del clima de rumores, del ruido de la publicidad y las propagandas y es capaz de crear un ambiente de silencio en su interior, si se torna disponible, si presta atención, si se abre a la reflexión de su propia palabra para hacerla testimonio. No olvidemos nunca que, como le gustaba repetir al maestro cubano José Martí, “El mejor modo de decir es hacer”, o como dice el viejo refrán castellano “Obras son amores y no buenas razones”. Sólo palabras-hechos, sólo la coherencia entre discursos y políticas, entre proclamas y vida, nos podrá liberar de este laberinto que nos asfixia y nos destruye.

“En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba ante Dios y la Palabra era Dios” (Juan 1,1). Jesús es la Palabra inagotable de Dios, una palabra de amor y de perdón. Jesús, Palabra de Dios, siempre vivió lo que decía. Palabra y vida siempre fueron juntas. Por eso, vivió lo que proclamaba y su vida fue su principal enseñanza. Fue, por eso, el Maestro por excelencia. Los educadores debemos esforzarnos por educar con la palabra y con el ejemplo de vida, de modo que no neguemos con nuestras acciones y conducta lo que proclaman nuestros labios.

Por último, necesitamos también como ha escrito Manuel Ramírez⁵⁵ aprender a decir gracias, a agradecer lo mucho que hemos recibido y que estamos recibiendo en cada momento. Todo lo que somos y tenemos es regalo. Agradecer une, genera alegría, construye puentes. Agradecer es incrementar la intensidad de la vida. Muchos piensan que dar las gracias expresa debilidad, cuando es todo lo contrario pues demuestra autonomía, fortaleza y una gran sensibilidad. La expresión “gracias” no es una mera fórmula de cortesía o buena educación. Es, sobre todo lo demás, una palabra mágica, que acerca y une a las personas, que facilita el encuentro y el perdón. La gratitud es el arte de saborear la vida con agrado.

6.3. Educar los oídos para aprender a escuchar y escucharse

El abad les dijo a los monjes:

-Para comprender al hermano hay que escucharlo. Escuchar no es lo mismo que oír, ni siquiera que oír con atención, es mucho más.

Aquella noche un joven novicio se acercó al abad y le pidió que le explicara lo que les había dicho, pues no terminaba de entenderlo.

El abad tomó una esponja seca y dejó caer sobre ella unas gotas de agua.

-¿Comprendes ahora?

-Creo que sí –respondió el novicio⁵⁶.

Hablamos y hablamos pero escuchamos y nos escuchamos poco. Sin embargo, tenemos dos orejas y una sola boca, lo que parece indicar que deberíamos escuchar el doble de lo que hablamos. Es mucho más difícil aprender a callar, que aprender a hablar. De hecho, y como decía Ernest Hemingway, “se necesitan dos años para aprender a hablar y sesenta para aprender a callar”. Por ello, “es mejor callar y que sospechen de tu poca sabiduría que hablar y eliminar cualquier duda sobre ella” (Abraham Lincoln). Sobre la puerta principal de entrada de un monasterio medieval había esta inscripción “Habla tan sólo cuando estés seguro de que tu palabra es más importante que el silencio”.

55 Manuel Ramírez, **El País**, Madrid, 25-06-06.

56 Antonio Pérez Esclarín, **Parábolas para vivir en plenitud**, San Pablo, Caracas, 2da reimpresión, 2007.

La verdadera escucha supone dejarse penetrar por las palabras, consentir que nos toquen y que nos traigan los pensamientos, las emociones, los sentimientos del que las dice. La escucha implica disposición a cambiar las propias ideas. La verdadera escucha supone atender con todo el cuerpo. Sólo si uno escucha atentamente, podrá oír la canción profunda del propio corazón y del corazón del otro.

Por todo esto, necesitamos con urgencia aprender a escuchar. Escuchar antes de diagnosticar, de opinar, de juzgar, de descalificar. Partir de lo que el otro dice, cómo lo dice, por qué lo dice. Escuchar viene del latín: *auscultare*, término que se lo ha apropiado la medicina, y denota atención y concentración para entender y poder ayudar. Escuchar, en consecuencia, las palabras y los gestos, los silencios, los dolores y rabias, los gritos de la inseguridad y el miedo. Escuchar a los sin voz, escuchar los gemidos de Dios en el dolor de los hombres. Escuchar lo que se dice y lo que se calla y cómo se dice y porqué se calla. Escuchar también las acciones, la vida, que con frecuencia niegan lo que se proclama en los discursos. Muchos deshacen con sus pies lo que intentan construir con sus palabras: “El ruido de lo que eres y haces no me deja escuchar lo que me dices”.

Escuchar para comprender y así poder dialogar. El diálogo exige respeto al otro, humildad para reconocer que uno no es el dueño de la verdad. El que cree que posee la verdad no dialoga, sino que la impone, pero una verdad impuesta por la fuerza deja de ser verdad. Si yo sólo escucho al que piensa como yo, no estoy escuchando realmente, sino que me estoy escuchando en el otro. El diálogo supone búsqueda, disposición a cambiar, a “dejarse tocar” por la palabra del otro. En palabras del poeta Antonio Machado: “Tu verdad, no; la verdad: ven conmigo a buscarla”. El diálogo verdadero implica voluntad de quererse entender y comprender, disposición a encontrar alternativas positivas para todos, opción radical por la sinceridad, respeto inquebrantable a la verdad, que detesta y huye de la mentira.

Necesitamos aprender a escuchar y también escucharnos para ser capaces de dialogar con nuestro yo profundo, para ver qué hay detrás de nuestras palabras, de nuestros sentimientos, de nuestras poses e intenciones, de nuestro comportamiento y vida; para intentar ir al corazón de nuestra verdad, pues con frecuencia, repetimos fórmulas vacías, frases huecas, aceptamos sin ninguna criticidad “la verdad de los míos”.

Para poder escucharnos, necesitamos de más silencio y soledad. Soledad para encontrarnos, para comunicarnos con nosotros mismos, para ir a la raíz de nuestra vida. Pero aturdidos de ruidos, gritos, cháchara y palabrería hueca, nos cuesta mucho adentrarnos en el silencio. Por eso

nos estamos volviendo tan superficiales y nos dejamos manejar por propagandas, por promesas, por modas, por charlatanes llenos de retórica hueca. Por eso también, mentimos con tanta facilidad o utilizamos las palabras para insultar, para ofender, para atemorizar, para engañar.

El que no es capaz de quedarse consigo mismo a solas y en silencio, difícilmente madurará como persona, y vivirá en la superficialidad y la banalidad, aburrido y solo, incomunicado y triste, lleno de palabras vacías y de mentiras, manejado por su propia ambición o por propagandas e idolillos que acaparan por completo la atención de su corazón.

El silencio es el fruto de la soledad creadora. Soledad buscada para adentrarse dentro de uno mismo, para comprenderse, escucharse y hablarse. El silencio es la última palabra, la mejor palabra, del encuentro. Sólo el que es capaz de entrar en lo profundo de su propia intimidad podrá comunicarse en profundidad. Sólo el que es capaz de sumergirse en el silencio podrá escuchar en realidad las voces y los silencios de los otros. Y hasta será capaz de escuchar el griterío de las flores, las ásperas voces de las piedras, el rumor de las cascadas y torrentes que nos cuentan los misterios y maravillas del universo con sus labios de agua.

La voz del silencio se hace imprescindible en un mundo tan lleno de ruidos, para poder avanzar hacia un diálogo cada vez más rico y humanizador. El silencio es el diálogo del enamorado, es el clima de la unión. Los que se aman de verdad no necesitan de palabras para expresar su profundo amor. Están ahí, al lado del otro, escuchando sus latidos, amándose con la mirada. Las mamás pasan horas embelleciendo a sus hijitos con su mirada amorosa y los enamorados conocen bien que los ojos acarician mucho mejor que las manos y que hay miradas silenciosas que valen más que largas declaraciones y discursos. El silencio crea hombres y mujeres para la escucha y para la comunicación. La persona silenciosa, que sabe escucharse y escuchar, crece hacia adentro, se adentra en lo profundo y es capaz de cultivar palabras verdaderas. Palabras que animan, que siembran confianza, que tumban prejuicios y barreras, que calientan corazones.

6.4. Educar la nariz para aprender a oler y olfatear

Aprender a oler calmadamente para disfrutar el olor de las mandarinas, piñas y guayabas; el aroma de los pinos, las rosas y azucenas; el perfume de la piel de los bebés; y embriagarnos con la respiración fuerte de océanos y mares, con la sequedad de los desiertos, con la humedad lujurante de las selvas.

Educación de la nariz para percibir la fetidez de la miseria inhumana, la heidiondez de la sangre derramada por la violencia y de la tierra arrasada por las bombas. Para ser capaces de percibir el olor a podrido que desprenden algunos cuerpos bellos y bien cuidados, cubiertos de joyas y perfumes, que levantaron sus riquezas de la explotación, la corrupción, el robo, la rapiña; o que son incapaces de compadecerse ante la miseria de los demás.

Educación de la nariz para poder apreciar el olor bueno, a santidad, de tantos cuerpos envejecidos por el trabajo, la entrega y el servicio; de tantos sudores y esfuerzos en el empeño tenaz de construir un mundo más humano y mejor.

Educación de la nariz y tener olfato para saber apreciar las oportunidades, las segundas intenciones, los peligros, lo que se oculta detrás de las apariencias. Olfato para ir más allá de los rumores, para no contentarse con las explicaciones superficiales e interesadas de los medios y poder deslindar la verdad de la falsa información y de la desinformación. Olfato para analizar la coyuntura y tener una visión propia y objetiva de lo que sucede y así poder incidir en su transformación.

Educación de la nariz para no meterla donde no debemos ni ir olfateando las vidas de los demás.

6.5. Educar las manos para acariciar y ayudar

Cuenta una leyenda que hace muchos años vivían tres hermosas princesas en un palacio real. Una mañana, mientras paseaban por el maravilloso jardín con sus fuentes y rosales, empezaron a preguntarse cuál de las tres tenía las manos más hermosas. Elena, que se había teñido los dedos de rojo agarrando unas fresas, aseguraba que las suyas eran las más hermosas. Antonieta, que había estado cortando rosas y sus manos habían quedado impregnadas con su perfume, no tenía la menor duda de que las suyas eran las más bellas. Juana había metido los dedos en el arroyo cristalino y las gotas de agua brillaban como diamantes. También ella estaba convencida de que sus manos eran las más hermosas.

En esos momentos llegó una muchacha menesterosa que les pidió una limosna. Las princesas, al ver su aspecto sucio y lamentable, pusieron cara de asco y se fueron de allí. La mendiga pasó a una cabaña que se hallaba cerca donde una mujer tostada por el sol y de manos toscas y manchadas por el trabajo, le dio un pan.

Cuenta la leyenda que la mendiga se transformó en un ángel que apareció en la puerta del jardín y les dijo a las princesas:

-Las manos más hermosas son aquellas que están dispuestas a bendecir y ayudar a sus semejantes.

Necesitamos educar las manos para que estén siempre abiertas a la ayuda y el servicio y no se cierren en puño que amenaza y golpea. Manos que acarician y recorren con cariño la insondable geografía de un cuerpo amado, y son capaces de reconocer el estremecimiento de la piel, la rugosidad de las rocas, el escalofrío del terciopelo. Manos que saludan con afecto, que aplauden con júbilo los triunfos ajenos, que dan pero también reciben y agradecen. Manos que sanan, dan calor, protegen, acortan distancias, apartan obstáculos, construyen puentes. Manos que toman otras manos, que enseñan y consuelan, que limpian heridas. Manos hábiles, trabajadoras, que asumen con ilusión su tarea y tratan de buscar la perfección en todo lo que hacen. Manos encallecidas por el servicio y el trabajo. Como las de Dios:

*Dios tiene las manos sucias
el pelo despeinado
su ropa huele a tierra y a sudor
sus modales son rudos.
Sí, porque Dios está en el pobre que
encontramos en la calle,
el mendigo que interrumpe nuestros pasos
el obrero de manos callosas
el muchacho que vende periódicos
el mecánico embadurnado de grasa.
Dios está en el obrero de manos callosas
y frente bañada de sudor
luchando por sembrar la justicia
por sembrar el amor
en medio de protestas y rebeldías.
Así es Dios,
siempre ocupado, construyendo un ideal.
Pero hay quienes lo imaginan
sentado en su trono celestial
limpio, sereno, inmaculado
rodeado de ángeles puros,
y entonces piensan que seguir a Dios
es apartarse del mundo que les rodea*

*y caminan en la orilla con las manos juntas,
limpios, tranquilos, felices de vivir allí.
De vez en cuando meten las manos en el mundo
para hacer una buena acción
que es más bien un tranquilizante de conciencia
y procuran no mancharse
no contaminarse con la suciedad
y vuelven a tomar su camino
convencidos de que siguen a Dios.
Pero se olvidan que Dios tiene las manos sucias
y que vive con los pobres
y que quien quiere seguirle
debe disponerse a ensuciarse las manos.
Dios está aquí, con sus hijos predilectos:
los pobres.
¿De qué sirve si te vas por la orilla?
Dios quiere que te ensucies las manos con Él
que te enredes en la trama humana
como lo hace Él.
No te ocultes en el manto de Dios
para no tener nada que ver con los que te rodean.
Dios lucha en el hombre de hoy
y cuenta contigo⁵⁷.*

Manos entregadas a construir un mundo según el sueño de Dios, porque debemos convencernos de que Dios no tiene otras manos que las nuestras:

El paisaje era desolador. La guerra recién terminada había dejado marcas de muerte y destrucción por todas partes. Los habitantes de aquella pequeña aldea intentaban reconstruirla a partir de los escombros. Una vez que medio parapetearon sus viviendas, se dedicaron a reconstruir la iglesia. Poco a poco, fue creciendo como una enorme promesa de esperanza. De las ruinas habían logrado rescatar algunos trozos del bellissimo Cristo que, antes de la guerra, presidía el altar central. Varios artistas se esforzaron por rescatar la estatua con los pedazos que encontraron, pero les fue imposible recuperar las manos, que tal vez se convirtieron en polvo.

57 Antonio Pérez Esclarín, **Nuevas parábolas para educar valores**. San Pablo, Caracas, 7ª reimpresión, 2009, págs. 72 y ss.

Fue pasando el tiempo y llegó el día de la inauguración del templo reconstruido. La población que acudió en masa estaba ansiosa por ver cómo había quedado su queridísimo Cristo. Cuando retiraron la sábana blanca que cubría la imagen, pudieron ver que la estatua no tenía manos. Pero todos quedaron sorprendidos cuando pudieron leer el cartel que había colocado el artista en el lugar de las manos: “Yo no tengo manos, pero puedo contar con las tuyas”.

6.6. Educar los pies, para caminar al encuentro del otro, pero también para detenerse a reflexionar y contemplar

Pies solidarios, dispuestos siempre a salir en ayuda del necesitado. Pies ágiles, capaces de trazar caminos nuevos, de aventurarse a ir contra corriente, en dirección opuesta al rebaño y la manada, para abrir rumbos a la esperanza y el amor. Pies en permanente éxodo, siempre en busca de nuevos horizontes, dispuestos a labrar caminos de autenticidad. Pies capaces de salirse del camino establecido y dar un rodeo para buscar al herido, al golpeado del camino, al que se perdió o se cansó y detenerse en su auxilio. Pies fuertes, dispuestos a no claudicar ante los obstáculos y la fatiga en el esfuerzo tenaz de construir un mundo mejor. Pies que celebran y agradecen la vida con el baile, el deporte y la fiesta.

Pies también capaces de detenerse a reflexionar, a saborear la vida, a contemplar. Hoy vivimos cada vez más agitados y estresados, perseguidos por la prisa, y no nos alcanza el tiempo para hacer todo lo que tenemos que hacer. Nos estamos volviendo incapaces de saborear el néctar que es la vida. Corremos cada vez más y curiosamente cada vez llegamos menos. No tenemos tiempo para comer, para orar, para reflexionar, para divertirnos, para disfrutar de la calma y del silencio. Parecía que las nuevas tecnologías nos iban a aliviar el trabajo, pero nos lo han complicado y multiplicado. Por ello, cada vez somos más incapaces de “perder el tiempo” conversando con los amigos o los hijos, o disfrutando de un amanecer o una puesta de sol.

En nuestra cultura, como ha escrito José Carlos García Fajardo, ser lento es sinónimo de ser torpe, tonto o inútil. Se imponen la rapidez y la impaciencia, todo tiene que hacerse “al momento”. Por ejemplo, hoy una espera de quince segundos ante el ascensor se hace insoportable, parecen no terminar nunca los minutos de silencio que se decretan en homenaje a algún fallecido, y por mucha alta velocidad o banda ancha de la que se disponga, nos enerva que no aparezca rápidamente una página en internet. Cualquiera que observe el día a día de nuestras ciudades verá una vorágine de sujetos corriendo desesperadamente de un lugar

para otro. Muchas personas, si pudieran, desearían que el día tuviera el doble de horas o la posibilidad de incluso no dormir, ya que supone una pérdida de tiempo.

¿Qué nos pasa? ¿Hemos incrementado la felicidad con ese modo de vivir? ¿Somos más eficaces? La experiencia demuestra que todos nos quejamos de las prisas pero sucumbimos a ese ritmo frenético. ¿Es una condición irrenunciable de la vida moderna o algo imposible de cambiar? ¿Nos ayuda a ser más personas? Quizá, si fuéramos conscientes de la situación y de las consecuencias que provoca, deberíamos aprender a desacelerar el ritmo de nuestra vida para disfrutar más de todo lo que nos sucede; aprender a detenernos, hacer un alto en el camino y preguntarnos si en verdad estamos yendo con tanto agite y tanta prisa a donde deberíamos ir. No olvidemos que lo más importante en la vida es aprender a conocerse, quererse y emprender el camino de la propia realización con los demás y no contra los demás, lo que va a requerir dedicar mucho tiempo a la reflexión calmada y al viaje tranquilo al interior de uno mismo. En algunos países se ha creado el movimiento “slow”, personas que pretenden desacelerar sus vidas, tomarlo todo con calma, disfrutar cada momento, aprender a vivir en paz, sin tanto agite y tanta prisa.

6.7. Educar para valorar y cuidar el cuerpo sin esclavizarse a él

-¿Tiene usted pantalones talla 32?

Verónica hizo la pregunta con miedo, ruborizándose. Era la quinta tienda que visitaba.

-No, muchacha, tenemos sólo hasta la talla 28. Si quieres estar a la moda, te toca rebajar. ¡A ponerse a dieta!

La madre de Verónica empezó a preocuparse:

-¿Qué te pasa, hija?, te la pasas llorando y no comes nada. Si sigues así, te vas a morir.

-¿Acaso no ves lo gorda y horrible que estoy? Por supuesto que no te das cuenta porque tú estás como un hipopótamo. Heredé, claro, tu cuerpo. No sé por qué me pariste. Hubiera preferido no nacer o nacer de una mamá delgada y elegante y no de ti, que eres una gorda espantosa⁵⁸.

58 Antonio Pérez Esclarín, **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas, 2ª reimpresión, 2007, pág.107 y ss.

La moda, caduca y pasajera, es de una tiranía avasallante. Se ceba sobre todo en los jóvenes, las víctimas privilegiadas para imponer la religión del consumo y el culto al cuerpo perfecto, de modelo, que unos pocos se esfuerzan por alcanzar y exhibir y la mayoría añora en silencio.

La moda es joven, la publicidad utiliza preferentemente cuerpos delgados, de apariencia etérea y juvenil. Tras ese sueño de cuerpo estilizado, muchedumbres de jóvenes y de no tan jóvenes, castigan sus cuerpos con dietas, aerobics, gimnasios, cirugías estéticas..., y viven pendientes de las calorías, el colesterol, los triglicéridos, las bebidas "light" y los alimentos sin grasa. Como plantea Benjamín González Buelta, "en la balanza y el espejo se afina la autoestima o su ausencia". Llamarle a una persona gordo o gorda es un insulto terrible y no hay mejor piropo que decirle a alguien que ha rebajado. Cada día está resultando más difícil y angustiante ser feo, gordo o viejo.

Los charlatanes y comerciantes sin ética ni moral se ceban en esta cultura y levantan grandes fortunas prometiendo dietas milagrosas, cremas, parches, pastillas que, en cuestión de días o semanas, te logran un cuerpo de modelo.

Y aquí se asienta una radical contradicción: mientras presentan como ideal el cuerpo esbelto y delgado, la cultura del consumo nos mete por los ojos, los oídos y las narices, miles de chucherías, manjares, bebidas y comida chatarra que equivalen a darle un cheque en blanco a la gordura. La vida sedentaria que, para la inmensa mayoría, reduce la práctica de los deportes a verlos en la televisión, es otra incitación al sobrepeso. La ansiedad y el estrés propios de la vida moderna, provocan, por lo general, ganas de comer. La prisa hace que comamos rápido y mal, "comida chatarra", buen camino hacia la obesidad.

No todas las jóvenes (y en menor medida los jóvenes) son capaces de resolver sin traumas mayores esta contradicción de la propuesta de un cuerpo esbelto y la cultura del consumo. En los países desarrollados, la anorexia es la tercera enfermedad crónica más común entre adolescentes blancas. De 100 anoréxicas, 90 viven en países desarrollados o pertenecen a las minorías privilegiadas de los países pobres.

Las personas anoréxicas pierden hasta el 60 por ciento de su peso normal por ayunos o reducción extrema de la comida. Si comen, se sienten culpables y recurren al vómito, al abuso de laxantes o al ejercicio agotador. Las personas anoréxicas terminan aislándose de la sociedad. No quieren que las vean porque, aunque estén delgadísimas, se perciben gordas y feas, o tienen pánico a engordar.

La anorexia se ha identificado como una enfermedad de moda. Sin embargo, es un problema muy grave. La mortalidad que provoca es una

de las mayores causadas por trastornos psicopatológicos. Sólo un cuarenta por ciento logra curarse por completo.

Una enfermedad parecida es la bulimia nerviosa. Las que la padecen no pueden dejar de comer en cantidades enormes, y luego se provocan vómitos. La bulimia suele presentarse hacia los 17 años y generalmente surge como consecuencia de no haber logrado los resultados esperados después de una dieta estricta. Entonces, las pacientes se atiborran de todo tipo de comida y, como a continuación se sienten culpables, recurren a los laxantes o se provocan vómitos.

Al igual que la anorexia, la bulimia responde a las exigencias de una sociedad que incita a la comida e impone al mismo tiempo la delgadez como ideal. Publicidad para comer, publicidad para adelgazar. La moda, la presión familiar, la fantasía inalcanzable de artistas y modelos causan estragos en muchas jóvenes con problemas de autoestima o predisposición genética.

Si bien es cierto que estas enfermedades son más propias de los países del Primer Mundo, la cultura globalizada que impone en todo el mundo los estereotipos y modelos de belleza castiga cada vez con más fuerza a nuestras jóvenes.

Es importante cuidar el cuerpo y preocuparse por la salud, pero sin esclavizarse, ni obsesionarse. Una buena salud corporal, el sentirse a gusto con el propio cuerpo, es un elemento esencial para la adecuada maduración de la afectividad, de la inteligencia, de la creatividad y para el logro de una buena salud mental. Hoy más que nunca, en estos tiempos de ansiedad, estrés, sedentarismo, pero también de hambre, agotamiento físico y envejecimiento precoz, necesitamos una educación que aspire para todos al ideal clásico de “mens sana in corpore sano” (mente sana en cuerpo sano).

El cuidado de la salud exige garantizar la satisfacción de las necesidades más urgentes y esenciales de todos. Con hambre, mala alimentación, sin condiciones higiénicas y sanitarias esenciales, no va a ser posible el desarrollo integral de la persona. Pero es fundamental saberse alimentar bien y sobre todo controlarse en el uso de drogas y de bebidas alcohólicas. La educación formal suele abordar el tema de las drogas, pero es urgente que, enseñemos y aprendamos a tomar licor con moderación.

Pocas cosas hay más agradables en la vida que compartir unos tragos con unos amigos o bajarse el calorón con unas cervecitas, sobre todo después de haber practicado algún deporte. El saber tomar con moderación es un factor importante de integración social, favorece la convivencia, reduce la tensión, deshinibe y provoca sensaciones de bienestar.

El licor no es malo, lo malo es abusar de él, permitir que el alcohol nos domine o que la botella se adueñe por completo de nosotros.

En Venezuela el consumo de alcohol es muy alto y es un gravísimo problema social, económico y familiar, causante de la gran parte de la violencia (verbal, física y sexual) intrafamiliar, y de numerosas muertes en riñas callejeras que enlutan los hogares venezolanos sobre todo los fines de semana. No hay duda alguna de que cuanto más alcohol, más violencia. Sabemos también que la mayor parte de los accidentes automovilísticos tienen su origen en que el chofer manejaba después de haber bebido más de lo debido. De ahí toda esa campaña publicitaria de “Si has tomado, no manejes”, que no parece estar surtiendo el efecto deseado. Por otra parte, numerosas investigaciones comprueban que el problema del alcoholismo se está extendiendo cada vez más a dos sectores de la población con los que antes no solía asociarse: las mujeres y los adolescentes. Incluso parece ser que el alcohol (y por supuesto también otro tipo de drogas no lícitas) está muy relacionado, no sólo con la violencia, sino también con el inicio precoz de las relaciones sexuales, con toda su secuela de embarazos no deseados, madres-niñas, y enfermedades de transmisión sexual. También está asociado a gran parte de las infidelidades, pues el alcohol origina la pérdida del control emocional, la deshinibición y la ruptura de normas éticas que llevan a actuar de un modo que no sería posible con el juicio sano.

De ahí la necesidad de que familias y centros educativos se planteen como uno de sus objetivos esenciales educar a la población para beber con responsabilidad, único medio eficaz para prevenir el alcoholismo, pues la experiencia nos confirma que sirven de muy poco las prohibiciones, pues incluso lo prohibido tiene un mayor atractivo. Esta tarea educativa no va a ser fácil pues en Venezuela está muy difundida la cultura que asocia el beber con la borrachera y que incluso considera que los fines de semana y días de fiesta son para beber, es decir, para emborracharse. De hecho, una reciente investigación indica que aproximadamente la mitad de los varones venezolanos mayores de 18 años reconoce beber regularmente de modo excesivo.

Para educar a beber con responsabilidad hay que empezar a llamar las cosas por su nombre e indicar que emborracharse es expresión de egoísmo, debilidad de carácter y falta de voluntad; que no es ninguna virtud, sino un vicio muy bajo y deplorable; que emborracharse es degradarse a un nivel inhumano, castigar su salud y bienestar y castigar sobre todo a los seres más queridos pues es la familia la que paga las principales consecuencias de tener que soportar unos seres que, en el menor de los casos, resultan muy pesados, fastidiosos, y con frecuencia suponen

una verdadera vergüenza para toda la familia. Si los borrachos fueran conscientes de lo ridículos que se ven y de lo mucho que hacen sufrir a sus seres queridos, actuarían de otro modo.

Este proceso educativo debe ir acompañado de algunos consejos prácticos que pueden contribuir a evitar la borrachera y el alcoholismo. Por ejemplo, beber lentamente, estirando lo máximo los tragos y, a poder ser, mezclándolos o intercambiándolos con agua si son fuertes. Nunca beber sin comer. Es un error muy grave que en las fiestas sirvan alcohol sin comida, pues se sabe que comer ayuda a procesar el alcohol e impide la borrachera. También ayuda hacer ejercicio, bailar, sudar..., mientras se toma. Y sobre todo, hay que suspender de inmediato la bebida si uno empieza a reírse con exageración, si siente que se le adormece la lengua, si empieza a abrazar a la gente y a decirle lo mucho que la quiere, si se considera el rey de la pista de baile, si empieza a discutir y levantar la voz, si comienza a echarle los perros a cualquiera o a hablar de lo mucho que aguanta tomando.

6.8. Educar la sexualidad para integrarla al amor

Una de las grandes urgencias de la educación es enseñar a vivir una sexualidad madura y responsable, integrada al respeto y al amor. Sobre todo en estos tiempos de erotismo sin alma, de explosión de una pornografía cruda y muy vulgar, de mercantilización de la sexualidad y reducción del amor a la mera genitalidad y a una especie de gimnasia corporal. Hay que liberar la sexualidad de la “banalización” y “animalización” reinantes y asumirla como expresión de creatividad y de vinculación comunitaria. Hoy, cuando es tan fácil “hacer el amor”, la mayoría de las personas siguen siendo “vírgenes de corazón”: se han acostado con varias personas o con muchas, pero su corazón sigue intocado. Nunca aprendieron a acariciarse con la voz, con el silencio, con la mirada, con el alma; nunca cultivaron la ternura, la comunión, ni sintieron que renacían a una nueva vida, hecha de renunciaciones y entregas, en los brazos del otro.

Hoy, la necesaria educación sexual se está limitando con demasiada frecuencia a aprender a evitar los embarazos no deseados y las enfermedades de transmisión sexual. Por supuesto que esto es un gran avance, pues ningún embarazo tiene que ser un “accidente no querido”, ni ninguna relación sexual debería ser causa de preocupaciones, miedos o enfermedades. Pero es urgente que avancemos a una educación sexual que se enmarque en la educación de la afectividad, de la responsabilidad, del sentimiento, del amor.

La sexualidad no puede reducirse a un fenómeno puramente biológico: a la experiencia genital, a la unión carnal. La sexualidad alcanza categoría humana cuando se enlaza en el misterio del amor, esencial en la existencia humana. El abrazo amoroso no puede reducirse a un mero entrelazamiento de los cuerpos sino que supone un diálogo profundo de los corazones que entregan la totalidad de su persona y comunican su ser más íntimo. Cuando no ocurre así, los impulsos sexuales van ganando terreno según su capricho, llegando a tiranizar la conducta, marcándole una línea obsesiva y machacona, que no libera al ser humano, sino que lo rebaja. Una sexualidad incontrolada, alejada del sentimiento y del amor, más que plenitud, produce hastío y vaciedad.

Herbert Marcuse abogó en los años sesenta por las teorías de la permisividad sexual de los niños con la idea de evitarles traumas posteriores debido a la represión y al sentido de pecado con que tradicionalmente las religiones han ligado la sexualidad cuando no tiene como fin la mera reproducción. De los 34 niños “usados” para experimentos en un jardín de infancia, durante cinco años, donde nunca se les dijo “no” a nada: 12 se suicidaron antes de los 55 años; 18 presentaron serios problemas de adaptación y convivencia y sólo 14 llevaron una vida normal.

De ahí que la verdadera educación sexual va mucho más allá de enseñar el uso del condón o de las pastillas anticonceptivas. Necesitamos una educación sexual que enseñe a valorar y respetar el cuerpo propio y el de los demás, capaz de unir placer con compromiso, que desarrolle inteligencia para amar y capacite para construir vínculos sanos y vitalizadores.

La sexualidad nos manifiesta la bondad de nuestro cuerpo sexuado como lugar de la comunicación y del encuentro amoroso, como lugar de la gracia festiva que se celebra en el placer del abrazo íntimo. La sexualidad nos permite expresarnos de un modo pleno y total y es fuente de gratitud y gratificación. Es importante aprender a intimar con el otro y, por ello, no podemos convertir las diferencias sexuales en mecanismos de subordinación, dependencia o maltrato, y debemos denunciar y rechazar todo comercio sexual que convierte al ser humano en mera mercancía de uso y abuso. No podemos degradar ni permitir que se degrade a la persona como si fuera una cosa. El ser humano siempre es alguien, una persona digna, que hay que respetar; no es algo, un objeto o una mercancía, que se utiliza para obtener placer y luego se desecha.

7. Educar para la ciudadanía: Somos ciudadanos del mundo e hijos de la aldea

La educación integral de calidad debe asumir a cada alumno como miembro de una determinada familia, una comunidad, una región, un país, un continente y un mundo, capaz por ello de valorar y aceptar su cultura, de afincar la identidad en sus propias raíces, de querer y defender la Patria, sin sensiblería, sin falsos patriotismos, con un amor que se transforma en esfuerzo para superar los problemas y para garantizar vida digna a todos los conciudadanos. Educar para amar lo propio, sin absolutizarlo, capaz por ello, de respetar y convivir con culturas y personas diferentes. Educar para aprender a vivir como ciudadanos del mundo sin dejar de ser hijos de la aldea.

De ahí que hoy una educación integral de calidad debería garantizar a todos las competencias esenciales para una sana convivencia y para el ejercicio de una ciudadanía responsable a nivel local y a nivel planetario:

-Aprender a no agredir ni física, ni verbal, ni psicológicamente a nadie, requisito indispensable para la convivencia social. La agresión es signo de debilidad moral e intelectual, y la violencia es la más triste e inhumana ausencia de pensamiento. Hay que aprender a resolver los conflictos mediante la negociación y el diálogo, de modo que todos salgan beneficiados de él, tratando de convertir la agresividad en fuerza positiva, fuerza para la creación y la cooperación, y no para la destrucción. La calidad de una institución o de una relación no se expresa por si tiene o no conflictos, sino por el modo en que los resuelve.

Los educadores deberíamos ser especialistas en resolver conflictos. Para ello, debemos perderles el miedo y aprender a considerarlos como oportunidades privilegiadas para educar. Los conflictos suelen ser válvulas de escape que deben ser analizados con cuidado para intentar comprender qué quieren expresar los alumnos con su comportamiento. ¡Cuánto avanzaríamos en la creación de un clima motivador si alumnos, maestros y padres nos percibiéramos como colaboradores y no como adversarios! Si nos esforzamos por entender lo que nos quieren decir los

alumnos cuando provocan conflictos, estaremos más próximos a resolverlos que si nos limitamos a reprimirlos.

No olvidemos nunca que todos los maestros y profesores tenemos poder, pero no todos tenemos autoridad. Recordemos que la palabra autoridad proviene del verbo latino **augere**, que significa alentar, animar, ayudar (las palabras auge y aunar, son primas hermanas de autoridad). Tenemos poder para mandar callar al alumno, para sacarlo del salón y enviarlo a la dirección, para bajarle puntos, castigarlo o ponerle una mala nota. Poder dado por la institución, por el cargo, pero la autoridad sólo nos la pueden dar los alumnos. Y sólo la darán si ven coherencia en nosotros, si se sienten queridos, si comprenden que en definitiva, nos preocupamos por ellos y buscamos su bienestar.

Sólo es deseable la autoridad que auxilia, que sirve, que aúpa, que empodera, que hace crecer. La genuina autoridad se esfuerza por crear una disciplina consensuada, que norma y regula el trabajo y la convivencia y por ello, está siempre al servicio de los alumnos, de su crecimiento y formación. Disciplina que no impone, humilla y cercena, sino que surge de la convicción personal y de las exigencias de la vida grupal. Disciplina que convierte a los alumnos en copartícipes de la programación, desarrollo y evaluación del proceso educativo y que les estimula a construir su personalidad. Disciplina orientada a crear un ambiente de trabajo, respeto y comunicación, donde los alumnos puedan expresarse con toda libertad, y los conflictos se resuelvan mediante el diálogo y la negociación para convertirlos en fuente de avance y desarrollo personal. Para ello, es conveniente trabajar con los alumnos la convicción y aceptación de que sus derechos terminan donde comienzan los derechos de los demás. Nadie tiene derecho a molestar, pararse, boicotear la clase si con ello está violando los derechos de los compañeros a la atención y el aprendizaje y los derechos del profesor al respeto y un ambiente propicio a la enseñanza.

Por lo general, los maestros y profesores que quieren a sus alumnos y son queridos por ellos, no suelen tener graves problemas de disciplina y, si los tienen, son capaces de resolverlos sin graves inconvenientes. ¿Y no es cierto que los castigos con frecuencia son muy poco educativos y suelen ser más bien una forma velada de venganza? Por ello, no castigemos a no ser que estemos convencidos de que el castigo es absolutamente imprescindible y, en este caso, preguntemos siempre a la persona sancionada si acepta el castigo, si le parece justo y si cree que le ayudará a corregir el problema.

La mayor parte de los conflictos en educación surgen porque las normas no están claras o no han sido suficientemente analizadas o asumi-

das. De ahí la importancia de construir, como venimos diciendo, con los alumnos las normas de disciplina o el manual de convivencia, basándose en el respeto y la comprensión. La disciplina es necesaria. Es imposible educar en un ambiente de irrespeto, violencia, o donde cada uno hace lo que le viene en gana. El problema radica en cómo proponer una disciplina que sea aceptada por todos como condición esencial para poder educar. La disciplina que ayuda, es aceptada sin problemas. La que reprime resulta odiosa y es rechazada. Es por ello, muy necesario que analicemos y cuestionemos con los alumnos las normas, el reglamento, el manual de convivencia, la pedagogía, la pertinencia o no de los contenidos que enseñamos, las formas de evaluar, buscando consensos y responsabilidades. La razón del cumplimiento de los deberes y obligaciones, del respeto mutuo, no se centra en el poder del docente, en las exigencias del reglamento, sino en la corresponsabilidad, en el acuerdo común, y en los objetivos y metas señalados comunitariamente.

En cuanto a la política, como unión de los iguales que son diferentes, es inconcebible la democracia sin conflictos. En palabras de Edgar Morin “la democracia exige consenso, diversidad y conflicto: La democracia constituye la unión de la unión y de la desunión; tolera y se alimenta de conflictos que le dan vitalidad”. Sólo las dictaduras que imponen por la fuerza un único modo de ver las cosas, impiden que afloren los conflictos y tratan de impedirlos o ahogarlos.

La democracia es un poema de la diversidad, y en consecuencia considera los conflictos como parte constitutiva de su propia esencia. Lo malo puede venir del modo como intentemos resolverlos. Ya desde Aristóteles y los pensadores griegos, el arte de la política consistía en resolver los conflictos mediante la palabra (de allí viene precisamente parlamento, nombre con que se conoce la Asamblea o el Congreso), el diálogo, la negociación, desechando cualquier recurso a la violencia, el engaño y la manipulación, que son medios propios de los pueblos primitivos y de las personas inmaduras. Mandar en vez de persuadir eran formas prepolíticas, típicas de déspotas y tiranos. Los que en nombre de la democracia, están dispuestos a recurrir a la violencia y a la guerra, no entienden lo que es la democracia, y ciertamente no podrán gestarla. El fin no justifica los medios, y ciertos medios imposibilitan el logro de determinados fines. No olvidemos que los frutos deben estar ya en la semilla, la cosecha en la siembra. Será imposible recoger convivencia, unión, inclusión, paz; si sembramos odio, división, exclusión, violencia.

Cuando los conflictos se tornan graves, es necesario convencerse de que no hay alternativa al diálogo y a la negociación, y que la verdad está siempre en el acuerdo. Los negadores del diálogo, los intolerantes, sólo

necesitan el discurso preconstituido y dogmático, que encontrarán en las diatribas de un demagogo, en los evangelios de su caudillo o en el fanatismo de su secta. Para ellos, la forma de hacer política es la violencia, y su causa está por encima de los demás.

-Aprender a comunicarnos, escuchar y dialogar. Como ya desarrollamos ampliamente estas ideas en capítulos anteriores, sólo recordaremos aquí algunos aspectos esenciales: si uno cree que posee la verdad, no escucha, sino que trata de imponerla a los demás. Pero una verdad impuesta deja de ser verdad, se convierte en mentira.

Hoy hablamos mucho, pero cada vez escuchamos y nos escuchamos menos. Pero no podemos olvidar que lo más importante para un diálogo verdadero no es tanto lo que se dice sino el modo en que se escucha. De ahí la importancia de aprender a conversar, escuchar, expresarse con libertad, argumentar, comprender al otro y lo que dice, defender con fuerza las propias convicciones sin agredir ni ofender al que las contradice. Una comunidad que aprende a conversar, aprende a convivir. Como dice el viejo refrán: "Hablando se entiende la gente". De ahí la importancia de que en educación recuperemos la pedagogía del diálogo, como tanto nos insistía Paulo Freire, y enseñemos a los alumnos a decir su propia palabra, y a escuchar sin ira ni mala sospecha las palabras distintas a las suyas.

-Aprender a interactuar con los otros, a valorar y aceptar las diferencias políticas, culturales, de raza, de género, sin convertirlas en desigualdades. Necesitamos, para ello, una educación que nos enseñe a amar la cultura de la vida compartida.

Hoy se habla mucho de la necesidad de ser tolerantes. Pero yo pienso con Gandhi que hay que superar la mera tolerancia para empezar a considerar la diversidad como riqueza. Es maravilloso que haya razas, costumbres, culturas, religiones, formas de pensar diferentes. El tesoro de la humanidad está precisamente en su diversidad creadora. Somos diferentes, pero todos pertenecemos a la "ciudadanía planetaria" (Morin); somos hijos de un mismo Dios, Padre y Madre de todos por igual, que nos ama a cada uno en nuestra especificidad y singularidad; y debemos considerar la Tierra como la Patria común de todos, que debemos cuidar, respetar y trabajar para que sus frutos alcancen a todos. La idea de unidad de la especie humana no debe borrar la de su diversidad. Precisamente porque todos somos iguales, tenemos derecho a ser diferentes y a ser respetados en nuestra diversidad. De ahí la importancia de aprender a vivir juntos los que somos diferentes, a reconocernos en la humanidad común y valorar como riqueza la diversidad cultural, de raza, de género, de dones, de talentos, de ideas, de pensamientos.

Una educación integral de calidad debe combatir decididamente todo tipo de discriminación y las variadas formas de dogmatismo, fundamentalismo e intolerancia de quienes pretenden imponer una única forma de pensar, de creer, de vivir. La diversidad y el respeto a las minorías son tan importantes como el gobierno de las mayorías. El fanatismo es odio a la inteligencia, miedo a la razón. Asumir la diversidad como riqueza es una gran oportunidad de enriquecimiento personal y colectivo, camino a la justicia y a la paz.

-Aprender a tratar con cortesía, a colaborar, es decir, a trabajar juntos, a decidir en grupo, a considerar los problemas como retos a resolver y no como excusas para ofender o culpar a otros. Esto implica la habilidad de la empatía, “ponerse en los zapatos o en la piel del otro”, e imaginar cómo es la vida de esa persona para comprenderla y comprender su modo de pensar y de actuar antes de juzgarla y criticarla:

Una noche de invierno extremadamente fría, un general cenaba dentro de su tienda. Una extraordinaria fogata y numerosas antorchas calentaban el ambiente. Después que hubo devorado un gran banquete bien regado con numerosos vasos de vino y algunas copas de brandy, el general sintió que el calor le ahogaba, y empezó a quitarse su abrigo de pieles.

-No sé qué está pasando con el clima, pero hace un tiempo rarísimo, muy anormal para esta época. Debería estar helando y el calor resulta insoportable.

Los soldados que, muy mal comidos, temblaban de frío afuera mientras hacían la guardia, oyeron lo que decía su general. Uno de ellos se atrevió a entrar en la tienda e hincándose de rodillas, le dijo a su jefe:

-Perdone usted, mi general, pero quiero asegurarle que el clima no ha cambiado en absoluto y que hace un tiempo completamente normal para esta época⁵⁹

Muchos se oponen a transformar el mundo porque a ellos les va muy bien. Encerrados en su paraíso de abundancia y de comodidades, son incapaces de ponerse en la piel de los que sufren, de los que pasan hambre, de los que no tienen ni un techo miserable para cobijar su desdicha y sus penalidades.

Para trabajar juntos, debemos aprender a ver lo positivo de cada persona más que sus defectos. Reconocer y alabar sus cualidades, sacar lo mejor de ellas, en vez de estar subrayando las deficiencias, como nos lo plantea la parábola “Asamblea en La Carpintería”:

59 Antonio Pérez Esclarín, **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas, 2ª reimpresión, 2007, pág. 90.

Cuentan que en la carpintería hubo una vez una extraña asamblea. Fue una reunión de herramientas para arreglar sus diferencias. El martillo ejerció la presidencia pero la asamblea le pidió la renuncia porque, según ellos, hacía demasiado ruido y golpeaba muy duro. El martillo aceptó su culpa, pero exigió que también fuera expulsado el tornillo. Alegaba que había que darle demasiadas vueltas para que sirviera para algo.

Ante el ataque, el tornillo aceptó también, pero pidió a su vez que fuera expulsada la lija. Era muy áspera en su trato, y siempre tenía fricciones con los demás. La lija estuvo de acuerdo, a condición de que fuera expulsado el metro, que se la pasaba midiendo a los demás según su medida, como si fuera el único perfecto.

En eso, entró el carpintero, se puso el delantal e inició su trabajo. Utilizó el martillo, la lija, el metro y el tornillo. Al rato, el pedazo tosco de madera que había agarrado el carpintero, estaba convertido en un hermosísimo camioncito de juguete.

Cuando la carpintería quedó nuevamente sola, la asamblea reanudó la deliberación. Entonces, tomó la palabra el serrucho y habló de este modo:

-Señores, ha quedado bien demostrado que todos tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades y virtudes. Eso es lo que nos hace valiosos. Así que no pensemos ya en nuestros defectos y esforcémonos por ver lo bueno que cada uno tiene.

La asamblea encontró entonces que el martillo era fuerte, el tornillo unía y daba fuerza, la lija era especial para afinar y limar asperezas, y descubrieron que el metro era preciso y exacto.

Se sintieron entonces un equipo capaz de producir y hacer cosas de calidad. Se enorgullecieron de sus fortalezas y en adelante trabajaron juntos⁶⁰.

Este excelente relato de Klerm nos muestra la importancia de aprender a vivir y a trabajar juntos a los que somos diferentes. Aprender a compartir, comunicarse, comulgar, valorar más lo que nos une que lo que nos separa. Se trata de no sólo tolerar las diferencias, sino de celebrarlas, de verlas como posibilidades que nos enriquecen. Es maravilloso que seamos diversos, que tengamos costumbres, religiones y dones diferentes. El mundo y la vida serían muy fastidiosos si todos pensáramos y actuáramos del mismo modo.

60 Antonio Pérez Esclarín, **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas, 2008, 3ª reimpresión, pág. 68.

La educación integral de calidad enseña a ver lo mejor de cada alumno, de cada persona y de cada pueblo sin excluir a nadie. Por ello, combate todo tipo de discriminación, racismo, fundamentalismo, desprecio, dominación. Cada persona debe esforzarse por llegar a ser lo que debe ser, sin pretender que los demás sean como él, valorando sus cualidades y talentos, y valorando igualmente los de los demás.

Educación para la convivencia implica que los centros educativos se configuren y estructuren como lugares de encuentro en la diversidad de género, de oportunidades, de raza, donde alumnos y educadores aprendamos, más por la vivencia que por el discurso, a respetarnos, ayudarnos, colaborar, trabajar en equipo, desterrando el individualismo que tanto se practica en los recintos escolares. Trabajar en equipo implica saber dar y recibir, corresponsabilizarse, estar abierto a descubrir lo positivo del otro, tener conciencia de las propias necesidades y carencias, comprender para ser comprendido.

Educación para la convivencia se traduce, en definitiva, en educar para el pluralismo, la tolerancia, el servicio y la solidaridad. Se trata de que todos los habitantes del mundo nos reconozcamos lo suficientemente semejantes para poder hablarnos y lo suficientemente distintos para tener algo que decirnos.

-Aprender a cuidarse, a cuidar a los otros, a cuidar el ambiente, las cosas colectivas, los bienes públicos que pertenecen a todos. Frente a la cultura consumista que genera violencia y destrucción de la tierra, hay que educar para la austeridad y el compartir, para la búsqueda de un desarrollo humano sustentable, que priorice la calidad de vida para todos sobre la cantidad de cosas. Debemos convencernos de que la sobrevivencia de la humanidad pasa por la convivencia y el respeto a la naturaleza y a los demás, y que el egoísmo, la violencia, el consumismo, el ecocidio y la discriminación son formas veladas de suicidio.

Debemos también aprender a esforzarnos y a trabajar con responsabilidad y calidad, medio esencial para garantizar a todos unas condiciones de vida digna en vivienda, alimentación, educación, trabajo, recreación..., como factores esenciales para la convivencia pacífica. Si gran parte de la población no cuenta con condiciones adecuadas de vida y apenas sobrevive penosamente, no será posible la convivencia. La defensa de los derechos humanos esenciales se transforma en el deber de hacerlos posibles y reales para todos. La paz verdadera se afianza sobre las bases de la justicia, la inclusión y la equidad. Por ello, hay que combatir la hipocresía que proclama los derechos de todos e impide su realización. La defensa de los derechos humanos esenciales se transforma en el deber de hacerlos posibles y reales para todos. Esto va a suponer, entre otras

cosas, impulsar unas políticas económicas vigorosas que promuevan la productividad, la eficiencia, la calidad y combatan la mentalidad facilista, limosnera, mesiánica.

Detrás de cada milagro económico –llámese milagro japonés, alemán, español... -aparece siempre un pueblo que ha creído en sí mismo y ha hecho del trabajo productivo el medio fundamental de levantar el país. En Venezuela, necesitamos con urgencia una educación que siembre el valor del trabajo, de las cosas bien hechas, de la responsabilidad, de la productividad, y combata el vivismo, la impuntualidad, la ineficiencia, la baja calidad. La educación actual, como lo venimos repitiendo, enseña a reproducir, a repetir, pero no a producir, a emprender, a crear. De ahí la necesidad de superar nuestra actual educación y pasar del aprendizaje de la cultura a la cultura del aprendizaje y de la productividad.

-Aprender a vivir y valorar la familia, cultura y religión, y a respetar las familias, culturas y religiones diferentes, dentro y fuera de cada país, combatiendo los dogmatismos, fundamentalismos e intolerancia de quienes quieren imponer una única forma de pensar, de creer, de vivir.

Para aprender a vivir y valorar nuestra familia, debemos intentar conocer la estructura de la familia popular venezolana. Para ello, vamos a guiarnos por los trabajos de dos eminentes sociólogos José Luis Vethencourt y el Padre salesiano Alejandro Moreno, que han estudiado concienzudamente la familia popular venezolana. Ambos sociólogos coinciden en afirmar que la familia venezolana, sobre todo en las clases populares, no está conformada por el modelo nuclear tradicional de padre, madre e hijos, sino que prevalece una estructura familiar atípica, que ellos llaman matricentrada, donde la pareja como institución familiar es muy débil. El hombre transita en torno a varias mujeres, en torno a varias familias, sin terminar de establecerse en ninguna. El padre se desentiende de los hijos y la mujer asume la responsabilidad casi total de su crianza. El padre queda ausente y la madre se convierte en el eje de la vida familiar. Incluso en los casos en que el hombre no se va del hogar, suele ser una figura distante y no se involucra en la educación y el cuidado de los hijos, tarea que le toca por completo a la madre.

El nexo que el hombre venezolano mantiene a lo largo de la vida es con su madre. El hombre venezolano siempre será hijo, mucho más que esposo o padre, por eso sólo tiene relación estable y duradera con la madre y lo materno. Los hijos le interesan mientras le interesa la mujer. Para él, la familia es la madre, con la que nunca terminará de cortar el cordón umbilical. El hijo siempre regresa a la madre. De hecho, es muy común encontrar ya hombres muy mayores, que han tenido varias experiencias

de pareja y han procreado distintos hijos, que en sus últimos años vuelven “a que mamá”, a cobijarse bajo sus alas protectoras.

Con frecuencia, la ausencia del padre la llenan los tíos maternos o los padrinos. De ahí la gran importancia que en Venezuela adquiere el compadrazgo, pues numerosas veces los padrinos son los que terminan respondiendo por las necesidades emocionales, de seguridad e incluso económicas de los ahijados.

La mujer por su parte, se emancipa de la madre a temprana edad, pues ella misma aspira a ser madre, reproduciendo así la estructura familiar prevaleciente. Por ello, si para el varón la familia es la madre, para la mujer la familia son los hijos. Ahora bien, aunque la familia es matricentrada, sigue siendo una familia eminentemente patriarcal. Es el hombre el que ocupa la posición de poder que, en casos demasiado frecuentes, cultiva un machismo desorbitado que considera a la mujer un ser inferior, buena sólo para la cama y el servicio.

La madre, como figura central de la familia venezolana, no está dispuesta a renunciar a este papel en una sociedad en la que, como acabamos de decir, se le niegan con frecuencia derechos esenciales. Por ello, la mujer aspira a compensar esta desventaja adueñándose por completo del privilegio emocional del hijo que es el capital de la madre. Cuantos más hijos tenga, mayor será su imperio emocional. El hijo concebido suplirá la ausencia del marido que pronto se marchará. Por todo ello, a la mujer más que el amor del esposo, le interesa el amor de los hijos. De este modo, reproduce la familia matricentrada y, tal como sostiene el Padre Moreno, la madre alimenta —o al menos tolera sin problemas— en el hijo el machismo y la conducta sexual promiscua, de forma que reproduce con otras mujeres la misma relación que el esposo tuvo con ella.

La madre suele ver en la nuera una competidora del amor exclusivo del hijo. Por ello, no suelen ser buenas las relaciones entre ellas. Sólo después que ambas han perdido al hijo-esposo que se ha alejado de ellas en busca de otra experiencia emocional y sexual, suelen acercarse afectivamente.

Sin embargo, a pesar de ser una familia matricentrada, la cultura patriarcal y machista está tan introyectada en el modo de ser de los venezolanos que numerosas mujeres consideran que los hombres son infieles por naturaleza e incluso algunas llegan a culparse cuando el hombre las abandona. Por ello, la infidelidad y el adulterio del hombre se consideran mucho menos graves que los de la mujer. De hecho, numerosas mujeres consideran que el hombre es un buen padre si responde por las exigencias económicas de los hijos, aunque se desentienda por completo de sus necesidades afectivas o emocionales. Y en las familias de clase me-

dia, donde es más común el modelo tradicional de familia (padre, madre e hijos), se considera normal e incluso aceptado socialmente que el hombre tenga un “segundo frente”, es decir, mantenga su amante.

Por todo lo que venimos diciendo, aprender a vivir en familia y a valorarla, va a exigir, en primer lugar, recuperar la figura de esposo. Sólo si el hombre empieza a comprender que, cuando se casa o se une a una mujer, su nueva familia es más importante que la familia de la madre (lo cual no indica ni mucho menos que la va a querer menos; al revés, la va a querer con un amor mucho más maduro, lo que implica independizarse de ella), estará poniendo bases firmes a su nacimiento como auténtico esposo y padre genuino. No olvidemos que la palabra sexo viene del latín, *secare*, que significa dividir. Somos seres divididos, en busca de nuestra integración. Uno tiende a fundirse en la persona del sexo opuesto para alcanzar su plenitud como persona. Esto va a suponer salir del nido materno para emprender el vuelo de la libertad y la autonomía, Por ello, como plantea Génesis, 2, 24, “el hombre abandonará a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne”. El matrimonio es un caminar juntos, construir con el otro un proyecto en común. Es un juntarse para ser, haciendo que el otro sea. Es encontrar la felicidad procurando la felicidad del otro. Se crea una realidad nueva donde el tú y el yo permanecen, a la vez que el yo vive en el tú y el tú en el yo. De este modo, se crea un nosotros definitivo, sin barreras, permanente. Dos en una misma historia, unidad de vida, un mismo viaje con el mismo destino.

El amor de pareja es una flor frágil. Es la experiencia más sublime del ser humano, pero también es la más exigente. Porque el amor consiste en que dos soledades se protejan, se junten y se acojan mutuamente, pues el ideal es llegar a ser dos en una carne. Amar es reconocer que se ha hallado una persona con la que se plantea la posibilidad de iniciar para siempre un camino al encuentro del otro, para así encontrarse a sí mismo. Camino de donación y entrega que plenifica. De ahí la necesidad de cultivar y alimentar cada día el amor, mes tras mes, año tras año, con detalles, con gestos, con palabras, con sonrisas, con caricias. Como todo lo vivo, el amor, si no crece, muere.

La familia son también los hijos, don de Dios y fruto del amor erotizado compartido. Si un acto de mutua entrega los trajo a la existencia, los hijos van a necesitar de muchos otros actos de entrega de ambos para crecer sanos y felices. No olvidemos que la figura del padre es esencial para diferenciar al hijo de la madre: con su presencia recuerda que la madre no se confunde con el hijo, que este no pertenece sólo a la madre. Gracias a la figura paterna el hijo se individualiza. El padre es garante de

la autonomía psíquica del hijo y de su apertura al mundo exterior. Además, el intercambio afectivo con el padre permite que los hijos adquieran seguridad y confianza en sí mismos. Muchos jóvenes sufren porque no saben qué es un padre. Son frágiles, inseguros, indecisos, debido a la ausencia de la imagen paterna en su vida emocional y psíquica. Por todo esto, necesitamos con urgencia una educación que enseñe a las madres, por el bien de sus hijos, a renunciar a la exclusividad afectiva para con el hijo, y enseñe a los hijos a asumir en serio la pareja como centro de un nuevo proyecto de vida que va a implicar la atención, el respeto y el cuidado de la mujer y de los hijos.

-Aprender a desarrollar la autonomía personal, la confianza, el respeto, la responsabilidad, la cooperación y la solidaridad. Para ello, tenemos que atrevernos a proponer el amor y el servicio solidario como modos de vivir en plenitud. El egoísmo divide y separa. La solidaridad y el servicio unen. Donde hay solidaridad, hay alegría. Las personas serviciales y generosas son felices y provocan felicidad. Los egoístas viven encerrados en sí mismos y, siempre insatisfechos, provocan infelicidad.

Vivir como un regalo para los demás, vivir sirviendo siempre, es el modo privilegiado de encontrar la plenitud y la felicidad. Dar la vida en el día a día, en la atención amable más allá del cansancio, en el respeto a pesar de la violencia, en la lucha tenaz contra el pesimismo y la desesperanza. Tenemos que ser como el manantial, que no guarda para sí su caudal, sino que se derrama dando vida. Y lo hace con alegría, cantando. Si guardara para sí su agua, se pudriría y se le morirían las canciones. El único modo de llenarnos de amor es dándolo. Cuanto más amor damos, más nos llenamos de amor. Todo lo que damos a los demás, termina volviendo a nosotros.

Padre e hijo salieron de excursión rumbo a la montaña. El padre le había prometido llevarle a un lugar encantado, y a pesar de los esfuerzos subían ilusionados.

-Hemos llegado –le dijo el padre con una sonrisa misteriosa-. Grita lo que quieras y vas a ver lo que sucede.

-jjjjAAAhhhhhhhh!!!! -gritó el niño sin estar muy seguro de lo que hacía.

Para su sorpresa, alguien repitió el mismo grito:

-jjjjAAAhhhhhhhh!!!!

Lleno de curiosidad, el niño preguntó a gritos:

-¿Quién eres tú?

Recibió de respuesta un “¿quién eres tú?” idéntico al suyo.

Enojado con la respuesta, gritó:

-¡Cobarde!

-¡Cobarde! –le respondió también gritando la voz desconocida.

El niño miró desconcertado a su padre y le preguntó:

-¿Qué es lo que pasa en este lugar encantado?

-Presta bien atención –le dijo sonriendo el padre y gritó con todas sus fuerzas:

-¡Eres maravilloso!

-La voz respondió:

-¡Eres maravilloso!

El niño estaba asombrado pero no entendía. Entonces, el padre le dijo:

-La gente lo llama eco, pero en realidad es la vida. Ella te devuelve todo lo que dices y haces. No olvides nunca, hijo, esta lección. Si quieres recibir bondad, comprensión, cariño, dalos tú primero⁶¹.

-Aprender el ejercicio de la verdadera política, entendiéndola como el instrumento para organizar humanamente la sociedad y lograr que todos los ciudadanos puedan vivir con dignidad y alcancen la máxima felicidad posible. Indignarse ante la injusticia y compadecerse del hambre, del dolor, de la miseria, implica comprometerse con decisión para erradicarlas o al menos aliviarlas. De ahí la importancia de recuperar el sentido positivo y genuino de la política.

El Papa Pío XI escribió que la política es la forma suprema de la caridad, y el Concilio Vaticano II llamó a la política “ese arte tan difícil y tan noble”. Es un arte difícil porque supone superar esa práctica habitual que ha degradado la política a mera politiquería, a retórica, negocio o espectáculo; que utiliza el poder para lucrarse y aprovecharse de él, poder para dominar y servirse del Estado y de los demás. La política auténtica entiende y asume el poder como un medio esencial para servir, para buscar, más allá de las aspiraciones individualistas o de grupo, el bien de toda la sociedad. Poder ya no para dominar, sino para empoderar, es decir, para potenciar a las personas, de modo que se constituyan en sujetos de sus propias vidas y en ciudadanos responsables y solidarios, fieles defensores de sus derechos y cumplidores celosos de sus obligaciones. Por ello, y siguiendo al Concilio Vaticano II, la política es también un arte noble porque el servicio que está llamado a prestar es precisamente la búsqueda del bien común, que hace posible la paz, la concordia social y las relaciones fraternales entre todos.

61 Antonio Pérez Esclarín, **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas, 3ª reimpresión, 2009, pág. 81.

En consecuencia, la política nos concierne a todos. Nadie, mucho menos un católico o cristiano en general, puede vivir sin preocuparse y ocuparse por la suerte de los demás, en especial de los más necesitados. La política es el ejercicio de un amor eficaz a los demás. Lleva en su propia entraña la dimensión ética, ya que nos exige considerar como propias las necesidades de los demás, e implicarnos en su solución. Si la política se aparta del amor y olvida su raíz ética se convierte en mera politiquería, camino a la ambición, al dinero fácil, a la corrupción, al poder por el poder mismo, a la utilización de lo público en beneficio propio o de los suyos, al dominio sobre los demás. La politiquería no sólo degrada a los falsos políticos, sino que provoca un enorme daño a la sociedad entera pues imposibilita el bienestar general. Si la política está guiada por el amor y se pone al servicio de la humanidad es fuente de bienestar, encuentro y vida. Degradada a mera politiquería es fuente de destrucción, división y muerte.

La práctica de la verdadera política, como arte difícil y noble, exige que los políticos sean muy honestos, buenos negociadores, respetuosos de todos y de las opiniones diversas, dispuestos a servir siempre a la verdad. Desgraciadamente hoy en día, donde lo común es disfrazar las ambiciones bajo el ropaje retórico del amor y del servicio, y donde la justicia está al servicio del poder, con frecuencia “la verdad sólo perjudica al que la dice”, como ya nos lo advirtió Quevedo. De ahí la necesidad de que la educación integral de calidad se plantee muy en serio la formación ciudadana y el ejercicio de la política como servicio al bien común.

Para ello, se trata no tanto de cantar loas a la democracia, sino más bien de estructurar los centros educativos como verdaderas comunidades de respeto y vida, donde se experimente cotidianamente el ejercicio de la genuina democracia. Se trata de vivir en la cotidianidad del centro educativo los valores ciudadanos que pretendemos, desterrando las actitudes autoritarias, las intenciones adoctrinadoras, ofensivas, descalificadoras o excluyentes, de modo que efectivamente se desarrolle el diálogo, la participación, la crítica y las relaciones interpersonales efectivas. El reto consiste en hacer del centro educativo un microcosmos de la sociedad que pretendemos. El modo de ejercer la autoridad y el poder, el respeto a la diversidad y las diferencias, la responsabilidad y compromiso con que cada uno asume sus tareas y obligaciones, la defensa de los derechos de los más débiles, la prohibición de toda palabra o actitud ofensiva o intolerante, la solidaridad que se practica en todos los recintos y tiempos escolares, la manera como se enfrentan los conflictos y se busca solución a los problemas..., deben en cierta forma, expresar y anunciar el modo de vida y de organización de la sociedad que queremos. Sociedad que

privilegie a los más débiles y necesitados, que respete las diferencias individuales, de género, culturales, raciales, políticas, sociales y religiosas, que posibilite y promueva la participación en la toma de decisiones y en la vida cívica y política cotidiana. Una sociedad que no tolere ningún tipo de discriminación o violencia, que reconozca la diversidad como riqueza y se comprometa en la conquista de una vida digna para todos.

Bibliografía

- Apple, M. y Beane, J. (1997): **Escuelas democráticas**. Morata, Madrid
- Bolívar Botia, A. (1998): **Educar en valores. Una educación de la ciudadanía**. Junta de Andalucía, Sevilla.
- Camps, V. (1998): **Manual de civismo**. Ariel, Barcelona.
- Camus, A. (2000): **El primer hombre**. Tusquets Editores.
- Casaldáliga, P. y Vigil, J.M.(1992): **Espiritualidad de la liberación**. Sal Terrae, Santander.
- Casassus, J. (2003): **La Escuela y la (des)igualdad**. LOM Ediciones, Santiago.
- Cortina, A. (1996): **El quehacer ético. Guía para la educación moral**. Siglo XXI, Madrid.
- Cortina, A. (1998): **Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía**. Alianza Editorial, Madrid.
- Delors, J. (1996): **La educación encierra un tesoro**, Santillana.
- Escudero, J. M. (1999): “**La calidad de la educación: grandes lemas y serios Interrogantes**”. Revista Acción Pedagógica, Vol 8, N.2, ULA, Mérida.
- Frabboni, F. (2001): **El libro de la pedagogía y de la didáctica (tres tomos)**. Editorial Popular, Madrid.
- Freinet, C. (1976): **Por una escuela del pueblo**. Laia, Barcelona.
- Freire, P. (1996): **Política y educación**. Siglo XXI, México.
- Freire, P. (1999): **Pedagogía de la esperanza**. Siglo XXI, Madrid.
- Freire, P. (1999): **Pedagogía de la Autonomía**. Siglo XXI, México.
- Freire, P. (2001): **Pedagogía de la indignación**. Morata, Madrid
- Fromm, E. (2000): **El arte de amar**. Paidós, México.
- Fromm, E. (2000): **El miedo a la libertad**. Paidós, México.
- Galeano, E. (1994): **El libro de los abrazos**. Siglo XXI, México.
- Galeano, E. (1998): **Patatas arriba. La Escuela del mundo al revés**. Siglo XXI, Madrid.

- Gallegos, R. (2001): **La educación del corazón. Doce principios para las escuelas holistas.** Fundación Internacional para la educación holista, Guadalajara, México.
- Gallegos, R. (2003): **Pedagogía del amor universal.** Fundación Internacional para la educación holista. Guadalajara, México.
- Gallegos, R. (2007): **Inteligencia espiritual. Más allá de las inteligencias múltiples y emocional.** Fundación para la educación holista, Guadalajara, México.
- García-Rincón de Castro, C. (2006): **Educar la mirada.** Narcea, Madrid.
- Giroux, H. (1993): **La escuela y la lucha por la ciudadanía.** Madrid,
- Goleman, D. (1999): **Inteligencia emocional.** Kairos, Barcelona.
- González Buelta, B. (2006): **Ver o perecer. Mística de ojos abiertos.** Sal Terrae, Santander.
- Gómez Buendía, H. (1998): **Educación, la agenda del siglo XXI. Hacia un desarrollo humano.** PNUD, Tercer Mundo, Bogotá.
- González Lucini, F. (1996): **Sueño, luego existo. Reflexiones para una pedagogía de la esperanza.** Alauda-Anaya, Madrid.
- González Lucini, F. (2001): **La educación como tarea humanizadora. De la teoría pedagógica a la práctica educativa.** Anaya, Madrid.
- Leclercq, J. (1994): **De pie sobre el sol.** El triunfo de la condición humana. Narcea, Madrid.
- Marina, J. A. (2001): **Teoría de la inteligencia creadora.** Compactos Anagrama, Barcelona.
- Mcfague, S., (1991): **Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y Nuclear.** Sal Terrae, Santander.
- Mejía, M.R. y Awad, M. (2001): **Pedagogía y metodologías en Educación Popular.** Fe y Alegría, Quito.
- Moingt, J. (1995): **El hombre que venía de Dios.** Desclée de Brower, Bilbao.
- Morin, E. (1999), **Los siete saberes necesarios para la educación del futuro.** UNESCO, París.
- Pagola, J.A. (2003): **Padre nuestro: orar con el espíritu de Jesús.** PPC, Madrid.
- Pagola, J.A. (2007): **Jesús. Aproximación histórica.** PPC, Madrid.
- Pagola, J.A. (2008): **Crear, ¿para qué? Conversaciones con alejados.** PPC, Madrid.
- Peresson, M. (1999), **Educar para la solidaridad planetaria.** Indo American Press y Librería Salesiana, Bogotá.

- Pérez Esclarín, A. (1997), **Más y mejor educación para todos**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (1998): **Educar valores y el valor de educar. Parábolas**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (1999): **Educar en el tercer milenio**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2000): **Nuevas parábolas para educar valores**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2002): **Educación para globalizar la esperanza y la solidaridad**. Estudios y Fe y Alegría, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2003): **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2003): **La educación popular y su pedagogía**. Federación Internacional de Fe y Alegría, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2004): **Educar para humanizar**. Narcea, Madrid y Estudios, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2005): **Decide tu vida, elige ser feliz**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2006): **Jesús Maestro y Pedagogo. Aportes a una cultura escolar desde los valores del evangelio**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2008): **Aprender es divertido**. Estudios, Caracas.
- Pérez Esclarín, Antonio (2009): **Educar es enseñar a amar**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, Antonio (2010): **Los padres, primeros y principales educadores**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, Antonio (2010): **Cultivar valores con el Padrenuestro**. Estudios, Caracas.
- Peña, L.B. (2000): **“Nuevos y eternos modos de leer”**. Cuatro gatos. Revista de Literatura infantil, N. 4. Diciembre.
- Pozo, J. I. (1996), **Aprendices y maestros**. Alianza Editorial, Madrid.
- Pozo, J.I. y otros (1999), **El aprendizaje estratégico**. Siglo XXI, Madrid.
- Ramos, M.G. (2006): **Valores y autoestima. Conociéndose a sí mismo en un mundo con otros**. San Pablo, Caracas.
- Ramos, M.G. (2006): **Educadores creativos, alumnos creadores. Teoría y práctica de la creatividad**. Universidad de Carabobo, Valencia.
- Ricoeur, P. (1999): **La lectura del tiempo pasado, memoria y olvido**. Arrecife/ Univ. Autónoma, Madrid.

- Rojas, E. (1998), **El hombre light, una vida sin valores**. Temas de hoy, Madrid.
- Rosenthal, R. y Jacobson, L. (1983), **Pigmalión en la escuela**. Marova, Madrid.
- Saint Exupery, A. de (1951): **El Principito**. Emecé, Buenos Aires.
- Santos Guerra, M. A. (2000): **La escuela que aprende**. Morata, Madrid.
- Santos Guerra, M. A. (20001): **Una tarea contradictoria: educar para los valores y preparar para la vida**. Ed. Magisterio del Río de La Plata, Buenos Aires.
- Saramago, J. (2003), **Ensayo sobre la ceguera**. Alfaguara-Santillana, Madrid
- Schmelkes, S. (1994): **Hacia una mejor calidad de nuestras escuelas**. Interamnear, 32, OEA/OAS, Washington.
- Tedesco, J. C. (1995): **El nuevo pacto educativo**. Santillana, Madrid.
- Torres, R. M. (2006): **Justicia económica y justicia educativa: 15 Tesis para el cambio**. Federación Internacional de Fe y Alegría, Caracas.
- UNICEF (2004): **¿Quién dijo que no se puede? Escuelas efectivas en sectores de pobreza**. Santiago de Chile.

Índice

Presentación.....	5
1. Calidad, una asignatura pendiente.....	7
2. Volver al significado original de educar.....	23
3. Educar razón y corazón, pensamiento y sentimientos: la inteligencia emocional	33
4. El aprendizaje de la felicidad.....	41
5. Educar integralmente la inteligencia emocional	49
5.1. Educar la memoria y el recuerdo.....	49
5.2. Educar la imaginación y la creatividad	54
5.3. Educar la crítica y la autocrítica.....	64
5.4. Educar la voluntad y el carácter	69
5.5. Educar la libertad y la responsabilidad.....	76
5.6. Educar la sensibilidad y la solidaridad.....	82
5.7. Educar la esperanza y el entusiasmo.....	89
6. Educar el cuerpo avivado por el espíritu	99
6.1. Educar los ojos para aprender a mirar y contemplar.....	101
6.2. Educar la lengua para bendecir (decir bien) y hablar palabras verdaderas	108
6.3. Educar los oídos para aprender a escuchar y escucharse.....	112
6.4. Educar la nariz para aprender a oler y olfatear	114
6.5. Educar las manos para acariciar y ayudar	115
6.6. Educar los pies para caminar al encuentro del otro y detenerse a reflexionar y contemplar	118
6.7. Educar para valorar y cuidar el cuerpo sin esclavizarse a él	119
6.8. Educar la sexualidad para integrarla al amor	123
7. Educar para la ciudadanía: Somos ciudadanos del mundo hijos de la aldea.....	125
Bibliografía.....	139

